

Guillermo Correa

---

# NUPCIALES



BUENOS AIRES

TIP.-LIT. "LA BUENOS AIRES" BOLIVAR 260.

---

1904

DONACION  
DE  
E. GARCIA VELLOSO





**R**o, no y no, — dije levantando un poco la voz, — no es lo mismo *sinceridad*, — y subrayaba en el aire estas palabras, como si el aire fuese una página en blanco.

— Bien veo que no es lo mismo — respondiome ella.

— Sí; no es lo mismo. Una cosa es la sinceridad y otra es la intrepidez y aunque haya muchas cosas que no varían, se las ponga delante ó se las ponga detrás, y hasta palabras y juicios que admiten perfectamente «ir de sujeto ó de atributo en la proposición» sin que se cambie el sentido, como por ejemplo: el ser racional es hombre, el hombre es ser racional, no ocurre lo mismo con aquellas voces.

— Es verdad; pero has de permitirme observarte que no hago cuestión de gra-

mática. A mí me parece más sonora y elegante la frase «sincera intrepidez», y hasta diría más varonil, más propia, dado el asunto....

— ¡Dado el asunto!

— No me interrumpas si quieres oírme. Las palabras, las frases, las ideas son femeninas ó masculinas, son substantivas ó adjetivas, tienen una alma, tienen una misión.— Ya ves; sin ellas no podríamos entendernos. Pues bien; tratándose de un viaje como el que vamos á realizar, corresponde, no sólo por la sonoridad, sino por el buen sentido el decir «sincera intrepidez», desde que la «intrépida sinceridad», por último, es sencillamente un absurdo. Ve al diccionario más tarde y respóndeme.

Confieso que me dejó callado, sí, por un momento. Ella, mi madre, no hizo alto en mi silencio y continuó arreglando su gran baul despacito, cuidadosamente, de modo de no apretar demasiado los dobleces de los vestidos que extendía con mano suave, palpando si quedaban vacíos ó prominencias, de un lado, de otro, al fondo, al frente, vestidos primaverales suyos y de mi hermana, cintas, batas, ropa blanca. El segundo y tercer baul estaban con sus ta-

país abiertas, hambrientos, esperando los montones de ropa puestos en las sillas, ó asomados por los roperos entreabiertos que presentaban aspecto de humilde servidumbre.

Imperaba el desorden, la ley marcial del acomodo.

Se trataba de un viaje al otro mundo, no á la eternidad, no á Europa, Africa ú Oceanía; simplemente al polo de la vida social, á Catamarca, que nos parecía más lejos, más arriesgado, más audaz, más largo, más triste, más cruelmente ingrato que otro cualquiera; sí, cruelmente, para no decir mayores altisonancias ó palabras que envuelvan otra idea distinta, cosa que no entra bien en el pensamiento de este viaje, menos aun al reflexionar que forma en la expedición mi hermana Tina á quien ustedes no conocen.

Permitanme presentársela como si nos encontrásemos casualmente en la calle ó en un salón y deberes de etiqueta nos obligasen á dar su nombre.

Florentina, á quien en casa llamamos Tina, á veces Tinita, según la cariñosidad de nuestras expansiones, tiene diez y siete años, siete meses, veintidos días en el momento que se trazan estos renglones y,

por desventura nuestra, sostiene el médico que uno de sus pulmones anda mal, faltando deslealmente á sus obligaciones debido al aire húmedo y frío de Buenos Aires, imponiéndose un viaje á clima seco, á regiones oxigenadas.

No tiene la propiedad de la sensitiva, pero es á lo que más se parece su físico y su moral, de manera que si en Catamarca, «el otro mundo», hubiésemos de temer agresiones y dentelladas, ella, Tina, sería la negación antípoda, la protesta viva (aunque enferma del pulmón), de toda violencia.

Hablando, discutiendo y monologando (yo me quedo al último con el monólogo cuando ya nadie me hace frente en mi especialidad) á propósito de este viaje. insinué ser necesaria la intrépida sinceridad para aventurarse por esos mundos remotos, desconocidos, donde no sabíamos si se hablaba quichua ó castellano, si se vive en casas humanas ó tolderías.

Pero, la observación de mi madre me ha persuadido de que es más propio el decir sincera intrepidez, así por lo elegante, como por lo varonil y justo.

Tina guardaba silencio, mirándonos y oyéndonos como desde un palquito colo-

cado entre el sueño y la realidad, posiblemente preocupada de su miserable pulmón rebelado en una noche de teatro, en una salida con baja temperatura y vientecillo filtrante.

No le falta valor; oh!—no le falta. Tiene más que yo. Pero su juventud raya en umbras poéticas con cantores de esta tierra, enjaulados y alimentados por su belleza.

Nos veía á mamá acomodar la ropa y á mí pasearme con las manos en los bolsillos exponiendo ideas, calculando distancias, paisajes, caracteres, días de obraje y días de aburrimiento.

Tengo en mi cartera apuntados los datos más curiosos tomados de diferentes personas que han tenido la sincera intrepidez de viajar hasta Catamarca ó de oír hablar á los que han hecho ese viaje.

Cuando el médico recetó el clima seco, indicando á Catamarca, mi madre me hizo una serie de preguntas que tuve la vergüenza de no poder contestar.—¿ Viajamos en diligencia ó en tren? ¿ Cuántos días? ¿ Hay médicos y farmacias? ¿ Hay hotel ó casa de hospedaje? ¿ Hay telégrafo?

Nada, nada podía contestar, ruborizándome sin motivo porque no he estudiado

nada de eso y.... ¡qué diablos! yo no soy adivino. Mi idea, si mía puedo llamar á semejante idea, es que Catamarca estaba muy lejos, al norte y oeste, de suerte que tomando el Ferrocarril del Oeste, nos aproximáramos á nuestro destino, halláramos diligencia ó caballos y llegaríamos, cuando más, después de quince días, talvez ocho, ojalá seis ó cuatro, al «otro mundo».

Pregunto aquí, pregunto allá, recojo y lleno mis bolsillos de documentos contradictorios. Gasto algunos días en prolijas investigaciones fracasadas con un cierto raro metodismo, probablemente porque entre nuestras amistades no ha habido ninguna acorazada de sincera intrepidez, para voltear por esos mundos hasta que, donde ménos lo esperaba, mi librero me hizo caer en cuenta de que podría quizás haber alguna indicación relativa á Catamarca en la «Guía Kraft».

Me dí un chirlo en la frente y abriendo ese libro constaté con ruda sorpresa que teníamos á nuestras órdenes un ferrocarril, con coches-dormitorios y comedor, tomable en la estación Retiro, y comprobé en medio del mayor asombro de mi librero, que el viaje podía hacerse en 36 horas!!

Volé á informar á mi madre de esta pri-



mera noticia, que resultaría al fin convertida en simple escaramuza, dado que se nos reservaba grandes batallas donde nuestra sincera intrepidez encontraría por vía de modesta compensación, aspectos y cosas desconocidos.

¡ Treinta y seis horas !... cuando estábamos resueltos á aguantar ocho, diez, doce días... ¡ No se enseña esto en las escuelas !

Quedó admirada mi madre y,— por supuesto,—contentísima. «Se toma el tren á las 4 p m. en Retiro; al día siguiente se pasa por Córdoba, llegando en la noche al Recreo. En este punto se toma el ramal á Chumbicha que nos hace amanecer en Catamarca».

— ¿ Oyes, Tina ? — no es tan largo el viaje. Trataremos de partir cuanto antes. Mientras nosotras acomodamos lo que se ha de llevar, Román (es mi nombre) completará las informaciones y reunirá algunas cartas de recomendación.

Todo esto ocurría algunos días antes del en que mi buena madre tenía delante de mí abiertos sus baules donde colocaba cuidadosamente las pilas de ropas, y doscientos cuarentà cachivaches destinados á sufragar el gasto de horas muertas, como supo-

níamos debían ser las de nuestra residencia catamarqueña.

Nosotros habíamos viajado muchas veces á nuestra estancia de Chascomús, sin jamás preocuparnos de provisiones como las hechas para el nuevo y arriesgado viaje que, comenzó á ser para mí, antes de emprenderlo, un objeto de viva curiosidad, una tierra de Canaán repleta de oxígeno, mejor que Cosquín y Capilla del Monte, del punto de vista del pulmón enfermo que teníamos en la familia, pues según el médico, era un «clima seco, un cielo despejado, vegetación gigantesca, muchas montañas, muchas en grandes y pequeños cordones que forman valles, como los de Suiza, como los de Lombardía en la alta Italia, como los de....»

— Basta, basta, es suficiente, — dije para mí oyendo florear á nuestro médico.

Montañas, montañas, montañas, es precisamente cuanto anhelo desde chico, cuanto he soñado contemplando la pampa monótona, uniforme, aburridora, eternamente plana y verdosa; esa pampa como noche de invierno, larga, sombría, silenciosa, cruzada por ríos y arroyos de aguas turbias, perezosas, mudas, incapaces de ofrecer al viajero ninguna sorpresa digna ni de mi plu-

ma (que no es cualquiera cosa), ni de los lápices de Tina, acostumbrados á inventar, ya que la naturaleza de nuestras pampas es la más mezquina de las naturalezas. En ella no se halla nada digno de una estrofa, ni de los contrastes luminosos de lápices dóciles á la mano y al genio del artista. Pastos abundantes, eso sí, rebaños abundantes, también, alambrados abundantes, igualmente y por último... negocios abundantes.

Mi madre estaba filosóficamente resuelta. Era preciso buscar la reparación de ese bribón de pulmoncito de Tina y para ello no habría sacrificio en viajar, no digo á Catamarca;—iríamos á la luna con sincera intrepidez.

Los que hayan tenido el heroísmo de leer esta pequeña introducción quedan invitados á meditar sobre lo que digo en seguida, sin afectación, ni artificio.

Digo que en Buenos Aires, capital, 800.000 almas, grandes empresas periodísticas, hermosos teatros, puerto abierto á todas las banderas del globo, veinte proposiciones mas y otras cosas parecidas «no se conoce á Catamarca...»

Valdrá ó no valdrá la pena de conocerla;

pero es un deber de alma argentina y de hombres de gobierno.

Si ese deber fuese cumplido, no habría pasado yo bajo las Horcas Caudinas con la humillación para un joven culto é instruído de confesar que, nada conocía de esa provincia, ni de otras diez, en el momento de proyectar un viaje medicalmente impuesto.

Hasta las uñas se me ponen rojas pensando que yo sé, como saben todos ustedes, por donde se va á Londres, Paris, Berlín, Roma y Madrid, con los caminos de comunicación por mar, río y tierra; y... y... no sabía yo como emprenderlo á Catamarca, provincia argentina; con oradores, poetas y escritores, minas de cobre y nieve eterna.

Séame perdonada esta amarga confidencia íntima.

Pero mediten, mediten un poco.

Hoy estamos á 14 de Octubre y la partida se ha fijado para el 17, de modo que el día 17 de Octubre saldremos en busca del clima seco y oxigenado donde va á sumergirse con nosotros el pulmón de Tina, mi escopeta, los libros de recreo, las carpetas de dibujo, la maquinita «Foto

Sport» y lo demás del bagaje epiceno que nos acompaña.

Me he comprometido á escribir correspondencias, teniendo la mejor intención de no defraudar á mis solicitantes, para lo que llevo carteras que, francamente, son una monada por lo discretas y circunstanciadas.

Nunca he escrito correspondencias; pero abrigo la esperanza de hacerlo, aunque por primera vez, con un lucimiento llamado á sorprender por lo menos á mamá y Tinita.

No debo ser exigente con el buen público, mucho más cuando es tan paciente...

¿No me creen? Pues, lo creerán.

Ejemplo: No ha mucho se reproducía «Feliz Hogar» de Mr. Marcel Prevost.

Son dos novelitas traducidas en un solo volúmen. En la primera se sostiene la tesis social de que la esposa debe aguantar pacientemente las infidelidades y humillaciones reincidentes del marido, y hasta consolarlo de los papirotazos que le aplica su última querida. En la segunda, Nimba, dos amigos, oficiales del ejército italiano, comparten en las mismas noches el lecho de una mujer africana y para ahorrarse entre ellos los celos y disgustos, la mandan fusilar. Estas novelitas reproducidas con cierto orgullo editorial, entran en circulación,

son leídas porque son protegidas por la moral y el gusto literario de la casa editora y dejan, como es natural, su semilla, su sedimento en la alcoba de la esposa pudorosa y en la del varón recién casado para quienes Cecilia y Pablo Roayaumont resultan bellos modelos dignos de imitarse, como las coprofilas de Nimba para los oficiales del ejército argentino.

Si eso se traduce y se lee bajo el ala protectora del editor enamorado de su patria ¿porque no habrían de leerse mis correspondencias que pienso confeccionarlas con cantos de aves, brisas de montañas y suspiros de almas sencillas y tiernas como supongo las de Catamarca?

## II

**A**CABAMOS de despedirnos y comienzo á tomar notas en mi cartera. El tren sale de Retiro lentamente como serpiente perezosa que vacila entre ir á beber agua al río ó divertirse un rato en Palermo.

Los pañuelos no han cesado aun de agitarse enviándonos los adioses que son respondidos por nosotros desde las ventanillas,

cuando la acerada serpiente ha tomado ya su resolución, sacudiendo magestuosamente la pereza y lanzándose como formidable ariete entre resoplidos aturdidores. Desliza aumentando la marcha á través de jardines y parques iluminados por el brillante sol de Octubre en el día de San Polonio, mártir y Gertrudis, virgen y también mártir; desliza abandonando los densos caseríos como si ardiera fuego en sus entrañas y corre, corre, surca, desesperada, crepitante, devorando el espacio, su alimento, el espacio abierto inmensamente hácia el norte, el espacio que la llama tendiéndole sus brazos, el espacio lleno de perfiles y tradiciones, donde habita el alma nacional, la diosa incauta de aquellas imponderadas regiones.

No nos separamos de las ventanillas. Nuestros ojos y corazones se aferran del lado del sud, donde dejamos todo, nido, afectos, costumbres que nos abrazan estrechamente. Las cruces, las chimeneas, los molinos de viento con sus grandes ruedas giratorias como ojos del pulpo enorme, se destacan en el fondo gris azulado, contemplando correr á la serpiente que nos lleva en su seno, la serpiente rugidora, inofensiva y rápida como el rayo.

Apenas nos alejamos algunos kilómetros

y ya las nostalgias cariñosas suben del corazón á los labios en suspiros ledos por la tierra que se deja, en vagas sensaciones que como pajaradas desiguales cruzan nuestra mente con vuelos caprichosos.

La tierra húmeda, negra, removida, también nos saluda al paso, de uno y otro lado de la vía.

Vuelvo la cabeza para mirar á Tina, mi buena hermanita y en sus ojos, verdes como las pampas que cruzamos, tiemblan aun las lágrimas de la despedida, tiemblan como breves cristales que reflejan el alma hermosa de su dueña, el alma sensible, cándida, inteligente de la virgen inmaculada.

Abandono mi asiento, me aproximo y como si su cabeza dorada sólo esperase el pecho amigo para apoyarse, dejóse caer entre mis brazos con dulces y mudos sollozos.

La oprimí fuertemente sobre mi corazón y comencé á decirle bajito muchas cosas, palpando con mi mano las sienas del ángel que palpitaban agitadamente con vibraciones de sedoso terciopelo. Ella, la dulce paloma, abandonaba el nido...

Mi madre más animosa la exhortaba á serenarse, á mojar sus sienas con agua de



colonia, á mirar las ondulaciones de los campos, los rebaños, las poblaciones que íbamos dejando hácia atrás, exhortaciones y palabras que nada valían al lado de las rumorosas que yo deslizaba á sus oídos, cuidadoso de no hacerlas oír de otra persona. El sol que irradiaba á fuera no era ni más bello, ni más ingenuo que el sonriente rostro lloroso de Tinita, flexible como el púdico junco á las caricias de la madre y del hermano que va anotando las circunstancias de éste... (casi he dicho romance por decir) viaje.

Habíamos conseguido tener departamento independiente en nuestro coche dormitorio y como pensase ser necesario distraer á Tina, con poco trabajo hice lujo de conversación chispeante, logrando borrar luego de su rostro las huellas de la pena; pero en cambio perdiendo yo de anotar alguna cosa del trayecto recorrido.

Sin embargo, no he de dejar de hacer constar que hasta la cuarta ó quinta Estación, fuimos visitados por boleteros é inspectores del tren que de á uno y de á dos se nos presentaban reclamando la exhibición de nuestros cartoncitos, todo con tanta insistencia y repetición como para au-

torizar á suponer que los viajeros éramos gavilla de estafadores ó recíprocamente.

Algunos de esos inspectores con la pipa en la boca y entre bocanadas de humo hediondo que inundaban nuestro departamento, deducían su pretension, hacían sus marcas con los alicates y se retiraban con un ¡gracias! que era irrisorio.

Luego se inició el crepúsculo y pasamos al coche comedor, reconociendo que San Polonio, mártir y Gertrudis, virgen y también mártir, se ahorraron la pena de semejante consistorio.

No soy hombre ni exigente, ni relamido, con lo cual significo saber avenirme con todo, comiendo con el mismo apetito una langosta, un roast beef del Sportman que un churrasco al asador, pero ¡Dios mío! el servicio de los ferrocarriles *fusionados*, es malo, es pésimo, es indigno de estómagos cultos.

Pedí un poco de leche para Tina; me la trajeron después de una paciencia de 20 kilogramos; la examiné ligeramente y opté por reemplazarla con huevos á la copa. Créanme ustedes: aquella leche debía ser de avestruz por lo azulada, ténue y transpirante á plumas.

Los mozos son allí dueños de casa, mal

humorados y desatentos que sirven al viajero por favor, con cierto desdén aburrido y terroso que invita á conformarse en vista de no haber otro comedor donde vengar la afrenta.

Probamos con mi madre los dos ó tres malos platos del menú, amargado por la coparticipación de un viajero que se hizo nuestro invitado, á la fuerza, debido á que son mesas para cuatro y nosotros sólo éramos tres; un viajero con unos bigotes charros, verdaderos cepillos de cola que se movían al mascar con temblorosas agitaciones de arriba abajo y de abajo arriba, tal como un fuelle lanoso y sombrío, desbaratando el último resto de nuestro abatido apetito. Habríamos estado mejor apelando en nuestro llamado camarote á cualquier pequeño tribunal de conservas, pero... mi falta de experiencia pagó la chapetonada.

Cuando nos retiramos del comedor había caído ya la noche, continuando su marcha la serpiente acerada sin reparar en los cambios que se verificaban en sus entrañas, y menos aun en los de afuera, donde la tiniebla iba oprimiéndola con mano algodonosa. Marchaba, marchaba estremeciéndose, comiendo la extensión entre el ruido sordo

de las ruedas, los ejes y cadenas, como impasible en el cumplimiento de su destino, haya luz ó sombra ante el espacio inmensamente abierto hácia el norte.

Levantamos las ventanillas y el aire de los campos penetró saludándonos con su olor á tierra y hierbas, como á viejos conocidos, saturando gratamente nuestra atmósfera.

Yo aproveché esta circunstancia para desarrollar interesantes consideraciones acerca del viaje, la elección de residencia, los nuevos hábitos que pondríamos en práctica para volver al pulmón de Tina á sus antiguas capacidades y mantener para la reducida colonia metropolitana, un *modus vivendi* compatible con nuestros gustos y tendencias.

En la primera hora de conversación mi madre y Tina manifestaron cierta energía colaborante y parlativa; en la segunda mi madre comenzó á meditar á ojos cerrados, y poco después, Tina dobló también su dorada cabecita, continuando yo cuando menos una media hora de monólogos rabiados, circunflejos, floridos, elocuentes, pero desgraciadamente sin público, lo cual me determinó á despedirme besando á mí angelical hermana en la frente y tomando

entre mis dos manos la barba de mi madre á quien le deslicé suavemente un: «¡Buenas noches, hasta mañana!»

. . . . .  
Momentos más tarde terminaba el día de San Polonio mártir y Gertrudis vírgen y también martir, comenzando el 18 de Octubre sin que yo hubiese conciliado el sueño, asunto que parecía ser poco interesante para la acerada serpiente cuyos anillos continuaban arrastrándose con su inseparable ruido de ruedas, ejes y cadenas á lo largo de la vía tantas veces recorrida, llevando, llevando, trayendo, trayendo, los que van y los que vienen desde las márgenes del anchuroso Plata (frase ajena) á la escarpada falda andina, donde moran las brisas druídicas de la montaña misteriosa (ésta si no es de Auerbach es mía), con sus senos hinchados de estrofas no fundidas por falta de molde.... por falta de.... por.... por falta de un inspirado cantor.

Traté en vano de dormir. Estrañaba la cama, pensaba en el que había dormido en ella la noche antes, se me aparecían los bigotes charros de nuestro compañero de mesa deçcansando sobre la misma almohada, disputando á los míos su derecho, enredándose y mezclándose en mis intimida-

des; en otro momento imaginaba cosas absurdas; mi cama había sido ocupada por un enfermo de la piel y á ser eso exacto, llegaría yo á Catamarca más digno de compasión que Tinita, con las carnes descompuestas, próximas á desprenderse de su miserable osamenta... El insomnio me irritaba, pero como era noche y la noche se ha inventado para dormir, recomenzaba mi empeño de trasponer las fronteras de la vigilia, temblando de irritación con las vibraciones y sacudidas de la acerada serpiente en cuyo seno vegetaba una abigarrada población semidurmiente.

Cuando el sol de la mañana mostró su disco, oí que en el departamento vecino un viajero, sin duda, preguntaba á su compañero de camarote cómo había pasado la noche.

— «Bien, muy bien, muchas gracias» le respondió con voz ahogada.

Dije entonces para mi capote, tirándome de la cama:

— «Miente dos veces miserablemente. Más fácil sería dormir con los pies en el agua. En un tren saltador, que pelotea con los viajeros, es aristotélicamente falso el poder dormir y mucho más el pasarlo «bien, muy bien»!

Sin embargo, concebí el propósito de hacer el papel de haber dormido como un santo lirón, no obstante el zandungueo y la falsa imágen de aquellos bigotes charros y de aquel enfermo de la piel á quien voluntariamente le autorizo á recuperar su salud con su correspondiente piel tersa y satinada.

Fuime á saludar á mi madre y Tinita y lo hice con grande y dulce encanto, así por encontrarlas sanas y salvas, como por ser particularmente hermosa la mañana que nos lucía en tierra cordobesa, de tonada al cinto y toga en cuello.

¡ La serpiente acerada seguía! Ya no era la pampa monótona, ondeante. De trecho en trecho retazos de bosques y matorrales dispersos interrumpían nuestro horizonte, sumergiéndose con agrado la vista en el panorama dilatado, cuando con vago estremecimiento percibimos un grito extraño, doloroso.... Corro á la ventanilla, la serpiente cruje, vacila, exhalando gritos como quejidos ahogados. Los viajeros se agolpan también á las ventanillas y balcones, retratándose el espanto en sus fisonomías, inclinándose del lado occidental de la vía. Entre el tumultuoso movimiento se distinguía un como alarido de garganta humana

respondiendo á los de la máquina, cabeza de la serpiente acerada. Aquel alarido me heló los huesos; era lúgrube, profundamente doloroso, como de corazón desgarrado. Los frenos comprimieron las ruedas disminuyendo la velocidad. Algunos pasajeros corrieron precipitadamente tras de un hombre que parecía loco, pues sus ojos se le saltaban de espanto, cruzando por nuestro wagón como torrente desbordado, rozando, golpeando, saltando. Tras de ellos una mujer jóven, casi hermosa, seguida también de otros pasajeros, vino dando gritos desgarradores.

Corrí yo al camarote á recomendar á mi madre y Tina que no se movieran, ni agitaran; que pronto volvería á explicarles lo que ocurría.

Entre tanto el vocerío crecía, crecía y la serpiente acerada, como si se intentara sujetarla á tirones, disminuía su marcha chillando sus ejes y anillos bajo la presión de los frenos, hasta rendirse como abatido cartaginés ante Scipión Emiliano, la fuerza implacable.

Los pasajeros se tiraban de los estribos y corrían hacia la cola del tren detrás del hombre y la mujer desesperados, haciendo yo otro tanto. El torbellino se condensó,



girando alrededor de ese nucléolo, lanzando palabras sueltas de conmiseración ¡Pobre niño! ¡Pobre madre! ¡Pobre padre! ¡Es espantoso!

He aquí lo sucedido: Estando el tren en marcha, la mujer había sentado al niño en la ventanilla. El hombre que era esposo y padre, jugaba con el hijo y con la madre en la hermosa mañana, cuyo perfumado ambiente convidaba ¡oh, sí! á las íntimas expansiones. El niño, un chiquitito de tres años, botón de camelia roja, hablando su media lengua, riendo, señalando los objetos, imitando el silvato de la caldera, saltaba alegremente entre los brazos de la madre que le besaba y los besos del padre que trataba de estamparlos sobre la huella dejada por los labios maternos.

El idilio se prolongaba dulcemente como una eflorescencia gloriosa de la paternidad, insensible al mundo exterior, contraído exclusivamente á su propia contemplación, al éxtasis genesiaco del hogar triunfante, del hogar que ha pasado por la prueba de las tentativas coronándose con el delicioso fruto, el nene, el hijo de los dos, la expresión en alma y carne de un amor sin turbaciones, ó como diría un decadente, «la conjunción copulativa de la pareja humana», cuando,

de repente, sin saberse cómo, creyendo la madre que su esposo le cuidaba y creyendo el padre que su mujer le tenía, un sueño horrible, una paralización, escapó el niño hacia afuera, dió una vuelta en el aire, los brazos de la madre y del padre intentaron asirle en vano, después el alarido angustioso de ambos, enseguida el general estremecimiento como un eco de la naturaleza, de la más grande y vasta maternidad, luego los gritos agudos, el vértigo, el torbellino corriendo al sud, donde á distancia se divisaba un bultito blanco, pegado, aplanado, inmóvil entre las matas de verdosa paja y los rieles mudos, alargados.

Cuando nosotros nos apraximamos, ya el hombre, su padre, le había levantado, oprimiéndole contra su pecho....

— Ha muerto ; pobrecito!... ha muerto!  
— se decía, al verle su cabecita rulosa y caída.

La madre, sollozante, pálida, trastornada, se lo arrancó de los brazos y empezó á besarlo en la boca, en la boquita enrojecida por la sangre, en la frente, en los ojos entrecerrados, cuyo cristal no reflejaba la imágen de la vida.

Visto aquel conjunto de cabezas ensombrecidas por la emoción amarga, en medio

del campo, con el brillante sol de Octubre, iluminando la triste escena, con el tren parado, rumoroso, entregando al aire su plumizo penacho, se hubiera dicho que la acerada serpiente tenía también su alma y que esa alma se fundía al dolor como el corazón de la madre ante su nene, el hijo, la conjunción copulativa de la pareja humana.

El sombrío cortejo, los ojos húmedos, las gargantas asfixiadas.... volvimos hacia el tren custodiando aquella escena conmovedora.

Pensé en mi madre y en Tina y me adelanté para informarlas, diciéndoles :

— ¡Qué casual, qué admirable! Se les ha caído y está sano el niño, sin más que el susto y una ligera magulladura. ¡Dios sea loado! La acerada serpiente en cuyo seno, la.... lo....

Y en efecto, era la verdad. El niño nada ó casi nada había sufrido. Fué magnánima la tierra cordobesa que le recibió en mullido colchón de paja vercosa, restituyendo alma y carne á los padres que, según mi opinión madurada, no volverán á jugar con el niño en la ventanilla de un tren en movimiento.

No es necesario que me crean esta parte de mi relato, intercalada con el noble y

santo propósito de hacerme seguir por ustedes hasta Catamarca, nuestro veranal destino para restituir al pulmoncito de Tina la libre y regular entrada y salida de la sangre venosa y la sangre arterial, la bella sangre arterial que exige sin tardanza el más sensible corazón.

Nuestra llegada á Córdoba en plena mañana, entre diez y once, en las márgenes del Río Primero, no tuvo más novedad que la de cambiar de tren con cachivaches inclusíve.

Para nosotros, como para ustedes, Córdoba nos es conocida.

Sin embargo, no pudimos prescindir de la idea de hallarnos en la Estación Central de la docta ciudad y de pensar en Buenos Aires, nuestra gran ciudad donde el día antes habíamos estado, y donde quedaba el buen nido, las amistades y las costumbres de la segunda naturaleza que todo eso forma en cada persona como un blindaje contra el olvido.

No volvíamos hacia el nido... La nueva serpiente acerada vino á ocupar el lugar de la que nos había traído, más jóven, más limpia, más brillante, más gentil, con cierto orgullo regional, como diciéndonos: «yo voy al norte, al solio de una raza grande

y misteriosa, descendiente del sol de los cielos, con tradiciones gloriosas y asombrosas; yo voy á donde se alza la montaña gigantesca formando valles umbrosos que albergan entre su vegetación lozana y soberbia, los ríos y arroyos de aguas transparentes, desprendidos de sus altas fuentes acariciadas á menudo por las hinchadas y plomizas nubes que brotan de la nieve eterna, de la diadema brillante que ciñe la frente de aquellas mudas comarcas, hijas y nietas de la soberana cordillera; yo voy arrastrándome no por la pampa monótona, destituida de perspectivas, sino por la tierra rugosa y floreciente que sorprende al viajero ofreciéndole sus cambiantes generosamente, sin temor de achicar su caudal, segura de su tesoro inagotable»....

Otras muchas cosas parecía decirnos en su lenguaje apocalíptico, desdeñoso, pero como era menester acomodarse para emprender el viaje reanudado, me hice el sordo, invitando á mi madre y á Tina á ocupar nuestro lugar en las entrañas de la nueva y sumisa serpiente, que nos sorprendió muy agradablemente por su confort superior á todas luces al de la otra vieja y sucia serpiente.

— ¡Es raro!—(me dije interiormente),—

y yo que pensaba en viaje de galera ó caballos.... hallarme instalado doce veces y media mejor que en el fusionado de Buenos Aires á Córdoba, es algo como para dar un grito estentóreo ; « señores : las escuelas y colegios no sirven, no enseñan que existe un ferrocarril mejor servido, limpio, suave, joven y brioso, piafando por escalar las altas y deliciosas cumbres donde mora con la nieve eterna el genio de los tiempos.»

### III

**S**ILVÓ la máquina y comenzó á rodar describiendo una vasta y voluptuosa curva que nos permitió contemplar por el naciente, norte y oeste la ciudad implantada en el pozo elegido por don Gerónimo Luis de Cabrera, con sus edificios apiñados como formando cuadro para defenderse de las avenidas del Río Primero, contenidas hoy por su magestuoso dique.

Por detrás de la ciudad, en las lejanías del horizonte, se divisaban lomas blanquizcas que se esfumaban en series estaminadas hacia el occidente, cambiando de tono, con-

fundiéndose á esa hora con el lápiz-lázuli del cielo meridiano.

Tina, acodada en la ventanilla, miraba largamente el panorama lleno de contrastes; el río corriendo rumoroso, la ciudad afirmada en su márgen y el fondo luminoso de un horizonte grisaceo sirviendo de marco á la perspectiva.

A nuestros pies, en los flancos de la barranca que iba costeano el tren, las minúsculas casitas, sembradas con el más infantil desórden exhibían al habitante de la clase obrera que ponía sus ojos sobre nosotros con una curiosidad sin interés, mirando sin mirar la cenefa animada que deslizaba sobre su cabeza en anillos móviles y centelleantes.

Diez minutos á lo más y todo desaparece, río, ciudad y torres tal como el pase de esas vistas estereoscópicas dadas para breve entretenimiento.

Cuando la máquina salvó los últimos límites de la rojiza barranca, se me presentó un mozo, el *camarero* de nuestro coche y atento, cultamente me dijo:

— ¿El señor tendrá la bondad de pasar al comedor ?

—Oh! si, vamos allá,—respondí algo sorprendido de verme tan cortesmente trata-

do, aunque no sin desconfiar la repetición del menú que la noche antes nos había causado tan ingrata sensación en la serpiente fusionada.

Pasamos con mi madre y Tina al comedor y, ¡oh sorpresa! oh! tres veces sorpresa! ¿Quiéren ustedes les describa en dos plumadas el comedor? Lo conocen? Bueno; me callo. Pero conste que es mil cuatrocientas cincuenta y tres veces superior en todo sentido al del Central Argentino, mil cuatrocientas cincuenta y tres, es decir, tan transcendentalmente famosa la diferencia como la caída del imperio bizantino.

Mesas para dos personas, asientos giratorios, storchs en las ventanillas, servicio rápido, comida buena, excelente si se quiere, movimiento suavísimo que permite servirse con comodidad, campanillas eléctricas, leche legítima, si, leche de vaca, y además del menú, carta para consumir lo que á uno le parezca.

El coche comedor, fabricado con maderas del país, como lo indica una advertencia impresa, convida á refocilarse, ordenando el consabido, el merecido discurso en elogio de la empresa que puede lícitamente servir de modelo á la otra y las demás, modelo de aseo y buen servicio, digno de



toda mi estimación y hasta de mi entusiasmo.

Almorzamos como en nuestra casa, mejor aun porque, mientras comíamos, los ojos devoraban la perspectiva exterior, cuyas sorpresas crecían á medida que la simpática y muelle y voluble serpiente corría hacia la región del oxígeno, del cobre, la plata y el oro según es tradición.

Esta vez me tocó á mí, solo, el comer en compañía de persona desconocida, mujer, jóven, y así.... así.... Calculé su edad en veinte, calculé ser soltera, calculé ser hija de dos señores que comían en la mesa inmediata y finalmente calculé que la señora debió quedarse con la niña y venir el señor á formarme compañía; pero, no deploro el error y por el contrario me felicito calurosamente, pues ustedes, como yo, consentirán ser mejor comer con una ~~una~~ niña jóven que con un viejo aunque fuese don Bartolo ó don Bernardo.

Tina me observaba disimuladamente. Yo á mi vez observaba á mi compañera de mesa y ésta hacía lo mismo conmigo.

De buena gana hubiera entablado conversación pero los ojos de la señora, la madre, en mi cálculo, me medían por decímetros, por centímetros y milímetros, de

manera que comencé por aprovechar el primer milímetro de ocasión, aproximándole en cierto momento la sal. Recibí un ¡gracias! suavesito, argentino, deslizado por labios ligeramente enrojecidos á la sombra de unos ojos encantadores. Luego, me precipité sobre el primer centímetro y antes de que se pudiera tener la noción exacta de la medida de la confianza, entramos en franca conversación.

A derecha é izquierda nos saludaban las primeras cumbres que como partidas volantes del gran ejército, desaparecían pronto, esfumándose en las quiebras del horizonte.

Mi compañera de mesa, admirada de mi entusiasmo por las sierras, me hizo advertir que en la caída de la tarde cambiaría diametralmente el paisaje, pues íbamos á cortar la gran salina sobre la cual confunden cuatro provincias sus límites en el vasto espejo de su «plateada llanura»: Córdoba, La Rioja, Santiago y Catamarca.

No tenía idea de lo que era la gran salina y hasta pensé en cierta ausencia de sentido poético de parte de mi simpática compañera que se aventuraba á calificar de paisaje algo, seguramente, más feo y monótono que nuestras pampas. Volví mis

ojos sobre los de ella descubriendo en el fondo un torrente luminoso que abatió todas mis dudas.

Ella sabía más; había pasado muchas veces; había visto; había admirado... y yo en tanto iba al mundo desconocido, ansiando emociones raras, dignas de mis correspondencias empapadas de antemano de sincera intrepidez en proyecto.

Sabemos que el hombre por definición es inclinado al culto de la mujer, siendo probable que esa definición influyese en mi espíritu para convencerse de que las salinas constituyen irrevocablemente un paisaje digno de la pluma aficionada á las descripciones, á la verdad de la naturaleza.

Terminada la comida nos despedimos sin darnos la mano, quedando amigos á pesar de no conocer nuestros nombres.

El tren entre tanto corría y corría hacia el norte, rugiendo como pantera fugitiva, curvando su largo y flexible lomo sobre la tierra orgullosa que le franqueaba el paso con muda solemnidad; corría suavemente, sin sacudidas, sin asperezas, como en lecho de plumas, tragándose la distancia.

Sobre sus rieles se hallan dos Estaciones que se distinguen sobre las demás: Dean Fúnes y Quilino.

En Dean Funes empalma el ramal que partiendo hacia el noroeste va á La Rioja. Se la puede calificar de « Estación de las pantallas de pluma » porque es artículo ofrecido en venta profusa al viajero; pantallas rojas, moradas, celestes, verdes, hechas con bastante maestría por la industria local, hábil en el manipuleo de la paja y la pluma, plumas de gallina y también de gallo, teñidas y aplicadas sobre bonitos armazones de paja. Todo negocio tiene razón de ser, lo crean y alimentan las necesidades; pero yo en vano inquirí porque se hacen pantallas en Dean Funes. Me limité á comprar para mi madre y Tina algunos ejemplares, figurando una de color *solferino* que me obligó á disertar sobre la batalla dada por Napoleón el chico á la cabeza del ejército franco-sardo contra los austriacos, el 14 de Junio de 1859, segundo Marengo con el segundo Napoleón.

La Estación Quilino se distingue por la abundancia de pordioseros de ambos sexos y toda edad que se aproximan por uno y otro lado del tren, estirando la mano al compás de oraciones marmoteadas para el caritativo viajero á quien allí se le ofrecen además, tortas de pan magro, gallinas fiambres y

*rosquetes* excesivamente pudorosos de la azúcar que los recubre.

No necesito declarar que no compré nada, experimentando, si, el desco de arrancar pronto, para aliviar el corazón de las congojas despertadas por tanto desgraciado. Estaría muy bien la fundación de un hospicio quilinense.

A las cinco de la tarde habíamos cruzado la Estación San José y comenzamos á franquear los primeros lampos de la salina, pequeñas islas luminosas que se presentan y desaparecen rápidamente de ambos lados de la vía, semejantes á los charcos y lagunas de la pampa heridos por el sol.

Este primer aspecto no sólo desencantó mi curiosidad, sino parecióme notar así como un rasgo de tristeza en los ojos de mi madre cuya imaginación la llevaba á Buenos Aires, á la pampa verdeante de la patria chica, contagiándome en sus nostalgias. Pero cuando pasamos por Totoralejos penetrando en el corazón de la salina, hallé razón á mi compañera de mesa: era un paisaje magestuoso. La serpiente acerada corría sobre un vasto mar de plata, donde la luz llameaba en extensas franjas irisadas que cubrían á uno y otro lado el horizonte. Los fenómenos de espejismo se suce-

dían ofreciéndonos sorprendentes perspectivas: sobre el mar el monte y sobre el monte el mar, rompiéndose en torrentes de luz en revoluciones de plata y esmeralda que pueden verse, pero no describirse; torrentes rojos, dorados, blancos y azules donde el cielo se refleja en la tierra y la tierra se confunde con el cielo, volando el viajero como dentro de una esfera de cristal sumergida en la inmensa onda luminosa.

¡Hermoso! Delicioso! Grandioso!

Tina acodada en la ventanilla contemplaba el imponente espectáculo con los ojos del artista, hundiendo la mirada en las lejanías del horizonte, donde no podía distinguirse si la curva era de la tierra ó del cielo ó fruto de un colosal desposorio del rey cielo con la reina tierra en el templo de la luz.

Mirábamos aquí, allá, más allá, esfumándose los montes y los supuestos mares, reapareciendo, sumergiéndose y dilatándose en explosiones misteriosas, bajo arcadas plomizas que se proyectaban en enormes pirámides estriadas de base y cúspide vacilantes.

La sensación de inmensidad pocas veces sentida se posesionó de todo mi ser, me

dominó y aplanó como una partícula insignificante del continente humano.

— ¡Tina! — le dije emocionado — ¿te agrada?

Ella no ha leído á Dante, pero como si le hubiese leído, por esa virtud de las almas sensibles, por intuición, reprodujo una breve escena de la Divina Comedia: me vio y juzgó más propio contestarme con un silencio religioso, señalando un punto del horizonte inflamado. «Eleva á Dios tu alma reconocida por habernos transportado á la primera estrella». Tina se me convirtió en Beatriz, sin su celeste vestidura, por cierto.

Echo de ver que he levantado, sin quererlo, demasiado alto el tono. Decido, pues, rendirme á la realidad declarando que nos retiramos de las ventanillas cuando el sol se puso, quedando mustia la salina, en tanto que la acerada máquina corría sobre tierra catamarqueña aproximándose á la Estación Recreo, cuyas luces anunciaban nuestra llegada.

Al día siguiente, 19 de Octubre, con el nácar de la aurora, abriéronse para nosotros perspectivas diferentes; hácia el naciente la sierra oscurecida y hácia el poniente los picachos iluminados, encerraban como en vasto seno los turgentes montes

del valle que íbamos cruzando. Todo lo que la vista podía abarcar era delicioso por la profundidad del contraste, todo nuevo, todo catamarqueño, desde el aire que respirábamos saturado de olor de montes, hasta la luz que parece no poder ser de otro cielo para alumbrar valles y collados, profundidades y alturas, bosques lujuriosos donde el cardenal y el carpintero pueblan de color y sonidos las amplias bóvedas verdosas, y donde el perfil de las sierras se proyecta en mantos gigantescos como nubes vaporosas.

La llegada á Chumbicha donde termina el Central Córdoba y comienza el ramal del Argentino del Norte que conduce á Catamarca; la llegada en primavera, con las somnolencias de la última noche de tren, despierta al viajero que abre la ventanilla extasiando la mirada sobre ese nuevo mundo.

Una gran curva desarrollándose en suave rampa, la máquina forcejeando como un toro al vencer la pendiente, las casas surgiendo á distancia bajo el cambiante de la curva que aparenta hacerlas girar de occidente á oriente; las luces y perfumes matinales derramándose profusamente en raudales generosos; las brisas de la montaña



saludando con sus caricias al viajero ansioso de confundirse en el grato ambiente de la comarca ; los viñedos recién brotados luciendo sus verdes pámpanos y sus florescencias preñadas de promesas; los jarillales ondeantes departiendo en amable compañía con el retamo, el quebracho, la tusca, el algarrobo, el churqui, el garabato; los ai-beales, la cebadilla y el camalote ; en una palabra, el conjunto de elementos y seres de la región, propios de su clima, penetrando por los ojos en el alma, me decían con esa lengua sin palabras: adelante! adelante! abriéndome los brazos de la hospitalaria acogida, en los que yo hube de arrojarme como en los de un caro y ausente hermano cuyo corazón palpita al lado del nuestro con amantes y profundas vibraciones.

Tina, emocionada también, limitábase á repetir como un rumor apenas perceptible ¡Catamarca! ¡Catamarca!... qué hermoso!— y yo, descreído de nuestra nacionalidad, me sentí orgulloso de llamarme hermano, argentino, para estrechar sobre mi pecho la imagen de la patria querida que se refleja igualmente en el pulido espejo del rizado Plata, como en la esmeralda de las pampas y montañas.....

En fin, llegamos á la ciudad fundada en

1683 por don Fernando de Mendoza Mate de Luna, resistiéndose esta pobre pluma que oprimen mis dedos á continuar describiendo lo que escapa á sus potencias, y más aun, cuando nuestra curiosidad nos obliga á convertirnos todo ojos y oídos en el bullicioso arribo.

Habíamos corrido trescientas leguas próximamente en treinta y ocho horas que, no miento en llamar treinta y ocho minutos para quien como yo, recorre por vez primera las provincias argentinas, asombrado de su extensión, su riqueza, la variedad de sus perspectivas modeladas por un clima que va de los círculos australes á las regiones del ecuador.

¡Salve! oh! patria amorosa.

#### IV

**F**UIMOS al «Hotel San Martín», nos dimos un agradable baño de agua corriente y empezamos lo que podía llamarse «el plan de la instalación definitiva».

Pero antes de decir como entregué nuestras cartas de recomendación y qué acogida merecimos en el día de nuestro arribo,

prefiero desahogar un poco la pobre alma que alienta mi pensamiento y desagracia un prejuicio profundo, arraigado en mis ideas.

Habría sido más fácil pintar cuadros en la atmósfera que hacerme consentir por medio minuto en que Catamarca no es el último pueblo de la República. Me he criado oyendo mil cosas, siempre semejantes en el fondo: pueblo feo, chico, triste, pobre, atrasado, fin del mundo, tierra de beduinos, estéril, montañoso, y otros adjetivos aun menos deseables.

Todo eso y mucho más será; pero quiero declarar, desde luego, lo que acabo de ver, yendo de la Estación del ferrocarril al hotel, siete cuadras recorridas sobre pavimento de piedra, con casas alineadas, veredas de laja y ladrillo y tramway por el cordón.

Antes de llegar á la Estación, dos inmensos colosos azulados aparecen por el poniente y el naciente abrigando el caserío que muestra á distancia sus altas torres hendiendo el espacio, sus torres con sus cruces negruzcas saludando perpétuamente á huéspedes y vecinos en la claridad brillante de su atmósfera. Una herradura enorme con sus ramas abiertas hacia el sud y

guardando en su seno alamedas y naranjales que envuelven á la población y despuntan por encima de los techos con su móvil follaje de verde intenso.

Al abandonar la Estación, lo primero que se vé es la plaza del mismo nombre, llena de árboles jóvenes que diseñan avenidas y veredas; luego se entra por la calle de Rivadavia que á simple vista calculo en trece ó más cuadras de largo, y al llegar á la plaza central, donde se levanta un gran templo cubierto de azulejos, se tuerce hacia el Este por la calle República y á una cuadra de distancia nos recibe el «Hotel San Martín». Mirando hacia el poniente se ven de edificación nutrida unas ocho cuadras y otro tanto rumbo al naciente sobre calle bastante recta que termina por sus estremos en el faldeo de las dos montañas, el Ambato y el Ancasti, en cuyo regazo vive la ciudad de la Virgen del Valle, patria del inolvidable Esquiú.

Resulta, pues, ser una ciudad, ni chica (es decir, minúscula) ni fea. ¡Fea!— Eso es falso ecuatorialmente

¿Cómo puede ser fea una población enclavada entre hermosas montañas, sembrada de enormes naranjos que perfuman con

su azahar el ambiente, limpia y sana como un bello adolescente?

En nuestro país se calumnia á las hermanas; la calumnia como los pólipos se multiplica, invade, arrolla y cuando la verdad queda arrasada, el pólipo sobrevive sin tropezar con el escalpelo compasivo encargado de rebanarlo.

Recién llegado, como soy, á esta tierra hermana, digo para quien quiera oirme que, no por ser «tierra de beduinos» es menos hermosa cuando se tiene ojos para ver en una mañana de Octubre, como se rompe el sol en cascadas de luces cristalinas, como se doran las verdes cumbres y como deliran en su atmósfera templada los gratos perfumes de sus árboles y jardines.

No sé que sensaciones me esperan; ignoro aun si este «clima seco» devolverá al pulmón de Tina las energías perdidas; es todo un misterio todavía la índole de su sociedad en cuyo seno vamos á permanecer cinco meses.... y sin embargo, lamentando mucho la ausencia de nuestro nido, echando de menos mis hábitos, mis amigas y amigos, el pequeño mundo donde he nacido, creo que vamos á pasar sin tedio los ciento cincuenta días fijados por el médico para recomponer un pulmoncito

perteneciente á la más deliciosa criatura  
venida á morar bajo luz de sol y estrellas,  
en este pedazo de suelo argentino....

Ya lo veremos.

Nuestras cartas de recomendación se permutan luego en visitas de personas que nos ofrecen su amistad. Pido permiso para reservar sus nombres por no herir su modestia y avisó que la señora Victoria Alcís de Moreno, (mi madre) y la señorita Florentina, se han mostrado satisfechas de sus primeros conocimientos y yo, complacido en sumo grado, de ver aquellos rostros sonrientes donde la paz del alma refleja límpidas claridades, cotorreando con familias catamarqueñas, algo retobadas, pero de trato sencillo, sin hojarasca en las palabras y en sus ropas.

No ocultamos nosotros que veníamos en busca de salud para Tinita, cuyas fôrmas, cuyo color y agilidad indicaban, según nuestros visitantes, el polo opuesto de la enfermedad.

Se discutió pública y libremente el tema, concertando por último continuar un par de meses de residencia en el hotel, donde parecía no faltar oxígeno, y reservándonos tomar una casita de campo en algún lugar de las montañas para trasladarnos á fines

de Diciembre, huyendo así los rigores de la canícula.

He ahí la impresión recogida el primer día, sin conocer los alrededores de la ciudad.

Por la noche al recogernos, é incidentalmente, me preguntó mi madre :

— ¿Cómo se llama ese jóven con quien conversabas hace un momento?

— ¿Cual de ellos, el rubio ó el otro....?

— El rubio, no; el otro.

— Tiene un nombre curioso. Se llama Pedro Juan Alamos... ¿Porqué me lo pregunta?

— Por nada. Me llamó la atención su conjunto, un algo de rostro conocido. Ví que tú hablabas particularmente con él y es por eso, sin duda, el haberseme ocurrido preguntar su nombre.

Ocho días después, escribí esta carta á Julio Portales :

« Querido Julio: Aquí nos tienes conjugando versos, comidas y paseos, masticando un poco de música, montando á caballo y sobre todo, andando, andando mucho, calle arriba, calle abajo, con mi cartera de apuntes, que empieza á tomar ciertas proporciones.... ¡no te asustes!

« De sus gentes no puedo decirte gran

cosa; caminan como nosotros, en dos pies, hablan con cierta tonadita, alargando la penúltima sílaba, mostrándose algo reservadas, sin incluir la sencillez de su trato.

« En cuanto á sus perspectivas, son deliciosas, respirándose un aire ¿cómo te diré? un aire... mirífico, supuesto que en cada aspiración entran torrentes de oxígeno, y es el oxígeno todo cuanto buscamos. No parece ser demasiado seco el clima, pues ayer diluviaba entre arcoiris y truenos retumbantes, corriendo por las calles arroyos de agua espumosa que no impedían, sin embargo, el tráfico, debido á la rampa de la ciudad y sus calles abovedadas.

« Será muy bueno si procúras venir antes del 1º de Enero porque así podrás acompañarnos al Peñón, estancia de un joven Alamos que nos dicen ser muy bonita y hallarse sobre el Ambato, á mil quinientos veinte metros sobre el nivel del mar: fijate bien, 1520 metros sobre el nivel del mar!

« Su dueño Pedro Juan Alamos, un misterio de veintiseis años, con bigote negro, pocas palabras y mirada observadora, es por hoy, el más amigo de los flamantes con quienes nos tratamos; tiene aire de



buena cepa y aunque no le he podido ver el fondo, me atrae con sus maneras.

« Te hablo de él por ser el compañero de mis excursiones, un compañero *mal gré lui* porque lo solicito en cada ocasión por medio de la correspondiente indirecta, siguiendo las huellas de un antiguo juez de la localidad, quien sostenía á título de dogma social la máxima: «el hombre debe hacerse el zonzo... cuando le conviene».

« Tu probable venida me ahorra entrar en descripciones que bullen y saltan dentro del tintero para prenderse de mi pluma.

« No me remitas las novelas encargadas porque felizmente hay aquí tres bibliotecas; la Sarmiento, la Provincial y la San Antonio, que sirven al público, teniendo buenos ejemplares en sus estantes. Además recibimos por correo la *Biblioteca de la Nación*.

« Hasta aquí todo hace presumir que no lo pasaremos tan mal, no obstante tus anuncios y los que se nos han hecho en coro.

« Con nuestros respetos al señor Portales te abraza tu afectísimo. »

Por la noche vino Alamos á comer con nosotros. La conversación, fría al principio, fué tomando cuerpo insensiblemente.

La impresión final le ha sido francamente desfavorable.

Mi madre lo califica de «joven raro».

Tina, que ha tomado poca parte en la conversación se muestra incomodada, y yo vengo á consignar estas impresiones sin hallar que decir de mi parte respecto de nuestro huésped.

Momentos más tarde oigo la siguiente conversación mantenida entre mi madre y Tina, teniendo yo por delante la página en blanco de estos apuntes:

—No se que decirte... si es un consentido ó un ceremonioso. Cada una de sus palabras es mitad azúcar y mitad hiel. Dos hombres en uno; el que sonríe y el que hiere... es un «joven raro».

—¿Raro?... no, mamá; duro, descreído. Ya ves como juzga á la sociedad y que lote le atribuye á la mujer. Le habré sido antipática y ha querido hacérmelo conocer indirectamente...

—¿Y que nos importa, Tina, le seas ó no antipática? No, no es eso. En estos tiempos, la juventud insegura de sus propias ideas, es partidaria de todo. El último libro es el mejor. No se escoje literatura, ó mejor dicho, se escoje la inmoral. En cada joven, raspando un poco, se halla la

propagandista de la novela sucia recientemente publicada. Estará leyendo á Zola..

—Entonces,—grité yo desde mi habitación. ¿ya no es permitido opinar sino al gusto del consumidor? ¿Es posible que dos personas como ustedes aventuren semejantes apreciaciones?

Crucé á la habitación donde estaban ellas y abrazando á Tina, agregué: «Querida hermanita: tú no eres antipática para nadie, absolutamente para nadie. Cuando se tienen hermosos ojos verdes, una selva dorada en la cabeza y debajo un mundo de nieve y carmín, encerrando todo una alma de ángel que desborda dulzuras, no se puede ser antipática; ¡créemelo! Dejemos á nuestro amigo Alamos con el calificativo de *raro*,—dado por la señora Victoria, con el cual yo no estoy lejos de concertar, y fíemos á las semanas venideras el juicio exacto de esa personita...»

Cambiamos luego de tema, trasladamos nuestra imaginación á Buenos Aires, vivimos una hora mentalmente en sus recuerdos, nos dimos las buenas noches y nos fuimos á esperar la llegada del nuevo sol.

Muy temprano, contra mis viejos hábitos, pródigo de amables sensaciones, mientras dormía como un niño la población, púseme.

en pié y áfronté la mañanita, saludando la aurora que venía sonrosando las cumbres del naciente, cuya línea divisoria entre el cielo y la montaña, asemejaba extensa faja de oro femenilmente tendida, uniendo en beso cariñoso el verde oscuro del valle con el suave azul de las alturas.

Será ilusión ó verdad, lo cierto es que el aire embalsamado se precipitaba como loco en mis pulmones, hinchándome el pecho, apurando gratamente la circulación de mi sangre; inundándome con perfumes de azahar y rosas de Octubre que mariposeaban á mi alrededor como espíritus de juvenilia, primorosos de agilidad, disputándose mi persona, alcmeónida ofrecida al más gallardo de todas ellos en la ignorada y silenciosa olimpiada.

Hice despertar á Tina, y, como pareja del amor escapada furtivamente, emprendimos la ronda á pié, sin marron, cruzando de calle en calle, prendidos del brazo, husmeando los rosales de nuestro asedio, entre cantos agudos de albeadores afrecheros y luces jugátiles que irisaban el vasto cielo azul. Así, andando, andando, llegamos al Paseo Navarro, especie de ciudadela arbolada de terebintos, tipas, casoarinas y ligustros que circundan un terso lago con treinta mil me-

tros de agua transparente, situado seis cuadras al poniente de la plaza central. Sentámonos al abrigo de la espesa y flexible cabellera de un corpulento terebinto, y mirando por encima de los techos de la ciudad, que reposa en el bajo, vimos saltar al sol cuyo haz de flechas doradas, sagitario imponderable, hirió de un solo golpe valles y montañas del inmenso templo mundial del que es Catamarca altar modesto é ignorado, donde comulgan las más hermosas y balsámicas auroras.

Las aguas dormidas despertaron de golpe; millares de pequeñas lucecitas centellearon sobre el manso rielaje; retratáronse en su linfa los follajes en instantáneas movedizas y absorto, contemplando á un tiempo el marco y el cuadro en cuyo fondo resaltaba la bella imágen de Tina, ligeramente abandonada su cabeza sobre mi hombro, sintiendo sus palpitaciones transmitirse en el contacto de nuestros cuerpos, vínome un como arrebató de fraterno frenesí, y la estreché á la dulce criatura entre mis brazos, diciéndole con mi voz más suave:

—Aquí sanarás, Tinita y ese sol es testigo...

—Ya estoy sana, Roman,—me interrumpió.

pió, desasiéndose de mis brazos y huyendo como ninfa alada por la enarenada calle, en tanto que yo me fingía halcón lanzado contra la asustada paloma desvalida.

Más de un madrugante de los que bajan del Pueblo Nuevo á la ciudad, al vernos ha podido creer, no sabiendo que fuésemos hermanos.... ¡ah! si, ha podido creer en una virgen perseguida por un miserable fauno de mi figura.

Ella, joven y hermosa y como reina de los trigales, rubia, y yo moreno, fuerte, musculoso; si no fuéramos hermanos, seríamos esposos, la luz del día desposada con las sombras de la noche., ¡Qué estupidez! Cuanta estulticia arroja al viento la imaginación de un corazón amante, sea hermano, padre ó esposo.

Nos cansamos de ver y admirar los paisajes que desde la altiplanicie del Paseo Navarro se dominan á uno y otro rumbo; contemplamos la serie desigual de cordones montañosos, tendidos de norte á sud en vária escala y unidos en su nacimiento á la escarpada falda del oeste; de inquirir con ojos penetrantes el rincón oscuro del valle central, cuyo fondo lejano hacia los boreas se esfumaba en suaves ondas verdosas, detrás de las cuales se eleva como

gigante de los tiempos, el Manchao solitario, de cortadas aristas y nevados flancos, mayor cuando menos en modestia que el imponente Anconquija; de mirar hácia el sud el horizonte curvado y remoto que oculta á nuestra vista la patria chica ausente, y cuando nuestros pulmones quedaron sácios de respirar la oxigenada brisa, cuando fatigados, oprimidos por la cambiante maravilla fuímos llamados á otras realidades por nuestro impaciente estómago, saludamos las pequeñas roladas del agua en el límpido espejo del lago, y de nuevo, prendidos del brazo, descendimos por la calle República, recta, poética, umbrosa á su extremo, á todo tranco, hallando en el hotel á nuestra madre azorada de la intempestiva ausencia con que nos habíamos estrenado.

Tina relató las incidencias de nuestra excursión haciendo brillar nuestros encantos, como alas de libélula al sol de la mañana.

Más tarde y mientras almorzábamos recibí la siguiente esquila de mi amigo Almas, que leí primero solo y repetí después en alta voz.

«Estimado Moreno:

« Acaba de nublarse prometiendo ser una tarde hermosa.

« Tengo dos caballos listos para galopar, y puesto que usted se interesa en conocer las Chacras, iré luego á buscarlo, si no tuviese inconveniente de su parte.

« Cumplidos respetos á su distinguida familia y saludos de su afectísimo amigo

Pedro Juan Alamos ».

Ni mi madre, ni Tina se opusieron.

Contesté aceptando la invitación y agregando soto voce:

—Si es descreido, no es descomedido.

Tinita saltó en su asiento, comprendiendo rápidamente mi alusión y contestó enseñándome su contraída fisonomía:

—No exageres, Roman... Yo misma no podría quizás precisar un juicio respecto de tu amigo; si le he llamado descreido no estoy distante de cambiar favoreciendo ó desfavoreciendo sus cualidades.

—¿Me negarás que anoche te ha causado mala impresión?

—Verdad que no me ha sido simpático; demasiado frío, demasiado ceremonioso, como dice mamá...

—Tampoco he dado opinión neta, obser-



vó mi madre. Conversación sin mayor interés sorprendida por Roman ha sido todo.

—Convengamos, — dije entonces riendo, — en que no es descreído, ni ceremonioso definitivamente, y fíjense... no exijo, por ahora, ninguna declaración distinta. Baste dejar establecido que nuestro amigo Alamos es, de pronto, hombre joven, atento y regular mozo: más tarde veremos si, mirada la esfinge por su fondo, merece nuestros sufragios y (moviendo la cabeza para mirar á Tina por bajo de mis pestañas añadió) algo más... ó algo menos.

Un ligero resplandor parecióme notar en las esmeraldas de Tinita que las cubrió con sus niveos párpados y ya me disponía á dirigir alguna broma, cuando mamá me hizo notar que debiendo venir luego «el señor Alamos, debía yo vestir mis arreos de cabalgar», flamantes, cuidadosamente preparados para lucir mi bella figura de caballero.

—Es verdad, — dije, — pero ¿aceptan ustedes los respetos que envía por mi intermedio?

Mi madre levantóse de la mesa y salió en silencio. Tina quiso hacer lo mismo, vaciló un instante y afectando indiferencia, me preguntó:

—.... ¿Qué andas pensando, hermano?

— Nada, casi nada ¿y tú?

— Menos que eso aún... Pienso terminar mi pequeño paisaje del Paseo Navarro para que se lo enviemos á Julio Portales, si no te opones.

— ¿A Julio? porque no al joven Alamos?

— El lo tiene en la realidad y por cierto, más leal y fiel que el trozo de papel por mi garabateado...

— Mucha modestia; pero, en fin, se lo enviaremos á Julio. No olvides de agregar en el bote del lago la pareja indicada....

— ¿Qué pareja?

— ¿Estás olvidada? Bueno. Al volver de las Chacras te lo haré recordar, si hasta entonces permaneciese rebelde tu memoria.

Poco después mi madre y Tina presenciaban, no sin agitación mi montada á caballo, mientras Alamos me exhortaba á no tener miedo, protestando ser manso, mansísimo su caballo.

Yo trataba de subir, pero el bruto temblaba sobre sus patas, dilatando la nariz, moviendo las orejas y recogíendose sobre el cuarto tracero como para corcovear.

— No subas, Roman; te va á voltear

ese caballo, decía mi madre, y en los ojos de Tina, silenciosa, saltaba el mismo temor.

Comencé yo también á abrigar dudas sobre mi habilidad, en tanto que el caballo iba de un lado ó de otro, sin darme tiempo de tomar el estribo, lo que visto por Alamos, echó pié á tierra y diciendo «con su permiso», tomó la rienda, brincó sobre la silla y dándole un vigoroso azote, lo hizo girar sobre las patas dos ó tres veces, bajándose en seguida.

— Ya ve Vd. señora, que es mansito,— dijo, dirigiéndose á mi madre que se vió en el caso, de excusar su desconfianza.

El hermoso animal se dejó montar por mí más tranquilo y luego, previa gentil despedida, emprendimos á gran galope el camino de las Chacras, siguiendo la vía del tranway hasta Villa Dolores, por entre pintorescos cardones de casas-fincas sin solución de continuidad, exhibiendo sus alfares, sus grupos de enormes naranjos y pampanosas higueras, sus viñedos que saturan el aire de esencias indefinibles. De la ciudad á la Chacarita, á Chacabuco, á las Peñitas, Tres Puentes y Villa Dolores, no hay tiempo, ni aun marchando al tranco, para ver bien esos deliciosos parajes, cuya vegetación ampulosa, cuyas lomadas y bos-

ques de naranjos y alamedas flexibles, presentan una fisonomía nueva, desconocida para el habitante de las pampas.

Por momentos sentíamos como en series de ondas agitadas por el aire ya el aroma del azahar que cubría los naranjos, ya el perfume de las alfares ó los higuerales que se suceden sin fin, enviando á la atmósfera el sutil torrente de sus hojas.

En las Peñitas, dos puentes de fierro, colgantes, tendidos sobre dos brazos del Río del Valle, brindan al viajero hermosas perspectivas que resultan del matiz distinto de los cultivos, y de las diferentes distancias que puede recorrer la vista, sobre las vertientes y faldeos de la montañosa región.

En Tres Puentes, sobre el amplio camino, cierran en bóveda los árboles sus copas, y el alma inquieta del porteño pura sangre estalla para versos sin medida y prosa de las selvas, en arpegios poéticos que mi maldita impotencia no puede traducir, pero que los presiento en alguna alma hermana, de las que habitan esos lugares donde vibra el arrullo de las aves, junto á las murmurantes acequias regadoras; donde la estrofa florece y madura y cae desplomada, sin arpas que las recojan, ni poetas que las

canten ; donde la imágen del fiero calchaquí perdura sin poemas en el voluble ambiente y donde, por último, llegó casualmente Roman Moreno, autor de estas despergeñadas líneas, á suspirar apacibles sensaciones de dulce bienestar y beata melancolía.

Nos tiramos de los caballos sudorosos y cuando sentí la tierra bajo mi planta, no pude, no, ahorrar mi entusiasta torbellino y como un niño loco, sin ley, ni rumbo, abrí mi corazón, desaté las alas de mis confidencias íntimas y me precipité, como el pájaro novato, de rama en rama, deshojando flores y libando perfumes en nombre de hadas ausentes que conturbaban el fondo de mi memoria.

¡Qué sorpresa para mí inexplicable cuando fijando mi atención en el rostro de Alamos, hallé húmedas sus pupilas !

— Que significa.... le dije, mi amigo, su emoción.....?

— Oh ! discúlpeme ; — respondió con su voz temblorosa ; — amo tanto á mi tierra que cuando oigo palabras, para ella cariñosas, se me parte de gratitud el alma. Soy un pobre hombre, soy un átomo de mi provincia, pero es tan profunda la raíz de mi cariño, que cualquiera brisa amiga hace es-

tremecer todo el árbol como si lo sacudiera el más furioso vendaval. Gracias, mi amigo; tolere lo que vea de malo y basta para que Vd. disponga de mi.

No supe que responder, recordando solamente que hemos hablado como máquinas incansables, hemos galopado por callejones sombríos arrebatados por una especie de ciega desesperación que nos empujaba sin cesar.

Yo me decía interiormente «¡hermoso! hermoso!» y me asombraba de la turpitud de mis conocimientos que me habían negado la noticia de esas regiones, vicarias de la poesía y de la exelsa magestad de la naturaleza.

Por todas partes se nos brindaba hospitalidad generosa. Las poblaciones dispersas en grupos de caseríos ó en fincas aisladas ocupan vasta extensión que se recorre por umbrosos callejones, limitados por cercos de rama viva que, sin embargo, no ocultan del todo las tierras de labor cubiertas de plantas frutales, de gramíneas y alfalfares, de flores silvestres, semejando enorme jardín de muchos dueños, donde el viajero es recibido como hermano á quien se vé al cabo de muchos años, entre dulces regocijos y tiernas demostraciones de afecto.

Cuando el cuerpo no pudo más resistir la fatiga del caballo, sin haber visto « casi nada », según la frase de Alamos, retornamos por la vía central, desflorando admirantes é interjecciones á propósito de la maravillosa sintáxis de aquella lengua viva, sin palabras, desprendida como un himno de prados y bosques; de pendientes y lomadas y luces vespertinas con lejanías gualdosas coronando las crestas del Ambato.

La ciudad de Catamarca alumbrada por luz eléctrica parecía como un nimbo luminoso, brotado en las faldas del Ambato, con sus calles rectas, primaverales, inundadas de perfumes de azahar, y nosotros sumergidos en ese nimbo, absorbíamos las dulces emanaciones, dilatando nuestro pecho con delicia.

Mi compañero de excursión no podía comprender cuanta admiración me causaba esa perspectiva, esa atmósfera aromática que yo experimentaba por primera vez; cuanta secreta satisfacción se apoderaba de mi al pensar en nuestra larga residencia comenzada con tan gratas sorpresas.

V

**A**NTES de transcribir la carta que va en seguida, necesito decir por mi propia satisfacción, que Julio Portales, mi viejo amigo y condiscípulo, pasa por ser novio en ciernes de mi carísima Tina.

Creemos en familia que aun no la ha solicitado por ser demasiado niña ó acaso porque solo espera juzgar llegado el momento de conducirla al altar.

Tina, (Dios me perdone si exagero arrebatado por mi profunda devoción), Tina, decía, es una criatura de bondad suprema, de admirable docilidad y de cierto talento demostrado en la facilidad con que asimila y generaliza, en la firmeza de sus convicciones, aparte de su admirable disposición para el dibujo; Tina es un diablillo misterioso cuya profundidad no conocemos bastante, de suerte que, si para nosotros Julio Portales, por su distinción y sus méritos, puede ser el mirlo blanco del matrimonio, para ella ignoramos el concepto verdadero en que lo tiene, creyendo únicamente, eso sí, que le tiene conquistado su afecto, una especie de cariño atento é impasible, más semejante



talvez á la estimación filosófica que á los magnetismos de Eros, mitad corazón y mitad espíritu flotantes sobre las materialidades terrenas.

Con todo, pensamos que si puede entre nuestros mejores amigos haber un novio, nadie está más cerca de serlo que mi querido Julio, y yo me atrevería á sostener la tesis victoriosamente, si no hubiese visto en los ojos de Tina más de una muda protesta por cierta animación del amigo y posible candidato.

Verdad que es un poco afeminado, no mucho, pero algo ¡oh, si!—lo es seguramente. Julio tiene el defecto de ser perfecto, con excepción del dedo meñique torcido por un golpe, dedo que ha recorrido en busca de reparación todos los consultorios famosos de Buenos Aires y París y convencido de la pigracia médica, se ha refugiado en el guante inseparable que oprime su mano izquierda, ordinariamente cobarde, á pesar de la cabritilla que la protege.

Por lo demás, fortuna, juventud, lucida carrera, gracia, todo adorna á mi amigo.

Véase su carta del último correo.

« Querido Román: ¡Salve, oh, pequeño dios de las montañas!

« Tus cartas entusiastas me arrastran há-

cia Catamarca, despertando vivamente mi curiosidad, si por otro motivo, no estuviera con los ojos del alma bien abiertos.

« Estoy contigo esperando inquieto tus noticias, decepcionado de la parvedad con que me las envías y soñando en torrentes desprendidos de las alturas y precipitados en los valles, arrastrando perfumes de salvia sobre los penachos de su plomiza espuma,

« Pero, dime Román, ¿ es todo cierto y son humanas esas cosas ? ¿ Es verdad recogida de la realidad ó simples creaciones de tu inventiva ? Me temo ser víctima inocente de tus voluntarios engaños que, á guisa de manantial rítmico, dejas correr entre cuerdas invisibles de vibraciones dialectas, para magnetizar, no, no, para hipnotizar á tu desventurado amigo....

« Leo tus cartas, las releo y en una poster lectura me digo : « Román quiere mi visita y para llevarme, pone en juego el volcán de su pensamiento ».—No puede ser de otro modo. Mucho, muchísimo agradezco los « perfiles » de Tina, esos por tí llamados « perfiles », respecto de los cuales me permito observar que, si los inspira tu mismo deseo de verme, vendrían á ser para mí como la órden superior del almirante

que manda en la acción, — que no ruega, ni suplica....

« Hablando seriamente. Si en esa tierra de Catamarca es tan humana la gente, como tu la pintas, són tan hermosas sus montañas, tan poéticos sus valles y tan azul y transparente su atmósfera ; si hay hombres como Pedro Juan Alamos y mujeres como las que me describes sin nombrarlas; si allí el sol tiene también el capricho de saltar por el naciente y deslizarse en la celeste bóveda, con igual majestad que este sol de Buenos Aires ; por último ; si eso que tú dices y Tina rubrica con sus « perfiles » es lo que es y no fruto de fantasía, bienaventurada sea la hora que golpee mi puerta para tomar el tren que ha de conducirme á la morada de tantas grandezas ignoradas, entre las que no perderá su brillo ( perdóname Román ) una bien conocida, por padecer un poco, según se dice, de un pulmón perezoso que ha ido en procura de estimulantes á la región de los Incas, el oxígeno, las higueras y los naranjos gigantes.

« Tengo á mi padre fastidiosísimo : imagínate que le ha entrado el reumatismo en las rodillas y que, no pudiendo por esa causa caminar á su antojo, ir y venir por

donde ha treinta años va y viene, se pone *fulo*, me llama, me consulta, se manda traer el médico, se aplica el salicilato de metilo, se venda cuidadosamente, se pára enseguida, intenta caminar, le duelen las rodillas, maldice á Buenos Aires y al médico y la botica y pretende que yo haga escándalo gritando : « Si, si, este Buenos Aires es un infierno, ese médico (tú lo conoces) és un palurdo y el boticario un pillo » y yo me quedo esperando mi parte y porción en la rabia sórdida que lo enagena...

« Si esto pasa, como es seguro, en diez ó quince días, estaré contigo llevando montura con estribos de madera, riendas trenzadas, espolines y todo cuanto me aconsejas para no hacer mal papel cuando vayamos loma arriba, loma abajo, remontando las alturas del Ambato, hacia el «Peñón», el hermoso nido de tu misterioso amigo Alamos.

« Sirvete presentar mis finos respetos á la señora Victoria, mi particular devoción á Tina, cuyos esbozos me los guardo para verla mentalmente y tú, recibe lo que más te agrade de tu afmo amigo.

Ya verán Vds. que esta carta contiene un algo intencional.

Ese algo, más insinuante que lo demás, se refiere á mi hermana Tina para quien se usa de frases que son de contundente novedad. Julio no suele hablar así. Como el soldado esparciata, da un paso más y alcanza en su arrojó por carta lo que no ha dicho de viva voz.

Me he puesto á discurrir largamente, mordiendo la punta de mi bigote, y formo la convicción de que mis sospechas comienzan á convertirse en realidad. « No perderá su brillo », « para verla mentalmente », su « particular devoción », son frases decidoras, parlativas, con mucho mundo entre líneas. Oh! cuanta suerte...

Tina y Julio se merecen como una obligación vencida. El va á venir, va á ser nuestro compañero allá arriba. Hablará y será mi hermano de vínculo, como lo es de corazón.

Sin embargo, veo para mi el deber de recatarme. No le enviaré más « perfiles » y si Tina me preguntase, si me interrogara ¿qué sabré responderle?

Francamente no lo sé.

Acabo de darme cuenta del significado de las fronteras.

Mientras Julio ha sido simplemente mi amigo, he visto un hombre en él. Desde el instante que puede ser un novio porque ha dicho las primeras frases, se transfigura, se permuta por sí mismo con otra forma, cruza el límite, la línea fronteriza y él ya no es más él, como dice el personaje de Murger.

Yo no soy más yo, ella no es más élla. De ahí toda una conjugación en singular del verbo ser, pronta á refugiarse en el plural y á tranformar nuestros hábitos.

Esta carta de más arriba aún no la ha visto mi madre, ni yo he hecho mención de élla. Saben que la he recibido. La letra de Julio es antigua conocida y la carta, cerrada, ha pasado de manos de Tina á las de mi madre que me la entregó.

Talvez mi deseo me lleva más allá del contenido intrínseco, haciéndome concebir falsas ideas; pero cuando recapitulo y miro á Julio y recuerdo como suele expresarse; cuando rememoro su conducta, su actitud, sus palabras; cuando pienso que eso venía y aún creo ha tardado en llegar, no me confundo si creo que esa carta es el principio del fin. Todo esto se parece mucho al buque esperado en el puerto, cuyos mástiles se muestran á distancia sobre la curva

del horizonte, agitando la banderilla del palo mayor como saludos anticipados de efusiones contenidas durante el viaje y prontas á desgranarse en el feliz arribo.

Tomo la pluma con intención de escribir á mi amigo Portales y así que la resolución se fija en mi mente, noto que la figura de Pedro Juan Alamos solicita mi atención recordándome ya su semblante, ya sus palabras, ya un cierto sello de melancolía que se desprende de su persona como radiaciones del alma. Mis ideas cambian de curso bajo el tragín de la *folle du logis*, como llama á la imaginación un filósofo de antaño. Me vienen deseos vivos, punzantes, de abordar á este flamante amigo, de preguntarle un montón de cosas, de representarle mi curiosidad y mi interés por informarme de la razón de ser de ese sello melancólico, y cuando he terminado mi muda deliberación, otra y otra figura cruza mi azul turbando la corriente de mis pensamientos.

Hacen tres días ya á que mi madre hablando de Pedro Juan Alamos en presencia de Tina, ha dicho :

— « Si todos los catamarqueños son como ese joven, es preciso creer que esta tierra se compone de gente sibilina ».

Yo me callé, deseando oír la opinión de Tina, sin pedirla. Ella á su vez fijó sus ojos en los míos, talvez con la misma intención y el silencio de ambos, por breves minutos, dominó el campo de la conversación.

— Realmenté, — dije al fin, — Delfos no siempre estuvo en Grecia, ni las sibilas en Cumas ; pero quien sabe si no confundimos el dolor, con el misterio.... Recuerdo que Lamartine, siendo muchacho, viajó de Florencia á Roma, departiendo amablemente con un compañero de carruaje, sobre cuyo hombro más de una vez apoyó dormido su cabeza. Llegado á Roma supo recién que el amigo era una mujer, joven y hermosa, que vestía de hombre por capricho, ofreciendo al incáuto viajero un hombro de muelle porcelana para su reposo. Sobre el mundo andan muchos Jorge Elliot, muchos Ouida, todo lo cual indica la conveniencia de no fiarse de primeras impresiones.

Tina no desplegó sus labios ; más, como si mis palabras reclamasen contestación que ella rehusase dar, levantóse de su silla, tomó sus lápices y se hundió en la terminación de un marco montañoso á cuyo pie brilla una capilla blanca, Santa Cruz, vista



á treinta kilómetros sobre las hondonadas del valle.

— Tina, Tina, — exclamé interiormente ; se habla de misterios y te veo, te contemplo con tu selva dorada sobre la espalda, con tus ojos verdes de luces profundas entornados como puertas de un infinito insondable, con tu sonrisa de virgen pudorosa plegando suspiros y desatando nudos nimbosos y digo que, si tu no eres un misterio, yo no sabré jamás lo que es misterio. Sabré, si, que me seduce y arrastra y cuando se muestra en tí, oh, hermana mía, se me ocurre abierto el templo y suspendido el tabernáculo entre dos nubes rosadas, una que baja del cielo á la tierra y otra que va de la tierra al cielo.

¿Necesito decir que Tina me acostumbra en la adivinación ? No me niega sus confidencias. Muy al contrario. Es que por estructura, por temperamento, jamás descubre todo el fondo de su alma, buena, buenísima como la blanca miel de la silenciosa abeja recogida de millares de cálices, pero elaborada en un infinito misterioso.

No hemos vuelto á hablar de Alamos hasta esta tarde en que he leído la carta de Portales. y mientras me empeñaba en contestarla ordenando mis ideas, la corrien-

te telepática que me ha deslizado primero la visión de Alamos, se ha convertido luego en realidad con la presencia del sujeto en visita inesperada.

Hase hablado de todo, del tiempo, del próximo viaje á *el Peñón*, de pintura, historia, bellas artes y ¡cosa singular! Alamos sabe de todo, sabe á conciencia con nombres y fechas y principales circunstancias, hablando naturalmente, sin ninguna afectación, como entre antiguos conocidos, de paso, manteniendo viva, animada la conversación.

Le hemos escuchado gustosos y cuando él se ha apercibido de que nosotros guardábamos silencio, oyéndole disertar, cambió súbitamente dirigiéndose a Tina.

— ¿Y Vd. señorita, que tiene lápices tan obedientes, no piensa como esos espíritus selectos para quienes el arte es credo y salvación?

No fué bastante el magnetismo de Leonardo de Vinci, Paolo Veronés y demás semidioses para contener la sensibilidad nerviosa de Tina que, sonrojándose con los colores del geranio, respondió :

— Ah! Nada sé de lo que es el arte, y en cuanto á la obediencia de mis lápices,

le perdono toda la amargura que me causa la temeridad de sus palabras.

— Pero, no, señorita,—repuso Alamos;— créame Vd. que así lo pienso. Incapaz de faltar á la sinceridad, antes habría callado si no fuese que realmente me asombra la agilidad y pureza con que los maneja.

Yo dí las gracias en nombre de Tina y agregué aludiendo á conversaciones anteriores :

— Si el concepto de la mujer, para nuestro amigo el señor Alamos, fuese tan benévolo como el merecido por los lápices de Tina, podría creerse en una conciliación de ideas que sin excluir las cortesías de la etiqueta, rinde homenaje, como dice Legouvé, á la mitad más bella de la humanidad....

No esperaba yo el efecto producido por mis palabras. Alamos púsose densamente pálido, una llamarada escapó de sus ojos y una como mueca de protesta espiró en sus labios. Mi madre lo vió é iba posiblemente á disculparme, cuando yo intervine continuando :

— ... Pero, esa misma humanidad tiene tantos secretos que á menudo las lágrimas son sonrisas y las sonrisas lágrimas.

Con esto, Alamos tuvo tiempo de reponerse y respondió:

— Nada es más cierto que lo dicho por Vd., señor Moreno. Yo lamento cada vez que las circunstancias, nunca buscadas por mí, obligan sin embargo, á revelar un poco de excepticismo asilado de largo tiempo en los rincones de mi espíritu. No es que yo tenga por experiencia propia motivo alguno para mi pesimismo, nada agresivo y si muy respetuoso de «esa mitad más bella». Lo lamento porque me hace aparecer injusto, sin serlo y porque los encantos de la sociedad se me presentan diezmados.... Oh! si, con harta pena de mi parte....

No recuerdo exactamente lo que contesté, ni lo que dijeron mi madre y Tina, pero afirmo que al retirarse nuestro amigo nos quedamos mustios largo rato.

Hay en Alamos una mezcla indefinible de tristezas consoladas y de tímidas alegrías: es fuerte, es inteligente, es culto y en medio de sus apreciables cualidades que lo hacen notoriamente atrayente y simpático, se recoge, se reconcentra y se cambia su fisonomía con durezas diamantinas, aunque pulidas por la acción de su voluntad.

Cuanto más le trato, más se posesiona de mí. Tengo la creencia de que Julio Portales ha de participar de mi opinión cuando lo conozca; pero en cambio, me parece, vá acentuándose por grados insensibles una creciente oposición de parte de Tina, una oposición que sin constituir propiamente la antipatía, se asemeja en la disidencia de opiniones relativas á la mujer, disidencia irreconciliable, pues mientras Alamos le atribuye la más profunda versatilidad como carácter substancial, Tina defiende en su sexo su propio ser moral, creyendo con fe ciega que la mujer es la igual del hombre con todas sus faltas y virtudes.

Talvez haya en ella algo de exaltación debida á su lectura de «mujeres célebres» y á romances como los de Saint Pierre, Chateaubriand, Lamartine, Isaacs que hermosean y purifican el concepto de esas sacerdotisas, cuyo santuario no envejece; la he visto tantas veces llorar inclinada sobre esas páginas, confundiéndose con las ternuras de las protagonistas, transformándose en Virginia, Atala, Graziela ó María, no por vana inclinación romántica, sinó por un culto perpetuo de alma virginal ante quien pasan los pecados, como sobre

el agua la hoja perdida, sin dejar su rastro : la he visto permanecer horas enteras suspirando ante la persistente imágen de esos ángeles misteriosos que, perteneciendo al cielo, conservan terrenales envolturas, acaso por humanizar las virtudes divinas; la he visto á esta dulce criatura doblarse ante la desgracia ajena y erguirse como enhiesta palma ante la soberbia ó el orgullo mal entendido; la he visto gozar con la felicidad extraña como si ella fuese la venturosa en quien todo sonríe con espasmos de cándidas bondades que, francamente, quien no la conozca, jamás podrá concebir cuan suave, cuan tierna, cuan sincera, cuan pura es su alma eternamente dispuesta, como el sol que nos alumbra, á regalar sus perennes bendiciones.

La subjetividad no existe en ella, para quien la mujer es un noble objeto, una obra de arte, una inspiración que no ha podido brotar del hombre, creada como las flores silvestres, como las perlas del rocío de los cielos, como los ósculos perfumantes que santifican el altar de rosada aurora. Es su ideal como virtud congénita, es su culto como ritual impecable donde solo hay vírgenes ó magdalenas redimidas; es su espe-

ranza como fuente de bondades ; es su ley como crisol donde se purifican las ternuras del hogar ; es su santuario porque el ídolo y el creyente se confunden en la santidad de los anhelos ; es... un mundo completo donde el hombre inclinándose ante la castidad del amor, es como el huésped á quien se le brinda hospitalario techo, copa rebozante de ambrosía y posteridades gloriosas, sin dar nada, retirándolo todo y á menudo amargando las horas de la existencia.

Esto no sabe, no comprende, no calcula Pedro Juan Alamos ó talvez pasa su alma esos instantes de prueba que el lapidario practica antes de presentar pulida la faceta. Algo hay en él que significa herida profunda, dolores de los que la mujer, alguna mujer, ha sido causante. El vé en Tina á esa mujer, cuando esa mujer no es Tina : confunde la especie con el género, la falta con la virtud, la sombra con la luz y ciego, como es ciego el error, condena en un delito á la humanidad entera.

Yo he dé saber lo que pasa por él : nuestra amistad parece ya ser irrevocable y aunque mi tierna hermana tenga puesto en otro hombre su pensamiento, en nuestro querido Julio, me interesa esta sorda lucha que vá arreciando con augurios de

rupturas próximas á estallar en el choque de encontrados caracteres.

El tiempo sabrá decirlo con su lenguaje silencioso.

Hoy estamos á 23 de Noviembre y ya Pedro Juan Alamos comienza á figurar entre nosotros como un viejo amigo á quien mi madre y Tina perdonan «sus ideas».

Perdonar, no es olvidar ; es simplemente renunciar al castigo por bondad, por conmiseración, por arranques generosos que puede saberse donde residen, ignorando muchas veces como han venido.

De parte de Alamos ocurre algo semejante. El querría oír á mi madre, á Tina, á mí, juicios contrarios á la mujer, tales como él los tiene, y puesto que eso es imposible, perdona por bondad, por conmiseración, por generosidad lo que no perdonaría en nombre de una justicia que él no la comprende, como nosotros, juzgando las cosas desde polos opuestos.

Comenzamos á vivir una vida transada en esta amistad de mutua tolerancia, gracias á los actos de abstracción por los que eliminamos de él esa moderada y sorda malevolencia respecto de la mujer, de la *mujer en general*, no de mi madre, ni de Tina, resultándonos un amigo tan agrada-



ble, tan instruído, tan intenso, tan comedido que seríamos felices en tener, como él, una docena. Ah! pero mis apuntes van embarullándose y la prueba es que, habiendo recibido cartas de Julio no he hecho mención de ellas, ni de mis contestaciones, ni de la interpretación dada á sus frases dirigidas á Tina, como quien dice «por oficina de retrasmisión».

Bueno, pues; pongamos las cosas en orden. Cuando enseñé á mi madre la carta de Julio, con aquellas frasesitas para mí demasiado significativas: «no perderá su brillo», «para verla mentalmente» y «particular devoción», ella, la dama experta, acostumbrada al alto y culto medio social en el cual se ha formado, cuando leyó dos veces la carta y su reflexión hizo madurar el juicio, volvióse hacia mí, diciéndome:

— No es una petición de matrimonio, pero es el viajero que vá á llegar, divisándose su figura en el extremo del camino... Contéstale como te aconseje tu discreción. Yo nada debo indicarte como no sea exhortando tu propia moderación. Eres apasionado con Portales; te lo he observado muchas veces y puesto que tu crees en la pretendida intención de solicitar á Tina,

pienso que nunca se requerirá tanto tu prudencia como en esta ocasión.

— « Confíe Vd. en ella,—respondí,—pero déme Vd. con franqueza su opinión, no respecto de Julio para quien supongo le dispensa su cordial afecto. Yo quisiera conocer exactamente el estado de ánimo de Tina, no ya como simple amiga de mi amigo; sinó como mujer, como corazón libre ó comprometido....

— « Eso me es muy difícil, Román. ¿No conoces aun bastante á tu hermana? ¿No la has oído decir mil veces que aun amando con locura, jamás lo confesaría sinó en el instante de comprometerse para siempre? Háblala. Te dirá lo que tú sabes como yo; para ella Portales es, ante todo tu amigo, el amigo de su hermano, un excelente jóven, moral é inteligente, á quien estima, (puedes agregar) y distingue; pero desde ahí hasta el fondo de su alma, donde moran los pensamientos recónditos, media larga distancia.

— « Dígame á lo menos que piensa Vd.—repuse, creyéndome en el deber de informarme prolijamente antes de escribir nuevamente á Julio.

Mi madre, sin dar mayor importancia á las palabras y acaso bajo el imperio del

egoísmo común á la maternidad, respóndime :

— « Yo pienso que todo es posible, mucho más cuando pronto va á cumplir diez y ocho años, edad en que la mujer, como el pájaro recientemente emplumado, anhela dejar el nido, no para siempre, deseando cortar el espacio abierto para lo cual ensaya ese vuelo precursor de largas ausencias que demandan otro nido de acariciantes misterios.... Mas.... no sabré decirte si Portales ha sido elegido por ella, ni si lo será.

— Total, entonces. Ni Vd. ni yo sabemos nada del corazón de la pequeña esfinge que, como Galatea, se estremecerá su mármol cuando el amor comience á circular por sus heladas arterias. ¡Bueno...! Diré.... diré.... que.... ¡Caramba...! diré.... no sé qué decir.

Inútil me parece pretender transportar sobre estas pobres páginas los fragmentos recordados de íntima conversación, después de la cual escribí la siguiente carta :

« Querido Julio :

« ¿Has observado como entran y salen las hormigas por las troneras despues de una copiosa lluvia? ¿Has visto ese mundo microscópico donde todo revela agita-

ción, apresuramiento, órdenes, mensajes verbales, amotinamientos, conferencias, exploraciones, miradas fulmíneas (recuerda bien como mueven sus antenas al encontrarse), docilidades increíbles y luego, el torbellino precipitándose adentro, para volver á salir al asalto, como en Sebastopol, sobre reductos y trincheras que la lluvia ha destruído tanto como los torrentes de la metralla? ¿Has detenido tus ojos y tu mente sobre el hormiguero febriciente, trastornado, revuelto, conmovido entero, en su interior y su exterior, donde nadie acierta á proclamar la ley del orden por el temor de los estallidos turbulentos de la irritada masa?

« Bueno, todo eso es poco para pintarte el estado de mis nervios y ¿ como los he de poner en orden si les hallo rebeldías suficientes para derrocarme con la mayor ignominia?

« Quiere esto decir que, si te escribo, lo hago más por no dejarte sin cartas que por hallarme en vena.

« ¡ Cuanto deploramos ese reumatismo entrado en las rodillas de tu padre ! Ojalá haya desaparecido para que tu nos proporciones la satisfacción de venir pronto á esta tierra que no es distinta de mis pinturas; á esta

tierra donde por la primera vez me he puesto nervioso, sin saber porque, pero nervioso en los ciento veintisiete huesos, un haz de flechas felizmente inofensivas.

« La única noticia que puedo darte, es que el 8 de Diciembre se solemniza con fiestas á la Virgen del Valle.

« Dícenme que acude mucha gente de las provincias vecinas y se ven actos admirables, conmovedores, de piedad religiosa, y aunque ni tu, ni yo, séamos excesivamente aficionados á frecuentar la iglesia, espero te sería agradable mirar de cerca estas cosas originalmente desconocidas para los partidarios de Luján, Itaty y Cía.

« Dícenme también que los peregrinos traen muchas telas de lana de vicuña de las que tanto te agradan, siendo lo más fácil elegir el gusto; pero no vayas á confundir los peregrinos de esa solemnidad con los de la coronación de la misma Virgen del Valle, pues estos últimos vienen en Abril.

« Han sido previsores. Las fiestas religiosas de Abril se realizan en tiempo relativamente fresco, en tanto que las de Diciembre suelen ser con temperatura hasta de cuarenta grados, según lo afirma el Sr. Calegaris dueño de nuestro hotel. A pesar

de todo resulta más cómoda que la de San Nicolás de La Rioja, solemnidad de año nuevo. y sol vibrante de la que habla un hermoso libro escrito con suspiros de esa tierra.

« Si tu vienes, como tenemos derecho de esperar, veremos juntos estas cosas y haremos la expedición al *Peñón*, donde mis nervios hallarán su medida y tus versos las ondas del paraíso.

« Con nuestros saludos al señor Portales vá el que te dirigimos á tí especialmente.»

Esta carta me ha sido contestada por Julio con cierta frionera, dejando sentir su estrañeza por mi silencio respecto de Tina y sus «perfiles». No he tenido valor para remitirle los últimos cuadritos á lápiz y menos para hablarle de modo que yo pueda cargar con responsabilidad alguna.

Sin embargo, nos hemos cambiado varios telegramas quedando cerrado su compromiso de venir hasta el 15 de Diciembre.

Mientras corren los días que faltan, nuevas reflexiones me arranca el carácter de Pedro Juan Alamos.

¿Será un descreído de la mujer, una víctima del medio ambiente, un cerebro sano con un corazón enfermo? ¿O será al contrario un corazón sano con un cerebro en-

fermo? ¿Será la fusión del Octavio con el Desgenais de Musset, una especie de filósofo frío y estóico en una pubertad de veintiseis años, fruto de batallas no vistas y de abundante sangre derramada en los campeonatos del amor? ¿No será un espejo aquellas frases con que el autor de Rolla describía la juventud de su tiempo en las cálidas noches de la amargura y el excepcionalismo?

« ¿Quién se atrevería á contar,—dice,—lo que entonces pasaba en los colegios? Los hombres dudaban de todo; los jóvenes todo lo negaban. Salía la juventud de las escuelas con la frente serena, el rostro fresco y sonrosado, y la blasfemia en los labios. Predominando siempre el carácter francés, que por naturaleza es alegre y franco, sucedió que los cerebros se llenaron rápidamente con las ideas inglesas y alemanas; pero los corazones se marchitaron como flores arrancadas de sus tallos. Así, el principio de la muerte descendía fríamente y sin sacudidas desde la cabeza á las entrañas. En vez del entusiasmo del mal, solo existía la abdicación del bien; en lugar de la desesperación, la insensibilidad. Adolescentes de quince años, sentados con abandono entre matorrales en flor, sostenían, por

pasatiempo, diálogos que hubieran estremecido de terror los inmóviles bosques de Versailles.—La comunión de Cristo, la hostia, ese símbolo eterno del amor celeste, servía para cerrar las cartas!»

Por fin ¿no habrá en la mente de Alamos una exaltación opuesta y semejante á la de Tina, bebida en lecturas como las de Tácito, Voltaire, Prevost, en libros que dan fiebre y hacen de la humanidad una como cierta rotación de la carne perennemente humedecida por besos caliginosos y por lágrimas?

Podría pensarse al sentirme discurrir que la persona de Alamos no vale bien la pena de arrancarme tanta tímida conjetura; pero, para comprender mi afán es necesario conocer al objeto, al individuo caído bajo el análisis; es preciso verlo como yo lo veo; oírlo como yo lo oigo, experimentando el raro magnetismo que se derrama de sus ojos negros con negruras de abismo y vislumbres fosforescentes que irradian mansas y dulces claridades.

Mi madre no dice ya : «es un jóven raro»; lo llama ahora «un ser excepcional». El calificativo ha mejorado en la forma y en el fondo. Está entre el protagonista de Feuillet en « *Le romance d'un jeune pobre* » y



el «Martín Rivas» de Blest Gana, lo cual me ha inducido á observarle que ha elevado excesivamente el concepto de su personalidad, en términos más generosos que la medida del tiempo de nuestra amistad.

He procurado sondear á Tina gastando inútilmente mi esfuerzo.

— No conozco yo,—me ha dicho ella,—sino lo que él voluntariamente ha querido dejar ver; lo que aun no hemos visto ha de ser el alma de su carácter.

También en Tina ha dejado de ser «un descreído». Hoy mi amigo Alamos es «un problema».

Si él supiera lo que pensamos, por lo menos llegaría á creer en nuestra estimación, pues nadie substantivamente, se ocupa de estudiar y catalogar cosas inútiles. La piedra bruta no iría jamás al campo del microscopio ó la hornalla del ensayador, si no contuviese virtualmente el alma de la veta de oro ó plata que se busca.

Sin embargo, algo he descubierto, algo muy nuevo que comienza á inquietarme vagamente. Mi hermana se irrita, como puede irritarse una santita de azúcar, cuando hablamos del «problema»; se irrita de hallar ocupada su mente, y pesado su lápiz, y duro el papel de dibujo, y crispante la

luz que penetra por la ventana de su improvisado taller, y yo me digo, interiormente, que es la tardanza de Julio ó la impasibilidad del « problema » lo que conturba su espíritu.

En cambio, las formas de su cuerpo van ganando turgencias admirables, redondeces inauditas, donde la sangre de la juventud circula para ideales florescencias de un mañana esplendoroso. Su seno de vírgen de las mieses, ondulante, palpita la gran vida. Sus ojos derraman raudales de esmeraldas que semejan bosques druídicos, suavemente ajitados por brisas cariñosas, en tanto que su cabeza afirmada con los últimos contornos de la adolescencia, luce la tempestad dorada que se desborda en bucles flexibles y radiosos.

¡ Tina está hermosa, está arrebatante! No es la misma de ayer; algo como un soplo misterioso anima y perfecciona su belleza. ¿ Será qué.....?

Soy enemigo de la conjetura; me gusta el hecho, la idea formada, las matemáticas del pensamiento, y como cosa adrede, todo ha sido llegar á Catamarca para que comience en mi cerebro un martilleo constante de cálculos, de posibilidades, de imaginativas incesantes que si continúan un tiem-

po más, son capaces de aflojar los resortes de mi cordura que nunca fueron muy seguros.

Por temperamento soy individuo andador; la actividad es en mi una fiebre, pero desde algunos días á esta parte me ha sucedido hallarme con la barba apoyada en la mano, mirando sin ver el infinito de la nada ó engolfado en la conjetura que me lleva, me trae, me empuja, me detiene, me alza en alto y me precipita con la misma facilidad sobre un lecho de piedras que sobre uno de mullida pluma. Si me preguntáran en que he estado pensando, no lo sabría responder.

A veces la velada imágen de Buenos Aires se me fija como un tul en la mente, á través del cual desfilan centenares de diablillos y fantasmas. Mas, tan pronto como intento fijarlos, se desvanecen cual nubecillas del Ambato á los rayos del sol de la mañana.

Nada me preocuparía todo esto si no creyese ver también en el rostro de mi madre la borrada huella de hondas cavilaciones que aun no han salido á la superficie, pero que se traslucen como nataciones á media agua, próximas á sumergirse ó á flotar sobre el espejo líquido.

VI

**H**ACE ocho días que no escribo una línea.

Han sido ocupados exclusivamente en pasear con Pedro Juan Alamos á quien no he dejado respirar.

El abandona de buena gana sus negocios solo por complacerme, y en este ir y venir, he adquirido la persuasión de su invariable bonhomía y de mi falta de voluntad para ahorrarle las visitas con que le devoro impiamente su tiempo.

A pesar del calor (35° á la sombra), la fisonomía de la ciudad transpira en cosas y personas una primavera animada, bulliciosa, precursora de bazares de caridad, bailes, paseos para los que las gentes se preparan con ocasión de los próximos «días de la Virgen».

Los estudiantes catamarqueños, como gorriones volviendo al nido, vienen á engrosar el número de los que aprovechan el tiempo en gozarlo agradablemente, y yo me incorporo en la falange, á título de recién venido, soldado disponible á todas horas del día. Invadimos la plaza central, que aquí es destinada á paseo de moda, y por

una de sus calles formamos corso pedestre, mezclándonos, entreverándonos con numerosas señoritas que hacen otro tanto, mientras la banda de música en el quiosco del centro ejecuta polkas, valeses, mazurcas, schootis, trozos de ópera cuyos alegres sonidos estimulan la charla que se anima.

Debo confesar que son bonitas las catamarqueñas. Su rostro generalmente sonrosado y trigueño se distingue por la vivacidad de sus ojos. Pero también he de confesar que Pedro Juan Alamos se capta la mayoría de las miradas de ese mundo de aves canoras que pasan delante de nosotros, como reinas dispensando ofrendas de sus labios rojos en sonrisas encantadoras. Le miran sin verlo, le observan sin mirarlo, y hasta en el sutil perfume que dejan á su paso, podría creerse que flota la recatada sombra de un saludo cariñoso, de un tímido deseo, de una esperanza seductora despertada por el pequeño rey de la comarca.

A mi también me miran, pero de otro modo ; me miran mas como á un objeto que á una persona ; me miran y sus ojos no dicen nada, ni son amigos, ni son curiosos; me toman como simple ser de la ontología. acaso elegante.... al fin, porteño—y nada más, y aunque basta para irritar á cual-

quier hombre de mi condición, me sobrepongo, me domino, disfrazando á la inocua venganza que germina en mi mente con las formas del disimulo. El desquite se mastica; ya me parece hallarme en el desarrollo del rencoroso deseo y cuando voy á recoger mentalmente el primer fruto del triunfo, vuelvo mi atención sobre este provinciano, mitad fuego y mitad nieve, asombrándome de su prestigio y de mi propia subyugación.

¡Ah! muchas cosas no tienen patria; la luz, el aire, la belleza, la fuerza, la verdad y la mentira... ¿Qué explica entonces mis celos?

Entra mi madre con Tina; se le acercan nuestras amistades, toma parte en el curso, va y viene, como todas, y cual flechas disparadas de carcaj enorme, se clavan las miradas en mi carísima hermana, la envuelven, la asedian, la analizan y se prosternan acariciantes como sumisa tribu al paso de un arcángel.

Pedro Juan Alamos se cree obligado, probablemente por nuestra amistad, á singularizar su saludo á Tina, y al hacerlo, se trasluce la sorpresa de la bulliciosa pajarada corsaria de la plaza que vé á uno de los suyos salir de sus costumbres inveteradas.

Se pasa el tiempo, tras de un día otro, aumentándose insensiblemente la población con los peregrinos llegados de la campaña y de las vecinas provincias.

El 8 de Diciembre, primer día de la Virgen del Valle, las campanas de las iglesias lanzan al aire sus repiques. La población puesta de pié desde temprano y engrosada por los promesantes, se asocia al general regocijo. Al lado de la dama y la señorita vestida á la moda última, se vé á la mujer del campo con tódo su baul á cuestras, luciendo formas y colores abigarrados en que la seda y la indiana se las disputan; llevando en brazos al niño curado de la última enfermedad por mediación de «Nuestra Señora del Valle», ó arrastrando al anciano, al ciego, al tullido que viene con su ofrenda á demandar la salud del cuerpo y la del alma, tras del deseo de vivir, acompañado de la madre, la esposa, la hija ó la hermana que también impetra la reparación de la desgracia que les aflige; se vé al padre de familia lugareño, de botas gruesas y barbas caídas sobre el pecho, con su pañuelo rojo al cuello, acompañado de la mujer y las hijas—que vienen á entregar á la alcancía del Santuario la parte de beneficios reservada del último negocio, de la

última cosecha realizada á mérito de los favores de tan exelsa Señora; se ven á los que por la primera vez vienen á rendir homenaje á la Reina de este valle, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, blancos, morenos, cobrizos, andar con apresuramiento, palpitantes, en dirección del templo con sus cintas y rosarios destinados á bendecirse en el contacto de los pies ó las vestiduras de la coronada imágen; se vé al que ha cometido la gran falta no castigada ú obtenido el inmenso beneficio, hombre ó mujer, á veces ancianos, á veces niños, tiernas criaturas de breves años, caminar de rodillas por el duro pavimento de la calle dirigiéndose á la iglesia donde reside la Dispensadora del pecado y protectora del desvalido, ayudados en el cruento sacrificio de personas que barren el piso y retiran el guijarro que puede herir la rodilla; se vé á la joven adolescente venir á rogar por su novio, conscripto del ejército de mar ó de tierra, llamado al servicio, alejado de su hogar, del pueblo, expuesto á olvidar en su ausencia los compromisos contraídos, á enfermarse, á cambiar de gustos; se vé al que padece venir á implorar la cesación de sus dolores y al que goza á tributar sus gratitudes con fé profunda, con lágrimas en los



ojos y dulces esperanzas en el alma, —y en ese hormigueo de tipos, indumentarias, deseos revelados ó contenidos y apresuramientos piadosos, se vé también desprenderse el alma de esta tierra con sus caracteres distintivos, sus preocupaciones, su alto temple para soportar el sacrificio.

Por una de las esquinas de la plaza vemos marchar de rodillas á un niño de catorce años, más ó menos.

Nos acercamos con Alamos á examinar al promesante que se ha impuesto tan amarga prueba. En su fisonomía se nota el dolor; el piso es duro y áspero y sus carnes se laceran, pero resplandece una como llama de profunda alegría que le da valor y mantiene sus fuerzas. Marcha lentamente; la madre y una hermana, limpian el suelo por donde va el niño. Las gentes no se detienen á contemplar el cuadro; es un caso común, pero nosotros inquirimos la causa de semejante promesa. El esposo y padre se halla enfermo, y puesto que el médico del pueblo no ha podido curarle, el niño ha querido ofrecer á la Virgen ese sacrificio para obtener la salud del padre, y la va á obtener; no hay manera de quitar esta conserción propia de su fe, común á todos los miembros de su familia. Es por eso que han

venido de un Departamento remoto, dejando al enfermo con la seguridad de volver y encontrarle sano por la mediación de la milagrosa imágen.

La iglesia del Santuario es grande, es un templo que cuesta medio millón de pesos y se ha construído con los donativos hechos á la Vírgen del Valle; en sus amplias naves pueden estar cuatro ó cinco mil personas; más, en estos días es tan grande la aglomeración que, entran hasta siete mil devotos, llenando sus rincones, apretándose, transpirando con el calor del cuerpo y de la atmósfera que al parecer nadie lo siente durante el sacrificio de la misa. Visto el templo en ese momento desde el coro alto del fondo, se percibe el universo de los colores, el vaivén de los abanicos, el apeñuscamiento de cabezas de la enorme mazorca de creyentes, la contrición solemne en la quietud de la masa y algo como un suspiro de anhelos íntimos flota y se confunde con las nubes del incienso imponiendo respeto al observador.

A veces un sollozo conmovedor se escapa de algún pecho quebrado como débil cristal; otras se vé á las madres levantar en brazos sus hijos cfreciéndolos á la imágen, en tanto que fuera del templo se agru-

pan los que no han podido penetrar en su interior y se conforman con arrodillarse silenciosos, haciendo el acto mental de seguir el santo sacrificio.

Termina la misa y la gente sale, sale y sale, sin acabar de salir; muchos se quedan frente al peristilo del templo, otros se esparcen por las avenidas de la plaza, asilándose á la sombra de los naranjos y terebintos que, luego se convierten en tiendas improvisadas de telas y tejidos criollos cuyo producto se destina por mitad, cuando no íntegramente, al cumplimiento de la promesa.

Las fiestas religiosas duran nueve días, pero á medida que se aproxima el último, el 16 de Diciembre, la columna humana de creyentes continúa aumentando sin cesar.

Un día es como otro. La caja del Santuario recibe toda clase de ex-votos: dinero, joyas, la joya más querida del promesante consolado, anillos, relojes, cadenas, pulseras, objetos del culto, lo que se puede dar, lo que está al alcance, lindo ó feo, valioso ó modesto, todo lo merece Ella, la gran taumaturga de este valle.

Es ciertamente pálido el esbozo que dejo hecho. Si nuestro objeto hubiese sido otro que el de curar el pulmón de Tina, es po-

sible dedicara mayor suma de tiempo á la descripción de « cosas catamarqueñas » por mucha que sea la resistencia opuesta por esta pluma rebelde á la gracia y el colorido.

Me reservo, sin embargo, ofrecer á mi futuro público lector la grata sorpresa de presentarle un cuadrito arrancado á la pluma de Pedro Juan Alamos, y otro al lápiz de mi bondadosa hermana. Entonces, recién se convencerá del fecundo manantial de costumbres y colores que dejo abandonado, por dar en este momento la noticia de haber recibido telegrama de Julio Portales anunciándome su llegada para pasado mañana, penúltimo día de la Virgen.

Todo tenemos ya preparado para nuestro viaje al *Peñón*

Vamos á ir porque el médico lo indica, más como agradable que necesario, pues, Tinita se halla perfectamente. Es un pulmón sometido, obligado á funcionar sin trepidación.

No hay drogas, nada de drogas. Aire, aire y aire; nada más que buen aire, no *Buenos Aires*, sinó aire de aquí, oxigenado, rico, adecuado; aire de las montañas para hacer invulnerable ese pulmoncito, para bli-

darlo; cuestión de un par de meses, no porque exista lesión; por precaución.

Hemos tomado los caballos de silla y las mulas para conducir la carga. El plan de marcha largamente discutido, ilustrado con múltiples observaciones y sobre todo, con intervención de Alamos, cuyos comedimientos nos hacen cobrarle cada vez mayor adhesión, — queda definitivamente concertado.

Nos haremos conducir en carruaje hasta la Boca de la Quebrada, distante una legua; allí tomaremos los caballos en la madrugada. A las siete de la mañana llegaremos al Tala y una hora después al *Peñón*. Tal es suscintamente el itinerario convenido. Creemos que nuestro amigo Alamos nos hará compañía y nos dejará instalados en su propiedad.

Por consejo de él desde el viénes vamos á levantar á las señoras á caballo, haciendo cortas expediciones para acostumarlas al piso, las subidas y bajadas. Mi madre agradece de veras la indicación y probablemente el primer ensayo se hará con asistencia de Julio para quien me ha cedido Alamos su caballo negro.

No sé lo que pasa por la mente de Tina. Desde que sabe la próxima llegada de Ju-

lio, que se la he avisado con transportes de alegría, su semblante, jovial de ordinario, se ha vestido de ligero barniz meditativo. Presenta á mis ojos el aspecto de persona soñadora, lánguida, abandonada, des preocupada de sí.

Demuestra tan escaso entusiasmo á propósito de mis proyectos, cae en tan largos silencios y en actitudes tan indiferentes que, francamente, me sorprende.

No quiere dibujar, no quiere pasear y si acaso lo hace es solo para complacer á mi madre ó á mí que la exigimos.

Hase puesto á estudiar historia y estudia el día entero, leyendo con verdadero encarnizamiento. Me ha pedido le proporcione un buen atlas, diciéndome: «Vuelvo á la escuela; quiero aprender muchas cosas que ignoro: voy á ser discípula y maestra á la vez.»

No le oculto mi asombro y cuando la exhorto á explicarme su determinación, me dice cariñosamente:

—¿Necesitas tus libros, no quieres que te los toque...?

—No, hermanita, no es eso. Tú puedes hacer de ellos lo que quieras, pero permíteme observarte cuanto me sorprende esa especie de consagración exclusiva que has

hecho al estudio de la historia. Antes no pensabas así...

—Pero ahora pienso, Román; deseo mucho, muchísimo, saber ciertas cosas..... He olvidado lo que aprendí.... ¿Te parece mal que trate de recuperar lo perdido?

De ninguna manera: solo, si, hallo demasiada consagración. Has postergado tus lápices; no te veo dibujar y.... ¿quieres te diga todo lo que pienso? Bueno. Debe haber alguna razón particular, distinta del deseo de instruirte, que obra en tu determinación.... ¿Me equivoco, Tinita?

Dí á mis palabras un sentido vago en sus términos pero claro en su intención. Mi hermana entornó sus párpados y ruborosa, temblante, díjome:

—Vds. hablan de historia delante de mí; hablan de acontecimientos y de fechas y yo reconozco al encontrarme tan poco advertida que mi amor propio se siente deprimido... casi humillado...

—Pero, Tina. — la interrumpí — ¿desde cuándo has observado en tí esa humillación? ¿Deseas acaso que Julio Portales te encuentre con un nuevo adorno intelectual? O es otra persona, yo ó Pedro Juan Alamos, quien así ha herido tu orgullo? Sabes que clase de sentimiento es ese que comienza á

germinar en tu pecho? Es simple amor propio ó junto al amor propio está la gema de otro sentimiento....? Te hablaré más claro aun. ¿Es en todo esto extraño nuestro amigo Alamos?—No me interrumpas.. ¿Se ha modificado en tu espíritu el juicio que formaste de él no ha mucho?—Al preguntarte así pongo toda mi alma á tus pies, todo mi corazón en el tuyo; quiero y tengo derecho de saber que pasa en el fondo de esa cabeza que inclinas eludiendo mi mirada... Más que hermano soy tu amigo, un amigo más leal que el perro, puesto que soy capaz de comprenderte y ayudarte con la conciencia de la cual carece el llamado irracional. En fin; me espanta llegar á la nota patética para incitarte á franquearme tu corazón, pero dime, Tina ¿qué hay de real, qué ves, qué sientes en tu alma hoy inquieta por estudiar historia?

Mi hermana levantó, como reina, su cabeza radiante de majestad confidente, respondiéndome conturbada:

—Tu sabes, Román, que yo no sé mentir. Créeme, pues, que hablo la verdad si te digo que ignoro, que no comprendo aun cuanto pasa por mí. Siento un vivo deseo de superioridad, una envidia de saber, de poder hablar de historia con el mismo aplomo que



lo hace tu amigo, de recordar las fechas, de no confundir por nada de este mundo los acontecimientos humanos, de no ignorar, como me ha sucedido en la última conversación que han tenido Vds. ante nosotras, hechos que, si los hubiera sabido, habría sufrido menos mi orgullo..... ó mi amor propio....

—Tina, Tina, dije interrumpiéndola, la mujer no necesita esos conocimientos, ni el hombre quizás. Tu has observado que Alamos sabe más que yo, mucho más que yo, y ya ves... no me inquieto. Que el tratado de Westfalia sea en 1648 ó 1548, que la dieta de Worms haya sido en 1521, que Pericles haya muerto en 429 de la era pagana y César en 44, que Roma haya sido fundada en 753 antes de Cristo y que la batalla de los Campos Cataláunicos tuviese lugar ó no en 453, mil años antes de la caída del Imperio Bizantino, son conocimientos interesantes, no lo niego ; pero créeme, Tina, esas cosas no necesita saber la mujer en general, ni tú en particular. Soy yo quien ha inducido, quien ha obligado á Alamos, contra su gusto, me parece, á hablar de hechos y fechas que resultan en él un lujo estupendo, pero no conocimientos positivamente útiles.... ¿ Te empeñas en estudiar

para competir con Alamos?... No, no lo hagas. El deseo de superioridad que tienes á ese respecto, deséchalo... acaso él mismo hállese impropio tu anhelo.

Conversamos largamente, tratando yo de filtrarme entre los pliegues invisibles de su alma para formar juicio exacto, para devanar la complicada madeja, pero me ha sido imposible.

Entre tanto, mi hermana, sin rechazar de palabra mis opiniones, sigue con encarnizamiento su estudio y entre broma y broma pone en aprieto á mi débil memoria, obligándome á recorrer de buena ó mala gana, toda Grecia y mucha parte de Roma, como juguete de niños. Mesenia, Esparta, Atenas, Tebas con sus hombres prominentes y sus hechos singulares desfilan en tropel y Tina los desenreda, los fija, los distingue, riendo yo estrepitosamente ante el heróico esfuerzo de esta niña que almacena por día, en su cerebro, un montón de cosas, muy ciertas, sin duda, pero muy... inútiles, si pues, inútiles, esa es la palabra... ¿Es esto simple cuestión de orgullo?

Pues ¿para qué diablos ha de saber Tina que hubieron dos guerras mesénicas con Aristodemo y Aristómes y dos Gracos famosos, Tiberio, 133 y Cayo en 123, si to-

do junto no vale el esfuerzo de haberlo aprendido? Se tratára de historia argentina, estaría bien, al menos, con tal de eliminar cuestiones que siendo fundamentales para los cronistas, nos resultan algo ripiosas para nosotros, v. g.: que si el virrey Pezuela tuvo más acierto que Goyeneche, ó que el sable de Necochea era ó no legítima hoja toledana. Sin embargo, ni de historia argentina se trata....

Doblemos la hoja de semejantes preocupaciones y esperemos la llegada de Julio Portales á quien voy á recibir en la Estación, acompañado del Diablo Mundo que obliga á niñas de diez y siete años á estudiar historia, con más vehemencia que á un académico encargado de presentar la obra de Weber ó Cantú bajo los ojos de sus holgados colegas.

.....

¡No me había engañado!

Anoche ha sido pedida la mano de Tina por mi querido Julio.

No ha habido ceremonia. Todo naturalmente, como cosa bien sabida, fué planteada la cuestión, estando yo presente. Mi madre y yo, debíamos manifestar si consentíamos, declarándonos Julio que «á eso había venido; que era una adhesión desde su

niñez; que creía contar con la voluntad de Tina, á pesar de no haberla hablado para solicitarle autorización; que la antigua amistad de las dos familias, la de él y la nuestra, el trato constante, los hábitos, tendencias, gustos, concurrían admirablemente para justificar y legitimar su empeño; que él acaso no merecía el favor solicitado, pues, las bellas cualidades de Tina permiten pensar en un partido más ventajoso; su inteligencia, su hermosura y particularmente ese singular prestigio majestuoso desprendido de su persona, la hacen más que mujer, reina; pero que dada su profunda adhesión, creía poder siquiera ofrecerle una alma esclava, dichosa de verse sometida ».

No pudimos ocultar la satisfacción que nos causaba su pedimento. Mi madre ha visto siempre en Julio, la persona del novio de Tina; le ha tratado más como á hijo que como á simple amigo, obedeciendo en parte á esa visión del futuro que realiza los hechos antes de haber ocurrido, y, en parte, también respetando mi amistad, la amistad que nos ha ligado desde la infancia, conservándose inalterable en la escuela, el colegio y lo que han dado en llamar la lucha por la vida, espacio de tiempo sin riberas, tierra donde se viaja sin al-

cauzar jamás las fronteras, mientras hay aliento, mientras se vive, se goza y se padece.

Como si con los dedos del alma se modelase una forma, agregando y quitando lo que sugiere el deseo, desbastando cuidadosamente del conjunto para llegar á definir el ideal, mármol sin materia y escena sin rugosos sobresaltos, así hemos venido acariciando la ilusión que por fin, se ha condensado en dorada realidad.

Resulta pueril expresar nuestra contestación. Ya se sabe cual ha sido; pero se ignora lo que ha ocurrido en seguida y voy á tratar de exponerlo tal como quien rinde ante tribunal insensible un exámen de historia actual.

No hubo tiempo de trasmitir á Tina el pedido de su mano, pues en lo mejor de nuestras mutuas declaraciones de amistad, con Julio Portales, fuimos advertidos de hallarse esperándonos en la sala del hotel «el señor Alamos».

Me correspondía hacer la presentación de mis dos amigos y no sin cierta emoción huí de cumplir el acto, resultando, yo no sé porqué, amanerado y frío, sin las expansiones propias de personas que sin haberse visto se conocen desde largo tiempo.

Mi hermana revelaba también cierta misteriosidad difícil de calificar, pues no había en su reserva, ni tristeza, ni alegría.

Hice esfuerzos por animar la conversación, por producir entre mis dos amigos algún motivo de fraternidad intelectual, llamando en mi ayuda á Tina; pero sea que yo estuviese poco afortunado en la elección de los términos, sea que influyese en mi ánimo el reciente pedido de Tina, lo cierto es que se helaba la conversación, fragmentándose á cada paso sin acertar á encontrar tema de interés común.

Alamos era el mismo de siempre, con su amabilidad seria, con su mirada ardiente, en tanto que la fisonomía de Julio revelaba una tirantez, una como desconfianza convertida en observación, semejante á cansada impaciencia.

Tenía impulsos de gritar, de decirles á estos amigos: «abrácese», y esos impulsos se sofocaban entre las pequeñas angustias que flotaban en la atmósfera saturada de reserva.

Comencé á transpirar, á sentirme incómodo, á desear la despedida de mis amigos, á protestar interiormente de Tina, de mi madre, de mí mismo, pues me irritaba que habiendo ponderado á Julio las cualidades

de Alamos y á éste las de Julio, no hubiese manera de verlos departir como era justo esperarlos.

Quince, veinte minutos de martirio para mi amor propio transcurrieron, cuando Alamos comprendiendo mi situación, ó por obra de la casualidad, quiso animar las cenizas del apagado fuego y lo hizo victoriosamente, con ese tino particular que le distingue, recordando de la última novela publicada por la « Biblioteca de La Nación », naturalmente, con palmaria oportunidad.

El Abate Constantín, de Ludovic Hálevy, cayó entre nosotros como ansiada presa, inverosímil, pero rica de gratas ternuras, manso arroyuelo deslizando entre helechos y verbenas.

Julio que es dado á la literatura y no sin razón, pues ha leído mucho y la cultiva con encanto, empezó á animarse, comparando obras y escritores, ideas y tiempos con la mayor sencillez, con esa soltura particular de los espíritus delicados que toman el romance por su lado afectivo, prescindiendo de la forma para entretenerse en aquello donde la sensibilidad se muestra no artista, no pulimentada, sinó vírgen, cediendo á naturales impulsos.

Mi madre, Tina y yo, tomábamos parte

muy principal mencionando distintas obras, ya francesas, inglesas, italianas, españolas, ya americanas sobre las que Julio, demostrándose profundo conocedor, citaba sus pasajes más hermosos ó más originales, los comentaba con admirable acierto, ostensiblemente sin ánimo de lucir su erudición.

Alamos que inició con «El Abate Constantín» el alma de la conversación, se limitó luego á escuchar, observando á Julio, á Tina, á mi madre, á mí, como un escolar circunspecto á quien le interesa lo que oye, no tanto por la novedad de los juicios, cuanto por su espontaneidad ó por su vehemencia.

Se había hablado de Daudet, de Marlitt, Bronté, Farina, Sienkiewicz, Ouida y veinte escritores más, sin olvidar á Isaacs, Blest-Gana y otros, cuando mi madre volviéndose hacia Alamos, le dijo:

—Hasta ahora nos ha dejado Vd. hablar sin casi desplegar sus labios. ¿Por qué no nos dice Vd. cual es á su juicio la mejor novela?

—Si, si, diga Vd. cual es la mejor novela, — agregó Tina.

—Es un deseo que no puedo complacer, —respondió Alamos — aunque lo quisiera vi-



vamente. He leído poco para encontrarme autorizado á opinar de manera tan concreta...

—Perfectamente; dijo Julio, eso no impide á lo menos decir cuales son las mejores á su juicio de las que ha leído.

Los demás apoyamos esta observación, acorralamos en cierto modo á nuestro amigo Alamos y *vellis nollis* le obligamos, entre exigencias ruidosas, la exposición de su opinión — que la hizo y yo trato de reproducir prolijamente.

—Decir cuales son las mejores novelas,— dijo, — si no es imposible, es por lo menos algo sumamente difícil. Me ponen Vds. en grave aprieto. La novela es escrita con fines muy diversos, para lectores de distinto origen, distinta cultura y distintos ideales, distinta edad, sexo, fortuna, distinto medio ambiente y..... (por favor perdónenme tanto distinto) y por autores que varían desde los grandes maestros hasta la última expresión del simple aficionado que, llenando cuartillas con escenas y cuadros inconexos, encuentra, sin embargo, lectores y acaso secretarios fogosos,... aun más apasionados que los partidarios de Homero, Virgilio, Schakespeare, Cervantes, Goeth y demás constelaciones del azul de la literatura. El género

del lector es tan diferente como el de la novela misma, cometiéndose á diario más de un sacrilegio por el cual bajan los dioses de su trono para ser reemplazados por toscas figuras del peor barro; las memorias de los maestros se conmueven en sus urnas de cristal, en tanto que el rito del lector quema su incienso á la falsa efigie de la belleza, de la ternura, del alma buena con ideales santos, trasplantada en miserables cortezas. No quiero significar que los verdaderos templos estén desiertos y hasta creo que exagero un poco al referirme á obras que no honran ningún deber social, ningún anhelo honesto..... El lector mismo aprecia diferentemente lo que lee según el estado de su alma. Las horas amargas agrandan el marco de la pena y achican el de la alegría, reducen los encantos de la piedad y estimulan el encono, tiñen de rojo el gualda de los colores y el celeste más puro lo tornan gris. Por el contrario, las horas dulces, las que embalsaman el alma, las que purifican los sentimientos despertando tentaciones generosas, las que ensanchan el pecho desterrando los suspiros, ésas suavizan la aspereza de las formas, la acritud de los objetos, sembrando ritmos y armonías donde apenas florecen páginas con

asomos de perfumados senos..... Oh! discúlpeme; es una tontería.... no puedo continuar, no quisiera continuar.....

Armamos grande algarabía pidiendo que terminara Alamos su juicio. Fué todo inútil y hasta nos pareció notar cierta emoción extraña diseñándose en su rostro pálido; pero Tina, agitada, temblorosa, como quien divisa en medio de la bruma el vago perfil de la esperada sombra y desease verla llegar aunque fuese á costa del mayor de los sacrificios, con aliento contenido por su temblor nervioso, para mí inexplicable, dijo:

—No, yo se lo pido, me interesa, quiero Alamos que Vd. nos dé su juicio, que termine lo que ha interrumpido, sí, que termine diciéndonos cuales son las mejores novelas...

Los ojos de Alamos brillaron con fulgor intenso, mirándonos como asombrado de nuestro empeño. Más, cuando Tina le hubo reclamado la continuación en términos tan empeñosos, tan reveladores de su íntimo deseo, la miró un instante fijamente y con toda pausa, bajando el tono ordinario de su voz, dijo:

—Era yo muy joven; tenía diez y siete años y me hallaba enfermo de fiebre, cuan-

do un amigo puso bajo de mi almohada el conocido romance *María*, de Jorge Isaacs. (Comienzo igual que los cuentos del rey Cambrino.) No debía leer; me estaba prohibido por el médico y aunque mi hermano y padre recomendó cariñosamente la prohibición diciéndome mil cosas á cerca de la salud, la necesidad de reanudar mis estudios, de fortalecerme y de ponerme pronto en pie, á hurtadillas tomé el romance, lo leí devorándolo, me convertí, sin sentirlo, en Efraim y mojé repetidas veces la almohada con mis calientes lágrimas. En esos días ocupaba mi mente la imagen de una niña que nada tenía de parecido con el ángel de la novela, aunque ángel fuese por su inocencia. Mi María era de cabellos castaño claro, ojos pardos, algo reducida de talla y algo gruesa y no muy tímida y, sin embargo, yo veía en ella con los ojos de la imaginación á María, al hurí del Cauca, con sus trenzas castaño-oscuro y ensortijadas, plantando el rosal de los recuerdos cuyas flores me enviaban su angélico perfume; me despedía en la última noche de nuestras dilectas comunicaciones; me alejaba y desde la distancia, mares de por medio, lloraba la muerte de mi amada que, no obstante, vivía en la carnalidad rosada de sus

dieciseis años... Más tarde, la realidad transitoria de ese infantil deliquio, había desaparecido; el ángel de cabellos castaños se desposó con otro hombre sin que yo tuviera que lamentar los cambios de la fortuna; mi alma huérfana vagaba entre nimbos grises y flores pálidas, reanimando de tiempo en tiempo reminiscencias de otra edad que iban esfumándose como lejanas nubecillas empujadas por brisas otoñales, cuando de nuevo cayó entre mis manos el romance de Jorge Isaacs. Volvíle á leer tratando de saborear los mismos amargos placeres, las mismas dulces heridas que en aquellas noches de fiebre arrancaron tan gratas lágrimas; busqué con empeño entre sus páginas las sensaciones despertadas en mi enfebrecida adolescencia, y confieso, no sin cierto pesar, pues me duele el recordarlo que, no teniendo ya más angel con quien confundir á *María*, hallaba fríos los días calurosos, tristes de veras las noches estrelladas y sin fragancia las rosas y sin frescura las auroras.... Con que, ya ven Vds. si la misma persona puede hallarse en diferentes estados de alma, para sentir de un modo distinto las palpitations que agitan la pluma del escritor. Más, para complacer en algo el honroso interés que de-

muestran en conocer mi opinión de las mejores novelas, sin citar ninguna, me atrevo á creer que las de verdad son más recomendables que las de ficción, siendo más bellas las que purifican y perfuman, las que levantan las vibraciones del alma al mundo de lo exelso, de lo perfecto, como belleza, como justicia, como santidad...

— Pero se queda Vd.— dijo Tina.— sin decirnos que novelas son las mejores. — Vd. define el género, en tanto que nosotras deseamos la especie.

— Sí, pues,—agregó mi madre con animación;—Vd. hace la filosofía de la novela como ideal de lectura y nos priva de hacernos conocer *algunas novelas* de su predilección.

Alamos reflexionó nuevamente y sacudiendo la cabeza como quien espanta ideas que no quiere emitir, sonrió con tristeza. Tina le miraba intensamente; parecía querer obligarle á hablar: había una lucha sin objeto propiamente cierto ó que escapaba á nuestros alcances, siendo evidente que Julio quedaba ocupando el segundo término y yo el tercero, no obstante la verbosidad con la cual inauguramos la parte literaria de la conversación.

Quedámonos todos callados y esto deci-

dió, sin duda, á nuestro amigo Alamos á romper el silencio.

— Yo nombraría varias novelas, no históricas, no científicas, si me hallara en mis diez y siete años; pero desde algún tiempo hay en mí dos personas, dos estados que se disputan mis facultades censorias.... Veo las cosas con dos prismas y cuanto más íntimo es el objeto, más profunda es la semejanza de esas dos personas que habitan en mí. La novela del corazón, la buena, la inmaculada, penetra en el fondo del alma y como mi alma tiene, cual Jano, dos caras, dos modos diversos de sentir, es sumamente difícil de conciliar los dos términos opuestos para fijar una opinión razonable. Y puesto que no entiendo estas cosas, oigamos al señor Portales quien lo hará con mejor acierto que yo.

Julio agradeció el cumplimento, declinando entrar en terreno para el que no había sido solicitado y ¡cosa rara! de un asunto indiferente, vino á formarse un como fondo de mutua desconfianza que creí necesario deber desvanecer á costa de cualquier esfuerzo, sirviéndome de justo pretexto el tema interrumpido.

— Pues, entonces, dije adoptando cierta académica postura,—debemos también con-

cluir que hay dos maneras de apreciar las novelas ; subjetiva y objetivamente. Alamos no lo puede hacer subjetivamente desde que hay dos personas en él, algo parecido á un precipitado de Heráclito y Demócrito, como entre dos luces, como un conjunto de luz y sombra y perdóneme (agregué dirigiéndome á él) si tengo poca suerte al expresarme así. Del punto de vista objetivo ó sea la novela escrita para nadie, es seguramente la mejor aquella que como las teorías de los geólogos describe cosas y casos que es imposible verificar...

Fuí interrumpido por Alamos que se puso de pie y por nada, ni nada consintió en acompañarnos á comer.

Se despidió de todos, ofreciéndose particularmente á Julio, y momentos después rodeábamos la mesa comentando la pasada escena.

Según mi madre, Alamos se había retirado como de siempre : en opinión de Tina, incomodado por mis palabras ; en la de Julio con el concepto de ¡hombre raro! y en la mía dudando quien estaba en lo justo, sin admitir, ni rechazar que nuestro amigo se hubiese sentido molesto, á pesar de mi ninguna intención con tal objeto. Comíamos y Tina, distraída, nos hacía cono-



cer que obraba en ella cierta preocupación.

¡Cómo habría sido si ella hubiese sabido que Julio, dos horas antes, pidió su mano!

Felizmente los recuerdos de la patria ausente vinieron en nuestra ayuda, y la comida comenzada, si no con tristeza, con apatía, terminó alegremente aunque sin mayor concurso de Tina, cuya mente se hallaba en otra parte, manteniéndose abstraída, poco expansiva.

Julio se retiró después de larga sobremesa y entonces pude yo abordar con mi hermana el problema fundamental, propuesto sin rodeos, hablando al grano, como se dice vulgarmente.

— ¿Sabrás, hermana, que Julio ha solicitado tu mano?

— ¿Julio? ¿Julio?... ¿estás de broma?

— No, hija, no es broma, observó mi madre. Has sido solicitada, en efecto, por Julio, manifestando yo que accedo con mucho gusto, pero que tu eres la llamada á resolver definitivamente.

— ¡Es singular! él no me ha hablado..! exclamó Tina, en tono del mayor asombro, quedándose un instante pensativa.

— No necesitaba— dije por mi parte,— tramitar este asunto como expediente de curiales. Le conoces como él te conoce.

Es hombre sin tacha y luego ¿para qué ocultarlo....? tu le quieres, Tina, según nos parece.... Yo no tengo sinó felicitaciones para tí y para nosotros y mira.... Catamarca viene á ser el pequeño y desconocido eden...

—Aguarda, Román; no me tributes felicitaciones; ¡caramba! aun no ha llegado el caso. El no me ha hablado. Esto quiere decir que yo... yo ¿eh?... no he pensado...

— ....Pero, hija,—díjole mi madre,—¿no has pensado? ¿Julio no te ha hecho pensar? Nada te ha dicho?

— No, mamá ; nada !

Las palabras de Tina, su actitud, hasta la inflexión de su voz las encontrè estrañas. Era tan inesperado para mí el sesgo que tomaba la petición de Julio que, no hallando ni remota razón, pensé en una posible travesura de Tina que disimulando su propia satisfacción quería divertirse á nuestras expensas. Me aproximé á ella y poniéndole cariñosamente la mano en la cabeza y bajando la voz le deslicé estas palabras :

— ¿Te quieres burlar, Tina, de nosotros? Realmente vacilas? No quieres á Julio?

Ella volviéndose hacia mi madre con sorprendida actitud, respondió :

— Veá, mamá, por Dios; cree Román que intento burlarme, que vacilo fingidamente....!

Luego mirándome en lo blanco de los ojos; de un modo firme, cortante, agregó casi en secreto por aquello de que las murallas tienen oídos :

— ¿ Si quiero á Julio ? Mucho, mucho... ¿ porqué negarlo ? Pero hablando de matrimonio es bueno pensar bien las cosas. A mí me toma de sorpresa... Hasta mi salud me obliga á ser juiciosa ¿ no es verdad mamá ?

— Pero, hija, ¿ y que vamos á contestar á Julio ?

— ¿ A Julio....? se le puede contestar que.... pueden decirle que... Oh! yo no sé; Vds. saben mejor... Díganle, si les parece, que espere un poco; un mes, por ejemplo...

— ¡ Un mes, Tina !— exclamé estupefacto: es suficiente para que Julio piense que rechazamos su pedido. El ha hecho su viaje con este solo objeto ; ha venido confiadísimo en tu cariño y ¡ por Santa Gertrudis ! el asunto deriba con mal viento. ¿ Has reflexionado en esta circunstancia, Tina ?

— Ni en esa, ni en otra alguna. Es imposible reflexionar sobre cosas imprevistas. ¿ A que tú no has meditado porque se ha

ido esta noche Alamos con disgusto real ó fingido? . .

—Ah, no he tenido tiempo....

—Quieres entre tanto que yo le haya tenido cuando en este mismo instante acabas de informarme del pedido de Julio?

No pudimos menos que encontrar razonable la observación y después de cien argumentos en pro de la petición; después de recorrer la escala cromática de las consecuencias, resolvimos postergar el debate para el día siguiente, no sin desabrimiento por mi parte, pues comenzaba para mí un solazo á media noche.

La mujer ha sido siempre, desde Eva, la negación de la línea recta, una especie de contradicción de lo lógico, llena sin embargo de cordura. Ya se sabe porque ella hizo clausurar las puertas del Paraiso, abriendo á la posteridad el campo del pecado. Cuenta una tradición germánica, una de esas leyendas de la Selva Negra que Federico Barbaroja no ha muerto; que se halla hundido en el seno de la tierra bajo la potestad fantástica de un genio que le tiene encerrado, adormecido, con la cabeza apoyada sobre mesa de mármol; que un día despertará y hará su reaparición en el mundo tan pronto como haya su larga barba crecido

lo suficiente para dar trece vueltas alrededor de la mesa. Pues, bien; más pronto reaparecerá Barbaroja para honor de la extinguida casa de Hohenstaufen que dejar la mujer de ser la quintaesencia del espíritu de contradicción.

No solamente se ha dado maña Tina para hacernos postergar el debate, sinó que me ha metido en la cabeza la idea de que Pedro Juan Alamos se ha retirado ofendido, cuadrando á nuestra hidalguía borrar toda sombra, todo motivo de ofensa con un caballero á quien debemos muchas atenciones y (agregaré por mi cuenta), que obliga á las niñas á estudiar historia de los griegos, los romanos, los bárbaros... con fechas....!

Eso es; yo ya sé en que año ha sido la miserable batalla de Platea, la caída de Atenas, los combates de las guerras púnicas, de la república; sé de Teodosio y del imperio bizantino muchas cosas con solo oír á mi hermana platicar de la mañana á la noche sobre esos asuntos, mientras tanto llega Julio y me obliga con su petición á ver que soy ciego; que Eva con su pulmón bastante mejorado en la persona de Tina, no ha dejado de ser Eva para ponernos en apuros.

Antes de explicar como salimos del paso, obra no menos complicada que los trabajos de Hércules, me ha de ser permitido referir suscintamente la entrevista que al día siguiente tuve con Alamos, cediendo á los empeños de Tina.

Mientras mi madre con Tina y Julio fueron á la Iglesia Matriz, para presenciar las fiestas del último día de la Virgen del Valle; mientras las gentes á pie, en coche, á caballo, en los tramways acudían presurosas llenando las veredas y aun desbordando sobre la calle para tomar plaza en el gran santuario, para oír la oratoria sollozante ya de un obispo venido á cumplir promesa, ya de un gran predicador atraído por la fama de los milagros de la imagen; mientras la temperatura iba subiendo bajo los rayos de un sol límpido y vibrante que derramaba su luz á torrentes sobre el montañoso valle; mientras las músicas se hacían sentir en el gran consorcio religioso de la familia catamarqueña; mientras los campanarios enviaban en todas sus direcciones las alegrías metálicas de los regocijos y la llamada; mientras las tropas formando línea de batalla frente al santuario, empabellonaban las armas; mientras todo eso y mucho más, golpeaba yo la puerta de Pedro Juan Ala-

mos, me recibía afablemente, me instalaba á la sombra de una hermosa parra cuajada de racimos de moscatel pinton que cubre el cielo de su seguudo patio, me ofrecía su desayuno y comenzaba á poner en limpio el titulado incidente de la noche anterior.

He aquí como gastamos entre agradables cigarrillos de chala y brisas cariñosas, una hora larga de expansiva conversación.

## VII

**D**ESPUÉS de escucharme Alamos, con alguna sorpresa, pues no esperaba por semejante causa mi visita; después de excusar todo motivo de reserva, repentinamente cambió de semblante, oscureciéndose su mirada.

—Mire, mi amigo, Moreno, — me dijo,— Hasta cierto punto he hecho un feo papel; oh! si, un feo papel.

Se interrumpió momentaneamente, me miró de arriba abajo y continuó:

—Vd. no me conoce; puede creer que soy un fatuo...

—Pero, mi amigo, — le observé — no hay porque pueda Vd. pensar tal cosa. Me mortificaba la idea de que Vd. hubiese creí-

do que yo, sin confianza bastante, me expresase de un modo inconveniente....

—No, no, Moreno ; soy yo y nadie más que yo quien á menudo produce situaciones incómodas.... Voy á explicarle porque, y entonces me disculpará.

Deslió su sigarrillo, volvió á liarlo lentamente y como el que por fin se decide á emprender ardua lucha, agregó :

—No dé Vd. á mis palabras un significado actual, porque formaría el más falso concepto de mí. Se me ha pedido anoche que diga cuales son en mi juicio las mejores novelas, sin que Vds. pudiesen calcular que hay en mí una novela amarga, salobre, llena de angustias que me vuelve injusto, muchas veces duro, muy á mi pesar. Ahorraré lo que podría llamar la psicología de mis preocupaciones, de mis desdoblamientos, para referirle el hecho de mi novela amarga... si es que no le tomo su tiempo...

—No, de ningún modo ; tenemos toda la mañana por delante.

—«Bueno ; haga un poco de paciencia. He tenido un hermano, huérfano, como yo. El ha sido mi padre, pues yo tenía cinco años cuando perdimos el nuestro y aunque para cualquiera resulte poco interesante el hecho, para mí forma el afecto más profundo y más



legítimo: mi hermano ha sido un padre excepcional, un amigo de la más profunda lealtad, un niño hecho hombre para cubrirme con su protección, un otro yo convertido en ángel guardián para despejarme las malezas del camino, para endulzar las horas de mi vida, fortalecerme en el trabajo, transferirme su experiencia y por último, hacerme hombre.

« El me lavó la cara y me peinó como una madre; él me puso en la cama en las noches de invierno, me arropó, y no cerró sus ojos sino cuando me vió dormido. Me llevó á la escuela, colgándome la cartera en la que junto con la pizarra, los libros y lápices, iba el vizcocho ó la fruta cuidadosamente envueltos. El me ha enseñado los primeros conocimientos, con la sonrisa eternamente en sus labios y la caricia pronta á derramarse, cuando el sueño me vencía ó era ímproba la tarea. El me llevó después al colegio; trabajó á mi lado, sufrió conmigo, gozó conmigo.... (Los ojos de Alamos se nublaron). Fué mi sombra, mi ayuda en todo. Si le dijera á Vd. que Antonio ha tutelado hasta mi propia respiración, apenas le significaría la adhesión íntima, la confusión de su persona en la mía bajo el calor del vínculo fraterno que

ha ligado estrechamente nuestras dos existencias. Yo no le he conocido como á hermano, sinó como á padre, dándole hasta el título en cada caso. Mi subordinación ha sido también no de menor á mayor ; sinó de hijo á padre.—«Papá, déjame hacer esto..» «Papá, quiero tal cosa,..» y mi caro Antonio, acostumbrado á semejante paternidad, respondíame sonriendo con la bondad que Dios le dió para hacérseme tan amado!

« El me repetía siempre : «lealtad, lealtad, lealtad, leal como el sol, leal como el fuego, Pedro Juan».

« A la fraternidad de vientre le sucedió esa paternidad que forma el hábito; la lucha por la vida en el ambiente del amor, el respeto y la devoción. Si él me crió, me educó, me dirigió, me protegió y fué durante diez y ocho años el escudo que paró los golpes á mi dirigidos ¿ cómo no había de ser mi padre? ¿ Se hace Vd. cargo ahora, mi amigo Moreno, de que no puedo confundirme con el común de las gentes?

No comprendí bien la intención de la pregunta, pero, debiendo ser cortés aun á trueque de una simpleza, le respondí :

— Oh, sí ; tiene Vd. mucha razón.

Alamos me agradeció sin palabras y continuó :

--« Papá comenzó á interesarse en cierta niña que es hoy señora casada. Nuestra pequeña fortuna había crecido bajo sus cuidados previsores; él era ya un hombre en ese tiempo, jóven, pero fuerte, avezado á la lucha, constante en sus empresas. Mi carrera estaba próxima á terminarse y la misión del padre tocaba á su fin, quedando en sustitución el hermano, el amigo, el confidente, cuando empezó el drama que ha hecho de mí un incrédulo y de él una víctima. Había dado yo mi sexto año en la Facultad: quedarme en Buenos Aires para dar la tesis parecióme inconveniente; estaba cansado, flaco, ojeroso y como se me llamase con cierta insistencia misteriosa, decidí pasar con él tres meses de vacaciones y me vine.

« El día de mi llegada, aprovechando el primer instante de hallarnos solos, me dijo « Antonio:—«Te encuentras con novedades: no sé fijamente si estoy enamorado, pero sí puedo decirte que pienso constantemente en ella...»

« Aunque yo tenía noticia del hecho, fingí ignorarlo preguntándole cándidamente: ¿quién es ella?—«Supuse que lo sabías», repuso Antonio sin parar mientes en mi

candidez, agregando: «Es Amelia; la de Robles...»

«Es curioso, le observé; te has dejado pescar por la única niña que no es catamarqueña. No te lo digo por vía de censura: hago notar simplemente la circunstancia...

«Verdad; no es catamarqueña, pero es hermosa y buena,» — me replicó él con alguna vehemencia haciéndome comprender de inmediato que el asunto estaba adelantado, próximo al meridiano, si es que en su corazón no había pasado ya la línea de las indecisiones.

«Yo deseaba vivamente ver á mi hermano casado; lo deseaba como justa y merecida compensación de sus sacrificios; deseaba su felicidad más que la mía propia, de suerte que fué para mí un momento de profunda alegría cuando él me dijo: «es hermosa y buena». Si todas las mujeres pudiesen así ser calificadas, el cielo de Mahoma sería apenas mísero horizonte gris.

«Amelia era mi conocida, la había tratado en diversos actos sociales; però desde el momento que Antonio puso en ella sus ojos, cambió para mí. La jóven que me fué indiferente, cobró en mi ánimo contor-

nos de vírgen destinada. Me acerqué á ella como á una hermana dilecta, cuyas ternuras habían de confundirse con las mías en la identidad del objeto que era Antonio. No me fué esquivá. Al contrario, me hizo comprender que todo su afecto pertenecía á mi hermano con quien se creía para siempre comprometida.

« Se habían cambiado los anillos de novios fijándose para breve término el día del desposorio. Antonio rebosaba de felicidad; vivía las horas luminosas que la dicha enciende en los corazones, hablándome de Amelia cuyas palabras comentábamos cariñosamente, de sus bellas cualidades físicas y morales, de su sencillez, de su gracia, de su talento, pues para Antonio su prometida no era una mujer y sí una pequeña diosa de labios cárdenos y blonda cabellera que el destino la había hecho fulgurar á su paso convirtiéndola en amante estrella. Yo mismo gozaba ámpliamente contemplando en mi hermano esas expansiones del alma enamorada que todo lo embellece y dignifica.

« Nuestra casa fué rápidamente transformada; no nos dábamos reposo para arreglarla conforme con los gustos de Amelia, gustos manifiestos ó supuestos que tratá-

bamos de complacer aun en los dominios de la interpretación.

« Sin embargo, á medida que se aproximaba el día del matrimonio, iba yo perdiendo la fé. Un no sé qué indefinible me angustiaba, me oprimía como un nudo sobre la garganta. La prometida de mi hermano se despojaba de los atributos virginales sustituyéndolos con los de lo voluptuosidad ; á la niña inocente, candorosa, le sucedía la mujer fría, amanerada. Yo veía avanzar temblando un enemigo incorpóreo que flotaba entre flores y sonrisas heladas, amenazando las promesas de la dicha, sin que mi pobre hermano comprendiese nada, fiado y ciego como estaba ante los fulgores de su « amante estrella ».

« No pude resistir á los agujones de mi desconfianza que cada día aumentaba en torturas, y para desvanecer mi error ó confirmar mis dudas, hablé con Amelia, hablé como hermano respetuoso, recordando apasionadamente las bondades de Antonio, su lealtad, su firmeza en las horas difíciles, su mansedumbre, su energía. Nada exageraba porque, á decir verdad, mi hermano ha sido el más cuadrado caballero en quien se reunían por un admirable concierto la intrepidez y la bondad propias de almas

de alto temple é inteligencia superior. Le referí los sacrificios que por mí había hecho, y de los que ella sería dueña en adelante como esposa del hombre más noble y leal que yo conocía.

«Amelia me escuchaba sonriendo bajo la sombra de sus largas pestañas rubias y cuando yo me había desbordado en merecidos elogios para él, y en cumplidos homenajes para élla; cuando yo esperaba que aquel enemigo incorpóreo, indefinible, desapareciese juntamente con mis angustias para llevar á mi hermano el presente de mi fé, ella, como quien deshoja rosas marchitas, díjome lentamente, midiendo palabra por palabra, con glacial indiferencia: — «Su hermano resulta ser un adonis á quien yo no conocía bastante. ¿Quiere creer que me sorprende su empeño?»

«No supe que responder. Trascurrieron algunos minutos de cruel humillación para mí, de profundo aturdimiento, sin encontrar palabras adecuadas que me permitiesen salir airoso; pero, por fin, ocultando cuanto pude la irritación de mi alma, repliqué: — «No, no es un empeño, ni pretendo que él sea un adonis: creía hablar con la prometida de mi hermano y..... no sé si he equivocado de persona....»

« La frente pálida de Amelia coloreóse de rosado terciopelo y como arrepentida, me interrumpió con cierta precipitación: — «No ha equivocado V. de persona, perdóneme; pero... ¿no es más propio que Antonio sea quien hable conmigo...? V. también... de otro modo., discúlpeme: casi no sé lo que digo».

«Detúveme breves instantes y, como aquellos romanos que se tapaban los oídos para no escuchar los lamentos de los sacrificados en el *tulianum* de la cárcel Mamertina, me retiré tratando de cerrar los oídos á los gritos dolorosos de mi corazón, llevando en mi pecho un tormento que me abrasaba como llamaradas de incendio.

«No quise ver á mi hermano, á mi buen padre, y extraviado, entristecido, tuve al menos el acierto de vagar algunas horas buscando consejo entre las miserables deliberaciones y los arrebatos histéricos que se disputaban mi alma.

«No me había engañado. Mi desconfianza convirtiése en certidumbre y los últimos restos de una fé moribunda, rodaron por el polvo como viejos despojos.

«Cuando volví á casa, Antonio había comido y marchado, lamentando mi retardo, á casa de Robles, donde iba invariablemente todas las noches. La estulticia me



dominaba, me hacía dar vueltas la cabeza, me ponía enfermo.

« Al día siguiente, mi hermano, como el zorzal inocente que canta alegre el himno de la mañana, charlaba conmigo, daba órdenes, se vestía y preparaba, hablando, hablando, el regalo de novio destinado á su prometida, «su amante estrella», llegado por el último tren. Todo era lindo, serio, bien elegido: vestidos, joyas, sombreros, ropa blanca.

« Allí estaban también los objetos por mi encargados para mi futura cuñada y mientras sentía en mi interior desgarramientos amargos por las penas reservadas á mi hermano, aparentaba en mi semblante alegrías que estaba lejos de sentir.

« Era evidente que Amelia nada le había dicho de nuestra última conversación, pues Antonio ponía sus cinco sentidos en arreglar en grandes cajas los objetos de su obsequio, sin que por su mente pasara la idea de la traición ó la perfidia.—¿«Tú, cuando vas á mandar tu regalo?»—me preguntó quizás sin más objeto que dirigirme la palabra entre su ir y venir y mirar y corregir y pulimentar el tráfago de cosas preparadas para su novia.

« Tuve tentaciones de decirle algo, de insinuarle mis incertidumbres al pobre her-

mano cuya felicidad veía yo al borde del abismo, pero no me animé y respondí:— «Yo he de enviar más tarde... ó mañana!».

«El día era absolutamente hermoso, un día de primavera con sol límpido y atmósfera transparente, desbordante de vida, embalsamado con los perfumes de las parras en brote y las naranjas en flor y yo decía para mí: — «¡Tanta vida, tanta alegría en el renacer de la naturaleza para asistir al entierro de una dicha!».

«La ceremonia del casamiento civil estaba fijada para el viernes, es decir, dentro de tres días de aquel momento. Si élla se realizaba, Antonio iba á ser desgraciado, pues, no podía yo admitir que Amelia hiciese la felicidad de mi hermano, Si al contrario no se realizaba por cualquier motivo, la desgracia venía igualmente, porque Antonio era de esos hombres cuyo corazón como objetos de cristal, se rompe al primer choque.

«Yo ignoraba completamente que la partida estaba jugada, lo que vine á saber al día siguiente.

«Venciendo mi repugnancia escogí el momento en que Antonio dejó á su novia y fui á verla. Amelia me recibió con afabilidad, con cierta romántica confianza, invi-

tándome á ocupar asiento á su lado ¿como cuñada? ó quien sabe cómo.

«¿Por donde empezar la escabrosa conversación? Mi intento era el de formar convicción definitiva para trasmitírsela á mi hermano arrostrando todas las consecuencias. Amelia parecía también tener alguna honda preocupación porque, no obstante la oficiosidad de sus maneras para conmigo, ni élla, ni yo acertábamos con las frases propias de nuestro estado de espíritu. Al fin élla me dijo: — «¿Hermoso su obsequio; pero que impropio! verdad?», y señalaba un pequeño estuche con dos palmas de oro cruzadas por una flecha de esmeraldas.

— «Porqué?... le repliqué candidamente, pues, por mi honor, no sabía en que consistía la impropiedad.

— «Y sin embargo, es claro. Esa flecha de esmeraldas significa la esperanza sobre dos palmas y esas palmas.....

— «¡ Que, que dicen esas palmas!— la interrumpí temblando.

«Ella me envolvió en una mirada de ternura y trémula, asustada, ruborosa, contestóme cerrando los cancelos dorados de sus cejestes ojos:—«V. sería una de esas palmas».....

« Los cielos se desplomaron sobre mi cabeza y la tierra tembló bajo mis piés. Me

sería imposible reproducir lo que pasó por mí en aquel momento. Sorpresa, dolor, aturdimiento, vaciedad sin límites, todo giró en tropel revuelto. Dado el primer paso, Amelia no trepidó ya, y ahogándose por la emoción, real ó fingida que la embargaba, me hizo saber que su corazón no era de Antonio; que élla lo había querido ó creído quererle; que mil congojas asaltaron su pecho cuando comprendió su engaño; que estaba resuelta á casarse con mi hermano porque tal era su compromiso; pero, juzgaba poco menos que un crimen consumir tan cruel engaño; que su desgracia era irreparable puesto que yo seguramente no la amaba; que prefería sufrir y aún morir de pena antes de faltar á la más elevada de las leyes de la moral y en fin, me dijo un mundo de cosas entre comprimidos sollozos y angustiados suspiros.

«Cuando salí de aquella casa y pensé en mi hermano, en Antonio, mi buen padre y leal amigo, la sangre me ahogaba y el corazón se me partía. No solo era desgraciado Antonio, sinó que yo era la causa de su desgracia.

«Si para remediar tamaña desventura hubiese sido menester estrellarme contra el pavimento de la calle, mi sacrificio habría

sido la más hermosa glorificación. Más, para colmo de amarguras aquel abismo no tenía fondo.

(Pedro Juan Alamos llevó un momento el pañuelo á sus ojos).

...Lo que pasó en seguida, agregó; es de una crueldad inaudita!

« Bástele saber que Antonio cayó como fulminado por un rayo cuando supo su desventura, no por cierto de mis labios. Los médicos lucharon inútilmente cuarenta y cinco días. Era un solo delirio en él y un solo martirio en mí. De sus labios pálidos y secos por la fiebre que le abrasaba, solo brotaban palabras de ternura para Amelia y para mí. Era una bondad suprema que como la flores del aire cuanto más ardiente es la temperatura, se alzan más blancas y perfumadas: ni una palabra de protesta, ni una palabra de encono. Se hubiese creído que al herirlo el rayo de su suerte, lo había purificado de terrenales pasiones; el hombre fué sustituido por el ángel, y aquellas carnes enflaquecidas, aquellos ojos hundidos y aquellos labios de papel, solo sirvieron en sus últimos instantes para unir la tierra con el cielo....!

« Agonizaba él y yo también agonizaba: él perdía la vida; yo ganaba el dolor que me laceraba sin sosiego manteniéndome en an-

gustiosa turbación. Mi mayor desesperación era el ver apagarse esa vida sin que cesase el delirio, sin darme ocasión á despedirme de mi hermano como hermano. Yo no era delincuente; nada había hecho en su daño y aquella mujer que debió llorar y sufrir como yo, dejó extinguirse la llama sin acercar su consuelo.

«Felizmente para mí hubo un rayo de luz antes de que espirase mi hermano y en ese rayo de luz que alumbró su conciencia, pude acercarme, besarle en la frente y gritarle en el oído:—¡«Antonio, hermano mío, no soy culpable!»—El me oyó, sonrió con profunda dulzura, me tomó la mano, me la estrechó debilmente y las miradas de lealtad y de cariño de nuestros ojos; se cruzaron por última vez en la disyunción de nuestras vidas!

— «¡Quiere V. saber, mi amigo Moreno. lo que sucedió después?—díjome Alamos así que se serenó un poco, pues su relato renovaba dolores amortiguados con las cenizas de tiempo.

— «Oh! continúe V., le respondí, respetando su dolor.

— «Esa mujer creyó que roto su compromiso con la muerte de mi hermano, adoptaríamos la fórmula de la ley sálica: «el rey ha muerto, viva el rey». Apenas habían

transcurrido dos meses del hecho terrible; mi alma sangraba aún ante el recuerdo del pobre Antonio; yo estaba inconsolable con el vacío inmenso que me llenaba de tristezas mortales, cuando fui sorprendido con una esquela que leí destrozándola entre mis manos. Amelia me recordaba.... oh! créame V.!

Amelia me recordaba de aquellas dos palmas de oro atravesadas por flecha de esmeraldas y me decía..... volvíame á decir lo que mis oídos oyeron en el ingrato día que sepultó para siempre la esperanza de mi hermano...

« Desde entonces no la he hablado, no la he visto, no he querido verla, y esa mujer «hermosa y buena» que tuvo en sus labios amantes palabras para Antonio primero, para mí después, se casaba á los seis meses del entierro, y pasaba delante de mí fría, impasible como son impasibles y frías las nevadas aristas de esa cumbre lejana que se divisa»....!

Alamos me señalaba con la mirada ardiente y el dedo fijo los reverberantes flancos del Manchao, heridos por el sol de la mañana, y continuó:

—....«Y es acaso feliz, si así puede decirse de quien engañando mata, de quien perjurura y toma, no al hombre, al macho, para

cumplir la misión bestial, hollando los más nobles sentimientos de la especie. Ahí tiene V. explicadas mis rarezas, mi enemistad en general con la mujer, mi esquivéz para decir cual es la mejor novela, cuando la idea de traición me sigue y me envuelve, haciéndome temer que si María de Jorge Isaacs tardase un poco en morir, no hubiera sido extraño que el muerto fuese Efraim.

« ¿Cual es, pues, la mejor novela ¿la que hace de la mujer un angel ó un demonio? Virtuosas desplomadas, magdalenas impenitentes, glorias é infiernos del hogar, alegrías y torturas, cumbres luminosas ó abismos insondables, esa es la novela y yo..... en quien arde la llama que devora todas mis inocencias y mis más caros afectos puedo acaso prescindir de mí para opinar á título de función teórica defendiendo lo que más hierre ó atacando lo que me complace?

Los alegres repiques de las campanas anunciaban el fin de la función religiosa, cuando yo me despedía de Alamos con abrazo cariñoso, honrando aquel amor fraterno que hacía de un hombre jóven é inteligente, un descreído, un pária del amor.

Sin embargo, confieso que no me ha sido posible comprender porque «la novela amar-



ga» de Alamos le impide opinar libremente sobre las novelas en general.

Me pongo en su caso sin hallar suficiente la excusa. Es verdad también que la hipótesis es distinta de la realidad. Por mucho que haga en sustituirme á la persona de mi extraño amigo, nunca pasará de ser una sustitución, siendo evidente que nadie es otro, que cada ser piensa y siente según es su propia naturaleza.

Desde hoy comienzo á ver en Alamos al hombre romántico refugiado en sus recuerdos, exaltado por una devoción fanática, enternecido para *sécula seculorum*, instruído bajo condición fraterna, culto termitente para quien, suprimiendo la sombra del hermano, queda el agente razonable, y presente aquella sombra, reaparece.....reaparece el maníaco de las horas sombrías, de las horas de plomo del dolor.

En la tarde he referido á Tina tan puntualmente como lo permiten mis alcances «la novela amarga» de Alamos, experimentando la singular sorpresa de ver á mi hermana confundirse en lágrimas, copiosas, cristalinas, mirisadas sobre el terciopelo de sus mejillas pálidas.

No es novela para hacer llorar y sin embargo ¿porqué llora mi hermana?—dijeme

interiormente, contemplando con cierta lástima cobarde el busto marchito de la amada criatura.

Filtra la luz; es claro. A través de lo inesperado se alza una imágen nueva, un cuadro inconcebido: Para mí aun no sale de los linderos de simple sospecha, pero ya es sospecha—y como ruido lejano de escondido torrente, zumba en mis oídos la nota nueva del arpegio, ruda, áspera, antipática, enredándose entre las cuerdas de mis viejos afectos.

La he visto llorar y me he callado. Impetus he tenido de gritar: — « Tina, Tina ¿qué te pasa?, y temeroso de oír una confesión desagradable, me he precipitado en las ondas del silencio, dejándome roer interiormente por mi reciente preocupación sobresaturada de burlas y desencantos.

No, no puedo consentir que Julio, mi querido Julio, mi compañero y amigo, mi hermano de confidencias sea objeto de odiosas superfetaciones. Quiero creer que me engaño, pues solo á condición de ser errónea mi sospecha. retornará victoriosa la tranquilidad de mi espíritu.

Este 16 de Diciembre me resulta día de sorpresas que no alcanzo á sosegarlas por mucho que suenen las campanas de este valle, para honor de la Vírgen de su nombre.

Las ideas más extravagantes se apoderan de mi cerebro, lo estrechan, lo asedian corriendo de uno á otro lado con su tren de ataque de sitiadores infatigables y yo, el amigo de Julio Portales, el que le ha llamado permitiéndole comprender que el pequeño vellocino de oro le aguarda en este rincón montañoso como premio de su larga espera; yo, el hermano de Tina, hermano y padre también, comprometido moralmente con el viejo amigo, me encuentro hoy sin saber lo que nos pasa, temeroso, irritado, ardiendo sin llamas en el fondo de este horno inmenso de elevadas montañas que no estorban, sin embargo, la visión del azul profundo donde campean, como grupos de sílfides errantes, nubecillas traidoras de contornos glaucos y fondos estaminosos; yo....

Rompase antes esta pluma en mis manos si hubiese de estampar nada que signifique confirmación de mis sospechas.

Pero, no; pero, no. ¿Tina es acaso un simple pedazo de carne?

¿Tengo yo como hermano el derecho de tirigar y romper, si fuere necesario, su corazón?

¿No hemos venido en busca de su salud?

Estas preguntas me hacían pensar, pen-

sar y pensar y, como las medidas del espacio infinito, iba mi pensamiento perdiéndose en profundidades insondables, tras de una voz que me decía: «Ella es tu hermana: ábrele el paraíso»...

¿Y donde está ese paraíso? Cuál es el genio que lo tiene?

Preciso es serenarse, dejar las horas correr despejando las malezas del camino.

En la tarde de ese día contemplando la imagen de la Virgen del Valle conducida en procesión por doce mil devotos que se disputaban la gloria de cargar las ramas de la urna, sentí por primera vez la corriente misteriosa de la fé, contagiado por la fé de la multitud, y reconcentrando en mi espíritu todas las intensidades de mi cariño hacia Tina, balbucí sin palabras un pedido brotado del fondo de mi alma, semejante al del rey Clodoveo: — « Si eres tan milagrosa, Señora, permíteme ver la felicidad de Tina y yo seré entonces tu devoto ».

No he notado signo alguno exterior, pero como un fluido de confianza religiosa ha penetrado en mi ser, confundiéndome entre la masa de promesantes que seguía con la cabeza inclinada las huellas de la coronada imagen.

Ríanse ustedes de mí; poco importa. No

hay pensamiento liberal que resista impasible la acción del misterio cuando las almas padecen.

VIII

**S**ALIMOS de la ciudad con las primeras luces del alba, con ambiente delicioso y desde la rampa del Paseo Navarro, tendiendo la vista sobre los cordones del poniente escalonados, divisamos hácia el norte la piramide egipciaca denominada «El Peñón», cuya cúspide herida por los rayos pálidos del sol, se esfumaba entre grupos nimbosos desprendidos del Manchao que se encuentra á su espalda.

Cuatro cordones tendidos de norte á sud de matices diferentes; el primero de verde profundo, el segundo de verde seco, el tercero grisáceo y el cuarto de fondo celeste violeta con grandes planchones blanquizcos, despiertan de su sueño saludando á la aurora, la reina de las alegrías universales, con los himnos alados de sus habitantes. Las rugosas superficies se cortan en millares de aristas caprichosas coronadas de vegetación, formando valles y valles cada

uno de los cuales constituye un mundo de silvestres habitantes, muchos de ellos con su rancho donde el estanciero vive ajeno del «mundanal ruido», rodeando al hogar que manda á la atmósfera su indecisa columna de humo, como alma errante del intrincado laberinto.

Dimos nuestros adioses á la ciudad que reposaba á nuestros pies y continuamos avanzando hácia la «Boca de la Quebrada», punto distante tres kilómetros más ó menos, no sin volver los ojos para contemplar la série de cordones montañosos que dejábamos á nuestra espalda, escurriéndose como inmensas serpientes verdosas hácia los senos australes.

Julio no cesaba de hacer observaciones sobre las que Tina y yo prestábamos atención, en tanto que Alamos dando compañía á mi madre explicaba cada cosa, suave, modestamente, pero con notorio encanto.

La «Boca de la Quebrada», punto donde las aguas del río del Tala entran en un canal de mampostería, es algo de un salvajismo sorprendente en que la piedra, alma y carne de la montaña, se enseña con toda la soberbia de su prepotencia, insensible á los dolores y las alegrías humanas, dura,

áspera, sin palpitaciones; impasible en el cumplimiento de la misión miliar que le fué confiada el día de la construcción del mundo.

Entramos á la garganta ondulosa entre bocanadas de aire perfumado y murmurios de la naturaleza despertando, como despiertan los niños sanos y fuertes con la risa en los labios y el intenso fulgor en la mirada.

Los faldeos de las lomas abiertas para dar paso á la corriente del ruidoso arroyo se encuentran casi cubiertos de espinudos cardones y seculares quebrachos, cuyos troncos semejan grandes sombreros apilados y cuyas hojas, como de plata, brillan al reflejo del sol que las hiere desprendiendo matices admirables que se mezclan con los tonos opacos del mistol gigantesco y del chaguar que tapiza, como plomiza alfombra, lo mismo la tierra que la roca, en tanto que al fondo los sauzales entrelazan sus movibles copas balanceadas por la brisa de la mañana.

A poco andar llegamos á la «Chacarita de los Padres» donde una mano piadosa, ha edificado en la áspera pendiente un Calvario y doce casuchas correspondientes á otras tantas estaciones con que el catolicis-

mo romano representa los martirios y la muerte de Cristo.

Hay que detenerse á mirar, no por la importancia de la obra, sinó por la majestad del contraste que resulta de convertir la montaña llena de vida, desbordante de energías, en representación de la tortura y del final sacrificio con que el hombre-dios puso término al gran pleito del pasado gentilicio con el presente cristiano, dos épocas que la historia ha creído tan opuestas y distintas en sus tendencias fundamentales que ha debido hacer del tiempo indivisible, dos tiempos claramente divididos, contando de arriba abajo el remoto pasado y de abajo arriba el presente indefinido; dos eras de un mismo proceso humano, la que termina y la que empieza en el Cristo Salvador.

Sin embargo, ni la tristeza, ni la superstición penetra en el corazón del viajero que se siente colmado de perspectivas caprichosas, en el lugar donde la cruz de la civilización se alza melancólica ante la cruz de piedra, reproduciendo antiguas tradiciones de un pasado maravilloso de razas intrépidas y abnegadas, como fueron las de los valles calchaquíes.

La sensación del miedo se apodera de nosotros, nos embarga con el inmenso cau-



dal de la grandeza montañosa que nos flanquea por todas partes, y como arrebatados del ambiente común nos sentimos arrastrados á la ponderación de la obra colosal de los siglos, manifiesta en brillantes cumbres y valles sombríos que viven las horas eternas entre auroras y crepúsculos, cánticos alados y oraciones quejumbrosas.

Salve ¡oh! rito de la piedra.

Piedra suelta en el plano inclinado y tremendos bloques á los lados sirviendo de cimiento á las lomadas por entre las que desliza el agua transparente y bulliciosa, es todo lo que se vé, mientras se costea la garganta acantilada que recibe al viajero y le sumerge en la entraña profunda que se dilata buscando las altas cumbres. Piedra y más piedra, torrentes, avenidas monstruosas de piedra sobre cuyos lomos trepida la vegetación primaria, sirven de soportes incommovibles á las cerranías que á su vez se aplastan ó se elevan, se hunden ó se levantan, se cortan ó se prolongan llevando en sus hombros los árboles gigantescos de la zona, los ondeantes pajonales donde vive la martineta de abultado copete, ancho pecho y silbido penetrante, el mirlo de colorado pico, el aguilucho silencioso, el pintado calancate de notas absurdas, el al-

bañil, la calandria, los petirojos, el gorrión, la charrasca y cientos de especies distintas entre las que se distingue la reina mora de grueso pico y delicioso gorjeo, intenso, fresco, dulce, variado, multiplicado por el eco de los valles que repiten largamente las musicales cascadas.

Nuestros caballos buscan los huecos para asentar el casco, avanzando sigilosamente á lo largo de la quebrada, pasando y repasando el arroyo en cuya linfa hunden con fruición el sudoroso hocico, antes de salir á la márgen que se costea brevemente. Ellos, los brutos, parecen también asociar su entusiasmo al de los jinetes que los dirigen, una especie de entusiasmo callado y solemne, digno de la majestad de la piedra cuyos dominios franqueamos asombrados, empequeñecidos, incapaces de comprender porque su presencia abrevia nuestro aliento y corta en interjecciones la palabra de nuestros labios.

La quebrada á medida que adelantamos gana en prestigio; la piedra en cierto modo se ausenta de las márgenes del arroyo y el camino zigzagueante que al principio nos dejaba libre el cielo á nuestra mirada, empieza á estraviarse bajo bóvedas umbrosas á través de cuyo espeso follaje, pasa

apeñas el raudal luminoso que se retrata en movibles estampas diáfanas sobre un suelo húmedo, generalmente firme que nos convida á revolcarnos. La tentación es grande, se hace luego irresistible y contra las indicaciones de Alamos que conoce la extensión del camino y las ardentías del sol, nos tiramos de los caballos, extendemos las mantas sobre colchones de hojarasca á la sombra de coposos cocos, é improvisamos un lunch sencillísimo, idealmente salvaje y grato.

La orquesta del arroyo continuaba deslizándose su torrente bullicioso que no lograba apagar la lluvia de vocalizaciones de mil pequeñas gargantas de cantores distribuidos en la espesa arboleda; lucha de himnos, de potencias raras; lucha de arpegios colosales, con un sol de iluminaciones sorprendentes exhibiendo aquella naturaleza hermosa, grande con la eternidad de la piedra que sirve de fundamento al mundo, llegaba, nos envolvía, nos saturaba, nos absorbía y nos dejaba, como sedimento de emociones sin término, aturdidos en la inmensidad de la grandeza, galvanizados en la contemplación del conjunto, trémulos, empequeñecidos, meditados.....

— Habla Julio, habla,—díjele entre dos

admiraciones que me impedían llevar la copa á los labios—¿concibes algo más selvático y encantador?

El estaba absorto, no sé si bajo la misma corriente emotiva, mirando los paisajes movibles de la otra márgen.

— Salvaje ¡oh! si, demasiado salvaje,— contestóme. Me oprime la montaña, me aplasta. No había soñado ver tanta piedra, ni tanta vegetación sobre la piedra, ni tanta plenitud de poder en los elementos.....

Alamos sonreía; Tina palpitante se volvía ojos y oídos; mi madre con su látigo golpeaba una trepadora de campanillas celestes que invadía por su espalda y yo retornaba á mirar hacia los cuatro vientos, hablando medias palabras, yendo de un punto á otro, bebiendo agua del arroyo en el hueco de la mano, saltando de piedra en piedra para ver aguas arriba, para ver aguas abajo, pensando donde irá el copo de agua que acabo de ver pasar revolcándose en la masa líquida y golpeándose en los millares de piedras del lecho torrentoso. Por un momento intento seguirlo al átomo que se vá, pero renuncio para salvar el equilibrio mental del átomo que queda, contemplando mentalmente cuanto hay de infini-

tamente grande en lo infinitamente pequeño que nos sirve de envoltura.

Alamos interrumpe mis soliloquios, gritándome:

— Hay que avanzar. ¡ A caballo ! Falta aun mucho que andar....

Recuperamos nuestras monturas y emprendimos de nuevo la marcha por aquella quebrada del Tala, umbrosa, perfumada, cambiante, venciendo la pendiente suave que remonta á las alturas, pasando y repasando el arroyo cristalino, de uno en fondo, á la desfilada, cortando cejas de montes, saliendo á breves esplanadas, todo á gran orquesta de sonidos y musicales pajaradas, incansables de cantar el himno eterno de las montañas.

A lo largo de nuestro camino vamos rozando con matas de alfalfa en flor, lampazos, peludillas, cedrones que despiden aromas caliginosos, chilcas y locontes que nos cortan el paso con sus redes entrelazadas, sobre las que nuestros caballos ponen su pecho para romperlas, soberbios de hallarse dueños de aquel mar de verdura.

A la mitad de la quebrada, doce kilómetros de su desembocadura, comenzamos á ver los primeros duraznos silvestres entre corpulentos talas y cocos, y esbeltos bisco-

tes de madera fuerte y amplio follaje: luego ¡gran sorpresa! se nos presenta un paisaje gris, ondeante, cerrándonos el camino; todos los árboles aparecen cubiertos como con espeso velo que flota suavemente al soplo del aire representando enormes cabezas canosas agrupadas en el fondo de la quebrada, con sus sueltas cabelleras arrastrándose hasta el suelo. Es la *barba del monte*, parásita que vive á espensas de jugos ajenos, multiplicándose prodigiosamente, invadiendo con sus largas hebras sutiles y consumiendo tanta savia, tanta vida que muchas veces los árboles por ella acaparados, usucapidos, como diría un tinterillo de la ciencia de Ulpiano, mueren bajo el diente glotón de esas grises cabelleras.

La barba del monte sirve para abasto de colchones y almohadas y á decir verdad, reemplaza ventajosamente por su higiene, su frescura y su muelle flexibilidad á la lana de oveja, según asegura Alamos y Juan de Dios.

Nos hundimos en medio de la *barba* recorriendo proximamente dos kilómetros por entre aquella selva gris, ansiosos de llegar á la Tramontana, isla que los viajeros destinan, por tradición, á comedor campestre, así por lo umbroso y pintoresco del paisa-

je, como por hallarse justamente á mitad de la jornada para los que van al Peñón, el Rodeo y Bella Vista.

Una hora de marcha y desembocamos en la Tramontana. En todas partes se ven restos de fuegos no há mucho apagados, latas vacías de conservas, desperdicios de comidas bajo aquel amplio salón natural entoldado por coposos árboles, con el arroyo murmurando á sus costados entre una vegetación desbordada, ampulosa, aromática, que nos acaricia dulcemente, como madre enternecida con los placeres íntimos de la gran familia.

Se improvisa rápidamente el fuego ; los peones preparan el asador desbastando un varejón de molle, salan la carne, la ensartan y la entregan á la acción de las brasas que la hace chirriar desprendiendo el olor incitante de los bocados sabrosos. Mientras la comida se prepara bajo la regencia de Juan de Dios, sirviente de Alamos, hombre vaquiano y práctico, algo viejo pero esencialmente atento, activo y previsor, nosotros improvisamos asientos orientales con las mantas y pellones de nuestros aperos, comentando en rueda los pequeños incidentes del viaje que sería largo el relatar.

Algunos tábanos bordoneaban á nuestro alrededor, molestando particularmente á los caballos, cuyas colas en perpétuo molinete, patadas y mordiscos trataban de espantar.

Es sabido que el tábano es la sanguijuela alada, el diminuto vampiro que chupa la sangre de los animales en la estación ardiente, con su trompa apenas visible.

— ¿Pero de donde sale tanto tábano?— dijo Julio.

— Salen como las moscas, — respondió mi madre.

Yo que me tengo por avisado en ciertas cosas de historia natural, agregué :

— ¡Es claro! ponen sus huevos en la materia orgánica en descomposición y la generación se fecunda prodigiosamente.

Alamos se levantó de la rueda y regresó con un gajo lleno de pequeñas perillas ó tubérculos, diciéndonos :

— El tábano se reproduce de una manera diferente; su generación se realiza en un medio vegetal que es este, el molle córdoba, distinto del molle grande y del pispito. Cada una de estas perillas contiene desde uno hasta cuatro gusanillos; más generalmente dos. Las larvas viven y se desarrollan sin ninguna comunicación con el libre ambiente. En el estado de crisáli-



da, cada perilla se marca con un pequeño círculo que más tarde, cuando está ya alado el insecto, permite desprender un taponcito que deja libre la salida del tábano.

Tomamos á broma la explicación de Alamos, y entonces él nos invitó á romper con el cortaplumas aquellas cápsulas verdosas, apiñadas en el gajo de molle, y no sin asombro, pudimos comprobar, después de romper muchas, que todas contenían larvas, crisálidas y aun tábanos hechos y derechos que estaban listos, esperando la caída del tapón, para emprender la chupandina de sangre sobre los pobres cuadrúpedos.

Tina me despojó de mi cortaplumas y mirando de vez en cuando á Alamos, gozaba en desprender los taponcitos, muchos de los cuales saltaban con la mayor facilidad, dejando libre el orificio cónico que comunicaba con el interior de la cápsula. Yo me sumergí en mil consideraciones sobre los secretos de la naturaleza, la limitación de la ciencia, en tanto que Julio escuchaba pensativo sin desplegar sus labios.

— No hace mucho, decía— leyendo los soliloquios de Marco Aurelio, libro que puse en mis manos un jóven y gran médico patogenista, me encontré con que la

doctrina del *transformismo* era en aquellos buenos tiempos de Roma, perfectamente conocida: á lo menos así lo esplaya en su obra el célebre emperador y filósofo. ¿Qué de extraño tiene entonces que un bachiller, como yo, haya ignorado la generación del tábano, si el transformismo ha sido saludado como novísima doctrina á mediados del último siglo?

— Nada, en efecto,—contestóme Alamos, puesto que el mismo Marco Aurelio no la espuso el primero. Filósofos de fecha más remota, tres y cuatro siglos antes de Cristo, han sostenido que perece la forma, nunca la substancia, lo que á decir verdad, sirve de fundamento al transformismo. «Nada hay nuevo» en absoluto. Los mismos rayos Roöntgen si no hubieran existido, no existirían.... pero, temo mi amigo Moreno (dijo cambiando de tono) que ponernos á filosofar en medio de estas altas montañas y cuando Juan de Dios me indica repetidamente estar lista la comida, es algo de cierta temeridad sórdida...

—¡Es verdad! es verdad!— exclamaron á un tiempo mamá y Tina, reventando el corselete de la filosofía con la aproximación del asador humeante que fué solemnemente clavado ante nosotros.

En menos de un suspiro proporcionaron nuestras alforjas el pan, el vino, la fruta, las conservas, el dulce ; tendimos nuestras servilletas y Baltazar en efigie presidió el banquete. Mi madre, que carecía de aptitudes silvestres, apenas podía disimular las dificultades de nuestra mesa ; pero Tina, en cambio, las superaba de una manera deliciosa, clavando su tenedor, como un veterano, en los flancos del asador y declarando no haber comido mejor asado en su vida. No estábamos en el Sportsman de la calle Florida ¡ ah ! nos hallábamos á mil doscientos metros de altura, en las gargantas del Ambato, en plena naturaleza, rodeados de seres insensibles que nos acarreaban tentaciones nuevas, nunca experimentadas, brotadas de la piedra y del monte, del arroyo y de la atmósfera, de la tierra y del cielo entre cuyos caparazones la criatura es el miserable átomo encargado de conmoverlo todo.

Terminada la comida, bebido el noble café y fumados nuestros cigarros, recuperamos la marcha por un camino donde á medida que se avanza crece su prestigio. íbamos á llegar á la estancia el Tala, propiedad del convento de franciscanos, cuando divisamos sobre el arroyo que corría

encajonado, un curioso puente de una á otra orilla.

— Y eso, ¿qué es eso? gritaba Tina viendo la arboleda suspendida en el aire. ¡Qué bonito!

— Es un canal de sauce, señorita,— contestó Alamos.— Los padres de San Francisco han querido hacer pasar el agua para poder regar los terrenos de la otra banda; han calado el tronco del sauce y este en vez de servir únicamente de canal, se le ha ocurrido brotar y rehacer su antigua existencia formando ese arco singular de rama viva, por cuya base corre tranquilamente el agua, en tanto que abajo ruge á veces el arroyo como un gigante cuando las tormentas de las cumbres mandan sus masas líquidas.

¡Lamento la torpeza de mi pluma que no sabe describir ni mediocrementemente esos pequeños cuadros de maravilla, obra de la grande artista á quien los pintores y novelistas tratan de imitar, y envidia á Tina que, con su lápiz ha tenido la satisfacción de copiar aquel puente sencillo, aéreo, fruto del mismo árbol que ha consentido en echar sobre sus espaldas la obra del hombre, conservando su propia vitalidad, afianzado en los estribos del arroyo!

Poco después llegamos al caserío del Tala y continuamos repechando sobre suelto casquijo y pastosas laderas hacia las Cuestecillas, no sin antes admirar otra curiosidad.

La temperatura era fuerte; nuestros caballos sudaban á mares; nosotros mismos sentíamos los ardores del sol abrasador.

— Vamos á tomar una copa de cerveza helada, díjonos Alamos, y nadie por cierto se resistió, aunque no supiésemos de que modo podríamos tomar esa «copa de cerveza helada».

Fuimos conducidos á la sombra de los sauces colosales del pintoresco Tala, por cuyos troncos y raíces deslizan mil hilos de agua cristalina. A una órden de Alamos, su peon Juan de Dios, fué á colocar las botellas, en una fuente natural mientras él nos decía:

— Esa vertiente es de agua sumamente fría en verano y caliente en invierno. Si Vds. quieren hacer la prueba, verán que es casi intomable en esta estación.

Dudando de la verdad tomé mi vaso y lo coloqué en el chorro que saltaba á flor de tierra con no escasa presión, pero realmente no pude beber aquella agua deliciosamente helada; hacía doler los dientes. Así se explica que en breves minutos es-

tuviese la cerveza como sacada de la garrafa. El agua artesiana brota con cierta violencia, haciéndonos entrar en conjeturas sobre su origen.

Alamos gozaba visiblemente con nuestros entusiasmos que le parecían, sin duda, homenajes tributados á *su tierra*. Su satisfacción no se traducía en palabras: hablaba el fulgor de sus ojos, hablaba su semblante, sus maneras.

Cuando llegamos á las Cuestecillas, el punto más alto de el Tala, unos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, según rezaba la aguja de mi aneroide, pudimos contemplar, hácia el norte, las alamedas del Rodeo á distancia de cuatro leguas y hácia el sud, el intrincado laberinto de aristas, picos y faldeos que se perdían en el horizonte.

Las vistas desde las Cuestecillas son hermosas, bárbaramente hermosas. El Manchao al poniente, semeja un colosal, un ciclópeo cerrucho con sus dientes invertidos hácia arriba formados por bloques inmensos donde parece habitara el genio de la piedra; los faldeos y lomadas son, sin embargo, suaves y pastosos, tendiéndose en curvas voluptuosas de variados matices según las hiere el sol ó se pierden en las sombras.

Al naciente nos queda el otro cordón que hay que remontar para ir al Peñón, todo iluminado en la tarde, sembradas sus laderas de animales que pacen tranquilamente y en las que, de vez en cuando, repercute el clarín del toro de otro rodeo, llamando á singular combate, allí donde con la uña remueve la tierra preparando el estadio que ha de ser escenario de su victoria ó su derrota, afilando la asta bravia en los matorrales que retuerce y despedaza, fingiendo herir al buscado enemigo.

Los nacimientos del río del Tala apenas se distinguen al occidente, formando pequeños valles profundos, nidos de bloques apeñuscados de entre los cuales brota, hacia arriba, el seminario de las nubes y hacia abajo, las corrientes del sistema arterial por donde circula el alma de la vegetación.

Contemplamos enmudecidos el imponente paisaje y habríamos seguido en él abortos á no ser que Alamos, representándonos la conveniencia de repechar la última cumbre antes de entrarse el sol «para dominar la cuenca del otro valle», no nos hubiera arrancado del éxtasis que nos dominaba.

Así, pues, hubimos de poner nuestras ca-

balgaduras en marcha. Mi madre demostraba gran miedo cuando cortando los faldeos tendía la mirada á los precipicios que quedaban de uno y otro lado de la senda; pero nuestro amigo conductor sabía hallar palabras para calmarla. «No mire hácia abajo, señora; lárguele la rienda al caballo; es baquiano y fuerte; no tema usted y mire siempre hácia delante».

Sin embargo, cada vez que arribábamos á algún rellano ó mogote, donde desaparece siempre el plano inclinado sustituido por portezuelo más ó menos extenso, suspiraba mi madre, exhalando la queja del temor para respirar ampliamente la calma. Tina, por el contrario, mostrábase valerosa, riendo muchas veces de las torturas que experimentaba mi madre en aquella ascensión francamente sin peligro alguno.

Alamos lanzaba su mula por donde quiera, con una serenidad, con una posesión tal de la montaña que subiendo ó bajando pendientes abruptas, por las que seguramente no me hubiera atrevido á seguirlo, se hallaba como caminando en la rampa de la plaza de Catamarca. Julio mismo, no obstante ser excelente jinete era incapaz de imitarlo, teniendo que reconocer aunque silenciosamente su inferioridad.



A las cinco de la tarde llegamos al filo de la cumbre apareciendo de golpe á nuestros ojos el Peñón, la misma pirámide egipciaca vista en la mañana desde el Paseo Navarro, más grande, eso sí, mucho más grande, completamente verde, divisándose á su pié la casa de Alamos, los sembrados, los corrales, los caminitos y sendas que salen como radios en todas direcciones sirviendo de centro la casa.

Continuamos avanzando hácia una antiplanicie desde donde nos fué dado dominar el gran valle de Catamarca, con su río brillando á los rayos del sol, sus poblaciones de la capital, Valle Viejo y Miraflores perfectamente visibles, así como sus cultivos, semejante á vasto tablero, adosándose á las márgenes del río que corre y corre y se pierde en el horizonte á los extremos de la sierra de Ancasti, lindando con las salinas, en tanto que, hácia la región boreal resplandecían las cimas nevadas del Anconquija, rival del Famatina.

Deseo presentar aquel cuadro maravilloso y el desaliento se apodera de mí. Mis ojos recorrían la vasta extensión, el dolor invadía mis pupilas y mi mente en presencia de lo infinito. Los habitantes de Buenos Aires no comprenderán nunca la vida de

las montañas si no vienen hasta ellas, remontando las altas capas de la atmósfera donde circulan aires y perspectivas absolutamente distintas de las de la pampa, con palpitaciones de otro mundo....!

Me indigna la incapacidad de mi pluma para reproducir aquel gran cuadro de la naturaleza, aquel torrente de moles, aquel semillero de valles, aquel conjunto majestuoso que lleva al espíritu á pensar en el autor de la obra, en la intención de sus designios... Pero ya que la impotencia me abruma, descendamos, descendamos al fondo, allá donde la casa nos espera brindándonos su abrigo, recibiéndonos con sus brazos abiertos y confundiendo en cierta manera su alma con la del viajero recientemente hospedado en nombre de la amistad.

Cuando hubo, por fin, terminado la jornada; cuando las fatigas del corto viaje se adueñaron de nosotros, sin darnos tiempo de tomar completa posesión de la casa; cuando Juan de Dios retiró los animales del patio dándoles libertad para su descanso, se perdía el último rayo de sol y comenzaba el crepúsculo, dulce, poético, rumoroso, entre un concierto de arpas silvestres cuyas cuerdas solo vibran en las mon-

tañas, pues, confieso no haber oído jamás en otra parte armonías semejantes.

Nos hallábamnos en la casa del Peñón, acogidos alegremente por sus habitantes, abrigados hácia la espalda por enormes mantos montañosos y hácia el frente y los lados por vallecitos pintorescos que desbordaban sus cánticos crepusculares, abrazándonos con dulce y grata poesía.

## IX

**D**ORMIMOS esa noche, de un tirón, el sueño más apacible, y recién á media mañana volvimos á reunirnos.

Alamos nos dejaba á nuestra disposición la casa principal compuesta de cinco habitaciones, tres al fondo mirando al naciente y las otras dos de martillo á cada lado, trasladando él su vivienda á unas piezas distantes del edificio principal.

Así pudimos instalarnos cómodamente y con entera independencia unos de otros.

Consideramos al pulmón de Tina, desde el primer momento, como un vencido á quien sólo restaba convencer de su servidumbre para lo porvenir y nada más. Nuestro mé-

dico de Catamarca aseguraba estar completamente curado, pero aconsejaba para «blindarle» (era su frase) contra los pequeños aires filtrantes de la Opera, el Politeama... un mes y medio de residencia en las cumbres, y aquel mes y medio comenzó muy agradablemente, sin más nubecilla perturbadora, en cuanto á mi atañia, que la preocupación de no haber contestado Tina en el acto la solicitud de matrimonio deducida por mi amigo Julio Portales.

Nuestro primer día en el Peñón fué de terrible labor; todo lo trastornamos pasando unos muebles aquí, otros allá, arreglando el comedor (la pieza del centro), los dormitorios de las señoras, el mío, el de Julio, desahogando las *petacas* de sus mil baratijas, acomodando mis libros y papeles, el caballete de Tina, las ropas, los utensilios y por último, los caprichos incalificables de una corta pero algo exigente familia, sometida á las veleidades del geniecito de diez y siete años, dueño y señor de cuanto personaje ha caído bajo el imán de su mirada, el cual nos sirve de centro para nuestra rotación.

Hicimos buscar á Alamos para el almuerzo, pero Juan de Dios nos informó haberse marchado á un puesto vecino del

que regresaría al día siguiente ó subsiguiente, «y ha ordenado, agregó, tener siempre listos los caballos de paseo».

Almorzamos, pues, sin Alamos, pareciéndome notar en el semblante de Tina la sombra de un recóndito disgusto, desapercibido, sin duda, para los demás.

Julio, afable como siempre, hizo gala de su atrayente conversación; habló de los incidentes del viaje, elogió la persona de Alamos por «su carácter sencillo, su moderación, sus conocimientos extensos», haciendo coro nosotros y añadiendo detalles complementarios de su personalidad.

De nuevo volvimos al tema de las novelas recordando que nuestro amigo se abstuvo de dar franca opinión al respecto y yo, deseoso de penetrar el sincero concepto tenido de él, dije:

— Para opinar es menester antes tener opinión. Daudet, Cherbuliez, la Marlitt, Marion Crawford, Carlota Bronté, Alarcón, Farina ¿no dan acaso lugar á decir: «gusto ó no gusto de sus obras»? Si Alamos rehuye hablar, es porque carece de opinión... Por mi parte y sin actitudes melodramáticas no vacilo en afirmar que la novela para ser buena requiere primero ser agradable y después útil; esto es, ha de contener

alguna enseñanza fecunda, de orden moral ó intelectual, ha de ser verosímil, cosa de que los novelistas ingleses contemporáneos prescinden de la manera más exajerada. Anstey, Ridder Hagard, Conway, no son propiamente novelistas: son fabulistas y fantásticos como Hoffman, como Edgard Alan Poe. No es esa la misión de la novela, á menos de pensar que la humanidad es una pobre melancólica á quien se debe divertir con mentiras, si la verdad no contiene en sí virtualidades generosas apropiadas para recrear instruyendo. Los novelistas que no piensan en su patria cuando escriben, y se abandonan por entero á los caprichos de la imaginación, olvidando ser vivientes de este mundo, de la sociedad, de la familia, serán en buena hora, hábiles comerciantes de la literatura, pero no apóstoles, no misioneros, tal como yo concibo á los hombres de talento que toman sobre sí el cargo de agradar ilustrando, fortificando virtudes, vigorizando nobles sentimientos, luchando, en una palabra, por los altos ideales, por los grados de excelencia y perfección propios del racional. El novelista cuentero, de pura fantasía, apenas es un director de títeres, conversador de cosas increíbles, así como para niños, para públi-

co inconsciente.... Se necesita algo de intrépida sinceridad para decir en cada caso, sin ambages, ni rodeos, el pensamiento sentido, la idea hecha, nacida y criada con el calor de las convicciones profundas....

— Pero, Román, me interrumpió Julio ; tú estás pronunciando un verdadero discurso para Alamos y.... él está ausente...!

—Es una cobardía, agregó sonriendo maliciosamente Tina ; hubiera sido mejor esperar su presencia para hablar de « actitudes melodramáticas », « apóstoles » y « convicciones profundas ».

— Se vé claramente, respondí mirando á mis interlocutores, que Vds. toleran cualquiera imprudencia del catamarqueño adjudicándose el papel de defensores, antes de honrar la verdad.....

— Honrar, honrar la verdad,—replicó Julio con viveza, mientras mi hermana se teñía de rubor la frente,—¿acaso no es honrarla cuando protestamos de un discurso ilirigido á un ausente ?

Creí mejor darme por convicto y confeso, como se dice en la jerga tribunalicia y sin apartar mis ojos de los de Tina, continué :

—Juzguen Vds. como les plazca la intención de mis palabras ; pero conste que mis

opiniones salen siempre á luz, huyendo deliberadamente de los filtros misteriosos, adorno de los alquimistas ignorantes: buenas ó malas, nada las detiene. Ellas son lo que son y cuando me preguntan le gusta á Vd. esto? qué piensa de aquello? digo que sí ó que no, digo lo que pienso; no me quedo á media jornada excusándome con circunstancias reservadas.

Tina, me envolvió en el relámpago de sus ojos, se levantó y retiróse, no obstante la insinuación de mi madre de que tomara su café.

Continuamos departiendo nosotros tres, hallando muy alegre la casita, muy pintorescas sus vistas. A decir verdad lo era y lo son.—Podría creerse en un paraje expresamente concebido para gozar las delicias de la calma, entre alamedas cimbrantes y verdes pajonales, interrumpidos de trecho en trecho ya por islas de monte, ya por cañadones perezosos en cuyo seno se alberga el universo de las hierbas perfumantes, y en cuyos bordes se alza trémulo el *mal de ojos* con sus flores de oro, roja bellota y cabellera de estambres, ó ya por el suave relieve de las lomas inclinadas á nuestros pies, dilatándose como olas emi-



mantes de la montaña que no acaban, sin embargo, de emigrar.

Aproveché un instante en que Julio y mi madre hablaban de Buenos Aires y me escurrí hacia el dormitorio de Tina.

— ¿Quiéres pasear á caballo, Tina? díjele por vía de introducción.

— No, Román; me siento algo cansada.

— ¿Quiéres que paseemos á pie?

— No, Román; gracias! estoy un poco cansada...

— ¿Tan fatigada estás que falta la alegría de tus ojos?

— Ignoraba los tuviese alegres ¿ Los tengo tristes ahora?

— Parece que sí, le respondí, atreviéndome á agregar:

— ¿Te canso yo, te cansa Julio?

— ¡Por Dios! lo que aun me tiene cansada es el viaje.

— Tú decías ser muy fuerte, Tina, muy valerosa....

— Oye, Román; me estás hablando y no lo haces con sinceridad. Otro es tu propósito ¿quiéres ser tan amable en reservarlo como acabas de hacerlo al invitarme á pasear?

— Pero, Tína ¿no temes adivinar demasiado? Mi psicología...

— Creo no equivocarme. Hablas tanto de psicología y lo haces con tanta sencillez que comienzo á pensar cuan grato me sería conocer esa ciencia....

— ¿Si? Veo, sin embargo, otros libros á tu alcance... Yo también comienzo á pensar en la causa, en el porqué de tus aficiones por la historia. Observo que con sólo oírte yo sé ya que Alarico, 410, Atila, 453, Clodoveo, 481, Pipino el Breve, 769, Carlo Magno, 814, y como éstos, otros célebres personajes han muerto ó realizado hazañas en las fechas indicadas. A tí te agradaba antes el dibujo: hoy está casi desalojado por la historia... ¿No será nuestro amigo Alamos el autor de esta revolución?

— Te he pedido reserves el objeto de tu visita y no quieres complacerme; te he dicho que no temo equivocarme en la intención de tus palabras y acabas de ver que tenía razón. ¿Quieres una prueba mas de mi aprovechamiento en psicología?

— Dámela, Tinita,—le dije ansiosamente, creyendo próximo el final de mis incertidumbres.

— Pues bien; te aseguro que hasta dentro de quince días he de permanecer im-

penetrable, no por mezquinarte mis confianzas, sino solamente por no saber qué sucede en el fondo de ciertas almas.... ó mejor dicho, si quieres ; por no tener yo misma las confianzas por tí buscadas. ¿Es ó no es esto un asunto de pura psicología?

Evidentemente víme precisado á confesar mi derrota y renunciar á mi propósito, así por haber sido descubierto, como por lo vano de mi insistencia ; pero no quise abandonar la arena sin insinuarme para que Tina volviese al comedor.

— Iré luego, respondiíme, abriendo su Weber y hundiéndose sin mayores miramientos en los mares de la historia, seguramente con Luís el Devonario y sus cuatro hijos de los que, Carlos el Calvo... ¡Que se los lleve á todos juntos el diablo!

He referido suscintamente mi conversación con Tina, ahorrando detalles inútiles. Me retiré, con todo, creyendo diferida mi preocupación, sin medios de confirmarse, ni desvanecerse.

Las horas de la tarde volaron sin apercebirnos y cuando á la noche hicimos buscar á nuestro amigo Alamos, en la duda de si hubiese regresado, volvió Juan de Dios á confirmarnos su ausencia, haciéndonos mil ofrecimientos

De sobremesa oímos templar la guitarra, suavemente, como ensayando á media voz. Supimos que era Juan de Dios quien tocaba y se le puso á Tina que habíamos de hacerle tocar y cantar.

Los empeños de mi hermana han sido siempre órdenes para mí, de modo que me fuí á la cocina y rogué al selvático artista fuese al comedor con su guitarra.

Juan de Dios se me negó de todas maneras, diciendo que no sabía ni tocar, ni cantar, pero yo apelé á un argumento cuya fuerza probé por primera vez.

— ¿No me ha dicho Vd. que Alamos le ha ordenado obedecerme en todo ?

— Es cierto, señor ; pero Vd. no me ha mandado nada...

— Bueno,—le dije,— venga Vd. con su guitarra al comedor,— y entonces Juan de Dios levantóse al punto, diciendo :

— Vamos, señor; Vd. lo manda.

Yo referí lo ocurrido, haciendo notar como se cumplían mis órdenes y cuando todos hubimos tomado posesión en rueda, Tina le pidió á Juan de Dios que cantara lo que más le gustaba á su patrón.

— Está bien, niña ; voy á cantar la «canción de las hojas», *fierita* es, pero al patrón le gusta.

El hombre inició un pasacalle de curioso movimiento y poco después con voz llena y triste entonó las siguientes estrofas que he procurado reproducir en prosa, ya que Juan de Dios se negó terminantemente á repetírmelas para copiarlas, pues así se lo tenía ordenado su patrón y quizás autor de la

*Canción de las hojas.*

« Se aproximan las noches heladas y los días de sol pálido. Mis pensamientos primaverales, como las hojas caedizas, comienzan á marchitarse con el hielo de mis días y con el sol sin fuego de mis ilusiones.

---

« Cae la hoja que el cierzo quema ; el viento la arrebató y perdida en la noche de su tristeza, besa la tierra y se convierte en polvo. Yo también como si labios descoloridos me besaran, me pierdo en las tristezas de este doble invierno de la vida.

---

« No son ya lozanas esas hojas que tuvieron su infancia y las dulzuras del estío. El árbol las contempla dándoles, con sus vástagos desnudos, los adioses. En cambio

yo voy despidiendo mis ilusiones sin esperar otra primavera porque el invierno se acerca y parece para mí ser eterno.

---

« Caen las hojas...! Quisiera recojerlas para vestir de esmeralda al árbol que las tuvo. Ah! quisiera también recoger mis ilusiones perdidas, pero ¿cómo hacerlo si ya llegan las heladas noches y el sol apenas me alcanza con sus efluvios tibios?

---

« Ellas se desprenden y caen: no saben que la despedida es eterna. Caen conformes con su suerte y ni el árbol les llora la partida. Ay! pero yo sé que al desprenderse mis ilusiones, se va con ellas mi vida, y no me consolaré de pensar que las noches heladas se acercan y con ellas el sol sin alma del invierno.

---

« No ha mucho la montaña que circunda este hermoso valle, era azul y encerraba entre sus flancos profundos el árbol floreciente, engalanado.... Hoy duerme noches de invierno. Yo también no ha mucho tenía el alma desbordante de alegrías y en

tanto que las hojas empiezan á caer, ha tiempo que marchitas, como de cristal, se rompieron mis ilusiones en las profundidades de mi tristeza.

---

« Luego se tornará grisáceo el rosa y celeste cuando las últimas hojas se desprendan rumorosas. La savia se recojerá al sueño que despierta con el sol de Octubre. Y mis sueños ¡Dios mío! ¿cuando con su sol despertarán?

---

« Hojas caedizas, suspiros de dichas ignoradas, ruedan en confuso tropel, mientras mis suspirados anhelos se apagan silenciosos entre un sol que brilla y otro que palidece. Espera, espera cruel invierno que al menos llore mi pasada primavera.

---

« Ya no rugirá el trueno en el espacio. Caerá la llovizna lenta, menuda, fría.... El alegre estrépito quedará adormecido mientras las hojas siguen cayendo. Oh! cómo quedarán de heladas las expansiones de mi alma en las noches que se acercan...!

« ....Que son dulces los frutos del invierno porque mientras todo se huela el corazón se calienta y los tordos suspiran á los polluelos que vienen... Entonces ¿porqué son tan amargos los míos? No vengas, pues, invierno, no vengas donde la alma helada ya no se calienta ! »

---

Terminó la música y el canto como un sollozo á duo, y la tristeza brotó como narcótico cuyas emanaciones aniquilan.

Juan de Dios pidió disculpa y se retiró quedando nosotros poco menos que « esas hojas caedizas ». Tina especialmente, parecía la estatua de la pena, á diferencia que en el mármol no se levanta el pecho, ni brillan los ojos, ni se altera el semblante. Mi madre estaba también conmovida. Fué menester un grande esfuerzo de mi parte y de Julio para traer de nuevo, si no la alegría, á lo menos cierto olvido de esa música y esos versos llenos de tristes ternuras, llenos de verdades melancólicas.

Yo me decía interiormente ¿de dónde puede un patán como Juan de Dios arrancar á una mala guitarra sonidos tan tiernos? La letra, es claro, no es de él. En esa canción se ha volcado el alma de un



ser profundamente sensible; se ve el rastro de esa poesía melancólica de los incas, de esas músicas que no son músicas, sino lamentos, desgarramientos dolorosos. No es la ciencia del sonido: es el alma. No es el arte de la letra: es el corazón que se despedaza. Gregorio el Grande con cinco notas ha producido las melodías más solemnes y majestuosas. Job con escaso vocabulario, ha exhalado las quejas más hondas y más dulces,—y aquí, en estas montañas, la «canción de las hojas» me hace pensar en san Gregorio y en el santo Job... Es un delirio! Los incas han desaparecido con sus hijos; no hay ya calchaquíes ni diaguitas, antiguos señores de estas comarcas, adoradores del sol por ser fecundo y de la virtud por ser eterna, con sus vírgenes más puras que las vestales romanas. La *conquista* y la *civilización* todo lo ha sofocado, todo lo ha arrasado, pero sobre los despojos consumados en nombre de Alejandro VI, queda el color cobrizo, quedan las virtualidades ingénitas, queda el arrojo y la ternura de la antigua raza que, vencida en los hombres, ha quedado en espíritu y en signos invencibles, incorporados en los hijos de la conquista, seres con carne y hueso, españoles, pero con alma

calchaquí, alma que brota y se forma espontáneamente con el calor de este sol y la brisa perfumada de estas montañas hermosas. El molde material lo ha dado la conquista al acabar con una raza; el espíritu lo dá la comarca: esta es la madre inmortal.

No es Juan de Dios el que toca y el que canta: es el alma de una raza valerosa, llena de ternuras, grande para vivir y grande para morir la que inspira al trovador de las cumbres y los valles notas de tristeza y dulzura, amargas quejas de la injusticia humana.

Alejandro, papa, regaló en su bula la América á la España de Colón. Se tomó posesión de la tierra y lo que no se pasó á cuchillo, sometióse á servidumbre; pero el papa ha muerto ignorando que no pudo regalar el espíritu de la raza, el espíritu de la comarca salvado á despecho de todo por otra potestad más grande y permanente que la de Alejandro VI: la potestad de la región.

Yo habría, seguramente, continuado discurrendo, divagando sobre estas cosas, si mi madre no me hubiese dirigido la palabra.

Julio y Tina hablaban á media voz y yo,

con mi imaginación lejos de la escena, había dejado á mi madre sin tener con quien departir, desempeñando el rudo papel de futura suegra á menudo estrellado de aburridores silencios. Entrando en vieja costumbre, púseme á leer y comentar con ella mi libro de actual lectura, dejando completamente libre el campo á Pablo y Virginia que continuaban conversando en tono menor.

*Superioridad de la raza anglo-sajona*, por Edmundo Demolins.

Los que hayan leído esta obra saben que no se trata de Engis y Horsa, ni de Hastings, ó la heptarquía, ni de Guillermo el Conquistador que según Tina se hizo á la vela en 1066, partiendo de San Valery Sur Somme, para arrebatarle la corona á su ex-amigo Haroldo, aquel que juró dársela sobre un cabello de San Pedro.

Se trata de un libro (y lo diré para los que no lo hayan leído) que la república debiera mandarlo reeditar, distribuyéndolo profusamente, de modo que no quede maestro de escuela, colegio ó facultad y padre de familia sin tenerlo en su velador, á fin de ahorrar el alegato de ignorancia de esta biblia, de este testamento moderno de la educación, llamado á ejercer saluda

ble influencia en los destinos de nuestro pueblo.

Debe ser castigado con pena de destitución el empleado de la enseñanza que diga no conocerlo, ó alegue conocimiento sin tenerlo, cosa fácil de comprobar si me confían á mí la misión. Confíesolo sin modestia.

El libro, por otra parte, á pesar de ser un almacén de ciencia, de sociología profunda, de experiencia maravillosa, es estrictamente agradable y recreativo. Baste decir que mi madre goza tanto con él como leyendo la mejor novela de Walter Scot ó Finimore Cooper, y ya se sabe que la mujer no es generalmente inclinada á lo serio.

Pues bien; Mr. Demolins, hombre que ha escrito mucho y bueno aunque sus obras son todavía poco conocidas en nuestro país, ha hecho inmenso bien publicando ese libro, escrito al parecer para nosotros, cuando en realidad lo haya sido para Francia, patria del gran pensador.

El Herbert Spencer de la educación no se ocupa de abecedarios, ni lecciones objetivas, ni métodos didácticos.

Sale de las regiones del aula y penetra en las del pueblo cuya tradición y costumbres analiza, desmenuzando sus poten-

ciás morales para ofrecer la solución de los grandes problemas del presente,—socialismo y anarquismo,—problemas que mal resueltos han de causar muy hondas, muy profundas perturbaciones en lo porvenir.

Nosotros que como pueblo naciente carecemos de carácter, dejándonos llevar de las veleidades de la raza latina, nuestra conquistadora, sin hábitos, sin cultivo de principios sólidos, estamos como nadie, expuestos á ser devorados por el mar de las turbulencias, si no alzamos la frente y divisamos con tiempo el peligro que se acerca.

No es tanto cuestión de programas y horarios: es cuestión de índole de la enseñanza, de difundir la costumbre de bastarse á sí mismo, de autoeducación, ó como diría Florentino González, «conciencia de la semecracia». Somos de los pueblos más habituados al tutelaje, soportándolo desde las más bajas hasta las más altas esferas sociales y justamente por eso carecemos de iniciativas, de energías propias que se forman solamente en el combate, en la lucha por la existencia, en la ayuda propia.

Yo no creo que los anglosajones tengan sangre y huesos diferentes de los nuestros. Corazón, pulmones, arterias, sis-

tema vegetativo y sistema intelectual ó de ideación, es el mismo. La sensación y la percepción es igual, como es igual la respiración y la digestión. La desigualdad está en los hábitos de la enseñanza que forma los cimientos del carácter, primero en el seno de la familia, después en la escuela y en seguida en la vida del esfuerzo y el trabajo reproductor.

Los anglosajones no constituyen raza privilegiada en su estructura; no son hijos de dioses, ni semidioses; pero mal que nos pese son superiores á nosotros en el sentido de su independencia personal, en sus motivos determinantes, en los elementos constitutivos del carácter.

Suponiendo, sin embargo, que Mr. Demolins fuera un loco y los anglosajones tan débiles y pecaminosos como nosotros, nada se perdería poniendo este libro al alcance del gremio educador, de nuestros batalladores de la enseñanza que sin tradición formal alguna, como lo revela la mutación perenne de los programas y el eclecticismo docente, tendrían siquiera un cuerpo de doctrina buena y prudente, para informar la suya propia en vías de nacer.

Pero, la suposición es falsa. Nuestro li-

bro que leemos y releemos con delicia, es de una utilidad indiscutible.

Así cree mi madre y así creo yo, pensando en hacer obra de patriotismo al recomendarlo, no con tarjeta de postulante de empleo, sino con la santa pasión del convencido, con la fé del sectario de su hogar y del suelo de sus padres.

Veo haberme dejado llevar un poco lejos de la intención con la cual he recordado de la grande obra de Mr. Demolins, pues mi objeto fué notar solamente, como solemos invertir las horas mustias con mi madre, mientras la hija y mi hermana, sol de constelación familiar, se vé solicitada para salir de la órbita que su sexo fija provisoriamente en el sistema del hogar.—Yo leía, leía en alta voz comentando página trás página.

El tiempo voló sin darnos cuenta, cosa que advertimos cuando Julio, nos dijo: «¡Son las doce de la noche!»

— Pero Julio,—observó mi madre cariñosamente; Vd. abusa de nosotros....

— Señora,—replicó mi amigo,—sigo el convoy: nada más. Leían Vds. con tanto entusiasmo, con tanto fervor que me pareció temerario interrumpirlos. Les hemos estado observando con Tina y hemos lle-

gado á creer en una doctrina de actualidad... una doctrina revolucionaria, giron-dina....

— ¿Y cuál es ella,—le repuso á la espera de alguna banalidad.

— La que hace de cada lector un partidario....

— No creas, Julio ¡qué esperanza!—exclamé interrumpiéndole.—Este libro (y golpeaba sus tapas), este libro es obra maestra, capaz de conquistar, no á un pobre y miserable escriba, sino á los hombres de positiva ciencia social. Llévalo esta noche y mañana medirás tu «doctrina de actualidad».

Nos despedimos buscando cada cual su lecho, y aunque yo leí largamente una novela cualquiera, tuve ocasión de notar que en el cuarto de Julio continuaba encendida la luz.—O es Demolins ó Tina quien ocupa esa mente, díjeme para mí.

Y ella, la dulce criatura ¿en qué estará pensando? En esa alma, como ella dice, ¿se ignora lo que está pasando? Es Julio, es Alamos? Y si por desgracia fuese este último quien ocupa sus reflexiones; si un corazón sin engaños como el de ella se sintiese conquistado por ese hombre que no puede amar, Julio se retiraría, perderíamos



su amistad, una amistad de veinte años, para quedarnos en presencia de un hombre frío, indiferente... Tina habría curado su pulmón, pero otra herida más grave quedaría abierta, herida para la que no hay médico en la tierra. Ella conoce su «novela amarga», su ccepticismo, el mal concepto que tiene de la mujer: ella sabe que Alamos es un hombre enfermo del alma y con todo, los juicios, los deseos de ese hombre si no la dominan, la atraen y modifica sus gustos. Ninguna actitud de él me autoriza a pensar que haya puesto sus ojos en Tina con algún interés: frío y ceremonioso fué al principio, frío y ceremonioso se mantiene hasta ahora. Llegamos aquí á su casa, todo queda bajo nuestras órdenes. Juan de Dios anda constantemente rondando para servirnos al pensamiento, los peones de la estancia parecen no tener otra ocupación que la de atender nuestros deseos, nada nos falta, todo nos sobra, dispuesto sencillamente, como la cosa más natural y él, el dueño de casa, se ausenta el día de nuestra llegada.... ¡Pobre Tina! pobre hermana querida! ¿Hemos venido en busca de la salud del cuerpo, para hallar sin pensarlo la peor enfermedad del alma? Yo he llamado tantas veces que al fin no sé decir

si he amado alguna: mis amores han pasado y si los busco apenas encuentro rastros fugaces en el fondo de mi corazón. Pero Tina no es así; tiene otro carácter; el día que su corazón se dé, será el más feliz ó el más desgraciado: se dará para siempre; eso está en su sangre. Necesito hablar con mi madre, concertar el sistema de la defensa, ayudar á Julio defendiendo la suerte de mi hermana y ¡caramba! ya lo creo que voy á hacerlo....

Me dormí reflexionando, satisfecho de haber ordenado mentalmente el desorden que nos amenazaba en estos problemas de la vida íntima, mil veces más difíciles, mil veces más complicados que los de la educación, abordados y resueltos tan sabiamente por Edmundo Demolins.

Al día siguiente supe con relativo desencanto que Julio nada había leído de la «Superioridad de la raza anglosajona».

Parecía evidente que sus ideas habían estado en otra parte, en Tina quizás, lo cual me consolaba de ver fallidos mis cálculos respecto de la magna obra.

Después del desayuno salimos á caminar dando yo el brazo á mi madre y Julio á Tina. Descendimos de la casa al corral, situado en el bajo, emprendiendo nuestro pa-

seq por la costa de una cañada muy bonita, en cuyo fondo corría un escaso manantial de agua transparente. Verbenas rojas, rosadas y blancas lucían por todas partes; en los cortes de la cañada abundaban campanillas celestes, lirios del campo, exhalando suave perfume. Juan de Dios nos seguía á corta distancia, cargando nuestro canasto de provisiones entre los que, con mi permiso, había agregado choclos asados que la vispera saboreamos hallándolos exquisitamente sabrosos.

Los traía envueltos en su chala, sanitos, grandes, hermosos, y traía el *compañero*, llamado así al requesón, envuelto en hojas de achira, despertando extraordinarios deseos de hincarle el diente.

Preciso es saber — cosa anunciada por Alamos — que en estas montañas se siente siempre un hambre insaciable.

El agua que se toma es carbonatada, el aire que se respira sobresaturado de oxígeno y la puna y el ejercicio y la despreocupación, hacen lo demás. Se come con voracidad.

A la izquierda, en el fondo, los nogales de abundante copa y movable follaje, cargados de fruto, no aun en sazón, servían de bóveda á la *quinta* extendida en la pen-

diente, donde los manzanos y perales, los ciruelos y duraznos, los guindos y damascos presentaban á nuestros ojos las bendiciones de su generación en variados matices, con su fruta *pintona* comenzando á colorear, despertando los deseos, arrojando al aire sus bocanadas de estío, ricas de aroma, hinchadas de vida, exhuberantes de luz y animación.

A la derecha los boscajes de molles y santarritas de flores color de paja, la sombra de toro con sus hojas cuadrangulares de bordes agudos y puntas afiladas, formando pabellones de trecho en trecho, pabellones sombríos, frescos, donde se asila el ganado huyendo el sol del mediodía, donde la *queschera* cuelga sus nidos columpiantes, donde el carpintero de rojo penacho y pintadas alas, horada con su pico las entrañas del árbol, forman también en el vasto conjunto, el adorno propio de las sierras, oasis pequeños dentro del colosal y montañoso oasis del Ambato.

Caminábamos deteniéndonos, cortando florrecillas, asombrados de la variedad de malvas y *maravillas* de color anaranjado y purpúreo, entremezcladas con flores de torongil y matas de cebadilla en suaves tonos lilaveros, espantando los tordos y zorzales

préndidos en los piquillines de fruta negra y color de sangre, desgajando hierbas aromáticas á nuestro paso.... Tina en su entusiasmo de hacer ramo de flores silvestres, quiso cortar una guirnalda cuajada de botones y florecitas amarillo salmón, de forma caprichosa, con sus pétalos recogidos en voluptuoso pliegue, y al intentarlo, dió un terrible grito, arrojando lejos su ramo y volviéndose hacia nosotros pálida como cera.

Corrimos hacia ella suponiéndola víctima de la picadura de algún reptil venenoso y con nosotros llegó Juan de Dios, diciendo:

— No se asuste niña, no se asuste; la ha flechado el *rupachico* que aquí llamamos *boca de perro*: eso pasa pronto.

Con esta explicación quedamos tranquilos, aunque sin comprender el significado de la palabra *rupachico*; pero Julio echando mano de sus recuerdos de botánica, creyó poderlo clasificar entre las hortigas—y dando por terminado el incidente del susto inofensivo, continuamos el interrumpido paseo.

Siguiendo las sinuosidades de la cañada que iba enangostándose continuamos avanzando. Juan de Dios quería llevarnos á las grutas del Símbol y nosotros nos dejamos

guiar complacidos, deteniéndonos de tiempo en tiempo para tomar aliento. . .

Después de llegar á las indicadas grutas, que no son tales grutas, sino enormes cataratas de piedra por cuya superficie deslizan centenares de hilos de agua entre variados helechos y opulenta vegetación; después de contemplar á uno y otro lado las matas de caña braba en flor, los matorrales calificados de «barba del diablo», agudos é hirientes si se les toca; después de treparnos á una gran peña playa que parece fuera puesta de cimiento á las cataratas, bulliciosas como los pájaros que pueblan la cañada; después de hartarnos en la contemplación del espectáculo, de agotar los conocimientos de Juan de Dios en la nominación de aquella flora prodigiosa, de destrozar enredaderas, cedrones, salvias, mentas y helechos, nos ubicamos en la misma base de las cataratas á la sombra de seculares cocos y biscotes y allí, en íntimo contacto con la naturaleza, rodeados de cantos y perfumes, abrimos nuestro canasto.

Cualquiera al vernos hubiera creído que hacía meses vivíamos á dieta. Yo renuncié á todo emprendiéndola con los choclos asados en los que aplicaba feroces mordiscos sin alcanzar al marlo mis dientes. •

tan grandes y glutinosos eran sus granos. Comíamos con frenesí. — Julio no me parecía casi un novio: el romanticismo del amor se evaporaba entre las ansias de la glotonería que no pierde tiempo manteniendo la máquina de la masticación en activo trabajo. Tampoco Tina se nos exhibía como la pudorosa é incorpórea vírgen, como esas mujeres problemáticas que viven sin comer, ó como ella misma dos meses antes: nada de preocupaciones de corrección social, nada de maneras medidas y abigarradas; tomaba el choclo á dos manos y hundiendo las hileras de sus diminutos dientes en el amplio beso de sus labios rojos, devoraba y reía, lo que encantaba á mi madre, lo que daba ánimos á Julio, lo que agujoneaba mi apetito y lo que hacía sonreír á Juan de Dios que con su cara de santo viejo, se distraía canturreando alguna letra menos triste que la «Canción de las hojas».

Nada del contenido de la canasta escapó de ser probado: requesón, viscochos, frutas, dulce, una copa de buen vino de Andalgalá y otros detalles, pasaron, entre las filas de nuestros dientes, y los bordes de nuestros labios en gratos rendimientos.

Intentar decir todo lo visto, intentar de-

cir todo lo hablado, es obra superior á mis fuerzas. Conste, sin embargo, que al regresar á la casa, mi madre dió orden de apurar la comida del medio día, cosa que nos hizo reir estrepitosamente.

Alamos no había regresado aun. Juan de Dios me dijo que en caso de venir el patrón, llegaría en la noche ó en la madrugada del siguiente día.

— ¿Suele ausentarse siempre con frecuencia? le pregunté.

— No, señor. Cuando escribe ó lee, suele pasarse aquí semanas enteras.

— ¿Vd. quiere mucho á su patrón, Juan de Dios?

— Hen.... Hen...., ya lo creo, señor! El niño es bueno....

— .... Bueno...! es decir, generoso?

— Ah! generoso y mucho más, señor.

— ¿Cómo es eso de «mucho más» ¿qué quiere Vd. decir?

— Hen.... hen.... que el niño es capaz de dar hasta la vida por prestar un servicio ó salvar á un aflijido.

— Si, eh?—y á Vd. le ha hecho algún servicio semejante?

— Muchos, á más de que él me ha salvado el cuero en varias ocasiones.



— Vamos á ver, cuénteme alguno de esos pasajes,—le dije en tono amistoso.

— Y para qué, señor?—respondióme el viejo.

— Es que soy amigo de Alamos y me complace conocer sus méritos: cuénteme Juan de Dios,—agregué rogándole.

El viejo sacó su mata de chala sobada, envolvió un cigarrillo, y echando una *seca*, dijo:

— Vd. no ha de saber lo que es lidiar con toros bravos cuando hay entrevero de hacienda. En la última corrida no más, el niño me salvó como por milagro. Era un toro barroso negro de los que no *saben* caer al corral, ni con los perros, el que me andaba bombeando sin que yo lo supiera: el toro tenía las astas como aguja, los ojos vivos, *tan alta* la almohadilla y empacón como él solo. Yo hacía el aparte á pié, huasqueando las vacas con mi lazo; habíamos separado muchas, cuando los *changos* me gritaron ¡*échela* á la salpicada! Era una vaquillona que el toro andaba festejando. Me le acerqué y le metí con el rollo un huascazo, y no acabé de recoger el lazo, cuando el maula me *entró*. ¡Guarda ño Juan de Dios! guarda! me gritaron y dí vuelta huyendo á las pircas. Eché por delante un

ternero y aquí me caigo, allá me levanto, mientras tanto el toro me tocaba con las astas, cuando sentí un ruido y de rabo de ojo lo alcancé á ver al *hijuna*... parar las patas arrastrándose de hocico por el suelo. El niño le había puesto un pial fayanco revolcándolo al traicionero que me iba á levantar como pajarito en las astas.

Todavía me hace cosquillas cuando me acuerdo del barroso; pero felizmente anda arando ya el pícaro que por orden del niño lo capamos ese mismo día.

— ¿Su patrón es entonces enlazador?

— Nadie maneja mejor aquí el lazo: Hay que verlo, señor. Así sencillito de cuerpo como és, tiene las fuerzas de un toro y un ojo... un pulso... una serenidad que causa envidia.

— ¿Hace mucho tiempo que vive Vd. á su servicio?

— Y... señor; si yo lo he criado, lo mismo que al *finao*. Yo los traía de la ciudad y los llevaba, al principio, por delante...

— De modo que lo quiere mucho....

— Ya verá, señor; para que se lo voy á decir.

— ¿Y, cuando me va á referir Vd. las otras salvadas que le ha hecho Alamos?

— No ha de faltar ocasión, me dijo re-

tirándose, no sé si deliberadamente ó por casualidad, para hacer bajar la majada que no había vuelto al chiquero desde la víspera.

Volví al comedor encontrándolo á Julio con la « Superioridad anglosajona » en las manos. Había leído los dos primeros capítulos y conocí su entusiasmo por la irradiación de su mirada.

Soy de esos hombres que gozan cuando hallan opiniones hermanas. El libro en tales casos es el amigo común, el amigo sin celos, sin exigencias, dispuesto á toda hora á prestar su caudal de conocimientos, exento de cansancios, siempre bondadoso, siempre igual, incommovible en sus principios, consolador en los días de hastío, sumiso á nuestros caprichos, hablando cuando queremos que hable y callando cuando pedimos silencio, leal como un perro, impasible ante el elogio ó la censura de sus opiniones, manso ante los arrebatos, severo ante las faltas, broche de familia que sustituye al parentesco, vínculo social que procura la reflexión y despeja los horizontes, depósito sagrado del error ó la verdad, de lo bello y santo, de lo feo é injusto pero sin alardes, sin protestas; es la prolongación de la persona y del pensamiento que

lo ha concebido, el reemplazante en carne y hueso que nos pone en contacto con el autor, sirviendo de control á los que convienen con sus ideas; en una palabra: el buen libro es el mejor amigo.

— ¿Qué me dices de Mr. Demolins? interrogué á Julio.

— Estoy con él, Román; voy caminando..

— Pero ¿te gusta el camino? lo hallas bueno?

— Sí, realmente. Me parece por lo que he leído hasta aquí una obra superior, escrita con profunda sencillez y grande acopio de observación.

— Cuanto más la leas, más ha de agradarte,—le dije, y nos sentamos á la mesa.

## X

**P**ASAMOS el día; llegó la noche y Alamos no había venido.

Yo mismo comencé á sentirme inquieto con su ausencia. A los cinco días no me fué ya posible resistir. Llamé á Juan de Dios, le pedí un peón y lo mandé en busca de Alamos con la siguiente carta:

« Querido amigo :

« ¿ Ha resuelto Vd. abandonarnos ?

« ¿ Esta Vd. enfermo ?

« ¿ Nada tiene que hacer en el Peñón ?

« ¿ No nos echa Vd. de menos ?

« ¿ Sus ocupaciones son allí tan graves ?

« A este paso si Vd. no quiere dejarse ver, tendremos que ir en su busca y ¡ sabe Dios ! al fin, le hemos de hallar.

« Estamos francamente inquietos, deseosos de verlo.

« ¿ Sería tan amable que nos diese con el gusto ?

« Hemos recorrido su casa en todas direcciones ; hemos registrado la quinta planta por planta ; hemos ido en las mañanas al corral y en las tardes al chiquero, viendo ordeñar vacas, cabras y ovejas ; hemos estado en las grutas del Símbol, en el Lamedero Grande, en la Rinconada ; hemos pretendido pasear á caballo y no lo hemos hecho ; pero eso se hará ; oh si ! se hará cuando lo tengamos á Vd. en nuestra compañía.

« Suma total : muchas cosas hemos hecho, todas incompletas á causa de su ausencia.

« Mi madre experimenta cierto desasosiego y yo le digo : Ya vendrá.

« Bien, pues, mi amigo : si Vd. no quiere verse buscado en esa residencia del « Durazno » que según Juan de Dios es bastante bonita, véngase, ó por lo menos háganos saber cuando regresará.

« Con los afectos de todos los de esta casa, le saluda su amigo.»

La contestación no se hizo mucho de esperar. Estos peones galopan por las lomas con mayor confianza de la que nosotros demostramos recorriendo un salón. El « Durazno » está á una legua de distancia de el « Peñón », siendo dependencia de la estancia.

He aqui la contestación de Alamos :

« Estimado amigo :

« Agradezco su carta y su contenido.

« Supuse que estarían Vds. mejor y con más independencia, lo cual me indujo á ocuparme de mis plantaciones de tabaco ; pero dada la muy grata sorpresa de ser allí deseada mi presencia, iré esta noche y quedaré todo el día de mañana á sus órdenes.

« Quiera presentar mis respetos á las señoras, á Portales y Vd. aceptar la particular distinción de su amigo

PEDRO JUAN ALAMOS.»

Leí esta breve carta en voz alta y aunque la conversación continuó animada, tengo la certidumbre psicológica de que fué comentada por cada uno de nosotros á su modo, según su propia inspiración.

Por mi parte, no debo ocultarlo, ví en esos pocos renglones un montón de filamentos sutiles. «Supuse que estarían Vds. mejor...», si pues, dejemos libre el campo al jóven Portales que no ha de ser un visitante platónico, y aunque lo fuese, desde que nosotros no nos presentamos á la liza, es más propio, más caballeresco ahorrar falsos conceptos, actitudes interpretables... «pero dada la muy grata sorpresa...» ¡No, comprendo! Para ser «muy grata» y no tener ningún interés, ó hay palabras de más, escritas sin conciencia suficiente, ó lo dicho revela netamente un estado de espíritu que comienza á inclinarse, á calentar las zonas frías del alma... Manifestarse agradecido, hallar sorprendente lo más natural del mundo, nuestros buenos oficios para con él, dado su carácter frío, la invariable medida de sus palabras, páreceme estar fuera de toda exageración, precisamente por ser Alamos el menos exagerado de los individuos que yo conozco. Siguiendo este procedimiento por eliminación,

entra á figurar como objeto principal de esa carta mi hermana Tina, descartando la posibilidad de arrancar frases alimbaradas mi madre, y mucho menos, por cierto, Julio ó yo.

· Sin embargo, estos castillos, estas conjeturas se desmoronan fácilmente con la frase: «...quedaré todo el día de mañana á sus órdenes», la cual, vertida en pasiva, quiere decir: « pasado mañana estaré de regreso ». Nos concede pues un día, nada más que un día y en tal caso las plantaciones de tabaco requieren esencialmente allí su presencia ó quiere volverse por «no turbar dulces idilios ». Encuentro en el fondo algo de contradictorio para mí difícil de explicar, algo de negativa con la parte terminal de la proposición: « pero dada la muy grata sorpresa de ser allí deseada mi presencia....»

Mis cavilaciones me llevaron donde van todas generalmente: al laberinto. Confirmadas mis sospechas, el conflicto quedaba á las puertas; eliminados por la intervención de hechos fuera de toda interpretación, continuaba el conflicto sin más que un simple cambio de escena. Más claro aun: si Alamos ha empezado á pensar en Tina, él ó Julio, será la víctima, y mi amistad con



uno de ellos ha de romperse: después de una calabaza la amistad del hermano es incompatible; tal me lo figuro. Si por el contrario permaneciese Alamos como lo he conocido, como me resultaba después de escucharle su «novela amarga», un hombre frío, descreído, un bloque de nieve, un peñasco de estas montañas, y quisiese nuestra desventura que la alma de Tina se le consagrara.... ¡Dios nos libre! Él no es capaz de ceder, ni ella tampoco; pero él, como la piedra, como el bloque, sería insensible, en tanto que ella, la pobre niña, la criatura delicada y amante se consumiría en su pena, se fundiría en su dolor despedazándose su alma como mísero cristal.

Después me dije: ¿y ella qué pensará? Pero este ángel no me abre sino á medias las puertas de su corazón. Tal vez mi madre pueda penetrar en ese santuario de la pureza, llamar á sus altares y quejarse ó consolarse de la suerte; mas yo, el hermano y amigo le está vedado franquearle: soy como el sacristán; tengo derecho á la iluminación, no al sacrificio y la consagración reservada al sacerdote....

Poco á poco el extravío de mis ideas iba acercándome á los dominios del disparate: empecé á pensar extravagancias, co-

sas limítrofes entre la cordura y la insensatez y entonces puse todo el vigor de mi voluntad en espantar las visiones que me asaltaban; retiré mi mente de la carta cuyos renglones me pedían nuevas conjeturas y volví á tomar la conversación, no en *vorstellen*, como dicen los alemanes, en aprehensión, sino con todo el dominio de mis facultades perceptivas.

Era una conversación flaca, anémica, descolorida, compuesta de interlocutores, si no dominados, bastante ocupados con ideas fuera de escena, una conversación como mate *chuyo* (1), (dispénsenme el uso de este vocablo que tan bien expresa mi idea) sin gusto, á la que por mí mismo traté de infundirle un valor artificioso.

Propuse un juego de ingenio, una *Halma Hecka*, sin éxito; propuse un paseo á la quinta, propuse... ¡que diablo! propuse muchas cosas y viendo tanta pereza mal disimulada, tomé mi sombrero, eché al hombro mi escopeta y morral y la emprendí loma abajo en busca de loros barranqueros á quienes no tenía el gusto de co.

---

(1) Se dice del mate que ha circulado muchas veces sin cambiarle la yerba, siendo voz muy usada en Catamarca.

nocer, pero cuya carne se me había recomendado como bocado exquisito.

Trabajé como un esclavo en idas y venidas tras de los dichosos loros; oía sus gritos guturales, mas no podía dar con ellos. Salté barrancos, salté cercados; recorrí zanjones profundos, hermosos, paradisíacos; me embarré de lodo hasta las rodillas y á las dos horas de empretinado afán, tuve la satisfacción de encontrar seis ú ocho de esos verdinegros animalitos á quienes apunté, con el aliento apenas contenido, pues sentía grande agitación por la puna é hice fuego. Creí haber volteado cuatro ó cinco de la bandada, conformándome al fin con la evidencia de ser solo uno el muerto, cuando me hube fatigado de registrar inútilmente el arbol, las ramas, el suelo y los matorrales.

Me fué imposible disparar el otro cañón de mi escopeta: no había loros, aunque conversaban por todas partes, al frente, á mi espalda, á izquierda y derecha. No soy tan mal cazador ni soy impaciente, viéndome á pesar de esto obligado á confesar que la cacería de loros barranqueros es problema de primera magnitud para el que ignora (como yo ignoraba) donde hallarlos.

Es cacería también para la cual resulta inútil la escopeta.

Cuando regresé á casa, entrada ya la noche, Alamos había venido. De mi morral vacío salió el loro, bastante marchito, dando material á ruidosa farsa.

— ¡Un loro, nada más que uno!

— ¡Debe haber muerto de enfermedad!

— Si, si, todavía se nota la tristeza de su semblante.

— ¡Qué tristeza ni que niño muerto! Véanle las heridas...

— ¡Pero si está duro como un palo!

— Está frio. Es muerto de ocho días!

— ¡De ocho días...!

Las risas venían al final de cada chascarillo y aunque Alamos participaba de buena gana, se abstuvo de decir nada.

— Pero, Román, exclamó Julio ¿no te había dicho Juan de Dios que los loros abundaban como arena?

— Si, y yo lo creo, respondí. Pero, agregué, no me ha dicho la manera de encontrarlos: son mirlos blancos; cuesta un sentido.

Una triple carcajada de Julio, mi madre y Tina saludó mis palabras, y como la farsa comenzase á serme enojosa, intervino Alamos poniendo orden en la situación.

— Efectivamente, dijo, estos loros no se les encuentra en los árboles, ni se les caza con escopeta. Se les llama barranqueros porque hacen sus nidos en las barrancas, en agujeros ó huecos á bastante altura del suelo, confundiéndose á veces su color con la sombra de los agujeros donde cuidan sus pichones.

Para tomarlos descolgamos al cazador con un lazo á la cintura, suspendiéndolo al nivel de los nidos. Este, liada en trapos la mano para evitar las mordeduras y hurgando con un palo la cueva, los va tomando á medida que salen, arreando en seguida con los pichones cuya carne es igualmente sabrosa y por cierto, mucho más tierna.

— ¿Entonces eso se puede hacer cualquier día?

— Si, cualquier día, aunque la operación es algo enojosa y no destituída de peligros ó por lo menos de sustos.

— Como así, le dije, ¿porqué?

— Esos nidos suelen ser visitados por culebras ó víboras afectas á huevos tiernos ó pichones recién nacidos, y cuando el cazador se da con ellas, no teniendo como huir, pasa naturalmente un mal rato. Mañana haremos, si gustan, cacería de loros

negros, aunque todavía no están gordos

— ¿Y porqué? preguntó Julio.

— Porque no han madurado todavía las frutas, ni los maizales.

La presencia de Alamos restituyó la vivacidad de toda la casa. Yo mismo me sentía más contento, más hombre, más capaz de cualquiera empresa, contando con semejante compañero. ¿Qué he de decir de mi madre? Estaba satisfecha, satisfechísima, como si el complemento hubiese llegado. Tina demostraba menos complacencia, así como una complacencia meticulosa, y Julio que leía en nuestros semblantes las letras de la bienvenida exenta de pena, manteníase en cierta reserva, sin explosiones jubilosas como las mías, ni frialdad notoria como la del loro de mi morral.

La comida fué servida teniendo la satisfacción de vernos acompañados por Alamos, cuya conversación sin aparato, sin esfuerzo, sabe presentar temas nuevos, interesantes y no raras veces instructivas. La buena conversación, la bella conversación no es común en las gentes. Son atributos, virtudes naturales ó adquiridas que constituyen un adorno encantador. No depende tanto de la ilustración, cuanto de la gracia y la frescura. Asuntos viejos y vul-

gares los he visto ennoblecidos, rejuvenecidos en la boca de ciertos hombres y de algunas mujeres, lo diré también, dotados de ese don particular, de hacer gozar hablando y de hacer hablar al interlocutor. Así hay otros, los eruditos, los solistas, tiburones que espantan, glotones de la paciencia ajena, sepultureros de la alegría, que se gozan en exhibir bagajes conocidos, en oírse, en encantarse de su propia voz, mortificando; pero á Dios gracias! en el Peñón corren otros vientos para bien del alma y consuelo de los sentidos.

Durante la comida y debido á Julio, cayó la conversación sobre cuestiones de historia. Jamás he visto fisonomía más radiosa que la de Tina á quien se proporcionaba la ocasión de revelar sus progresos en presencia de su inspirador, partidario acérrimo de las fechas. Los tres períodos de la «Guerra del Peloponeso, con la muerte de Pericles en 429 a. de J. C., fueron anotados por mi hermana á solicitud mía, probándonos luego estar al cabo del siglo de oro que tan rico material ha proporcionado al paciente autor del «Viaje de Anacársis».

Pintores, poetas, escultores, matemáticos, oradores, famosos guerreros, desfilaron en lucida revista al par de la filosofía y las

costumbres de aquella época monumental, sorprendiéndonos Alamos con la profundidad de sus conocimientos, usados con tanta oportunidad como parsimonia. Pero las conversaciones de mucho fondo no son las más aparentes en círculo de señoras lo cual indujo, probablemente, á nuestro amigo á imprimirle su insensible derivación sobre temas de mayor actualidad.

Serían apenas las diez de la noche cuando Alamos se retiró, siguiéndole Julio. Cambiaron ellos breves palabras y juntos se alejaron hacia el campo, perdiéndose en la oscuridad.

Qué hablaron, no lo sé. Sin embargo, debieron hablar mucho porque á las doce de la noche, aun no habían regresado. Yo leía en la cama escuchando el menor rumor, con mi mente distante del libro, conjeturando, anheloso de sentir su regreso. Las horas se iban lentamente. Por último, el sueño se apoderó de mí y esta alma, esta actividad, estos choques nerviosos descendieron á la vida sin pensamiento entregándome á los senos del no ser.

A la mañana siguiente, una mañana diáfana, luminosa, serena, poblada de cánticos alados y frescuras aromáticas, inquirí en los semblantes las razones de mis conjetu-



ras. Alamos era el mismo de la víspera ; atento, afable, medido. Julio resplandecía ; sus ojos de fulgores penetrantes derramaban rayos de alegría, de una alegría cariñosa, comunicativa ; diríase algo infantil por cierta dulzura espontánea. En cambio los ojos de Tina estaban llenos de misterio, con ojeras azuladas que indicaban desvelo, brillantes de alma, de efluvios meditabundos, de irisamientos vacilantes, indecisos. ¿ Habríase acaso para ella librado la gran batalla ? Alamos y Julio hánse ocupado de ella ? ¿ Porqué se halla Julio contento y Alamos el mismo á continuación de aquella conferencia ? Los ojos, los semblantes son como los clisés del invisible artista : retratan la última impresión, el último estado de alma, las alegrías ó las tristezas, los delirios de la victoria ó las angustias de la derrota y,— esos ojos que veo, me hablan su lenguaje sin palabras, y me hacen pensar que Julio queda dueño del campo, no como combatiente triunfante, sinó como gladiador sin enemigo, fuerte en la arena, confiado en la nobleza y justicia de su fuerza, en la legitimidad de su derecho. ¿ Y esa débil mujercita, ese ángel de exquisitas ternuras que dirá contemplando lo que yo veo ? Ella es agente y paciente, arma y campo

de lucha, sensación objetiva y subjetiva, corona ofrécida y víctima de sus inquietudes, principio y término, término y principio, ideal buscado y peregrino de un ideal y si como en *Espírita* se han cambiado las almas ¿si Julio no es más Julio y Alamos fuese la secreta luz ardiendo en el ara misteriosa? Ella no tiene porque padecer; su alma cándida ha vivido sin herir, y si el sufrimiento fuese, á pesar de todo, su línea y su horizonte ¿qué sería de mi pobre hermana?

Como los mosquitos de los días húmedos se pegan sobre la piel por mucho que se les espante, así se aferraban en mi mente las imágenes pensaras, brotando, borboteando unas de otras cual sombras estaminadas. Logré, no sin esfuerzo, despertar á la vida palpitante.

Juan de Dios estaba ya listo para la carcería de loros con un muchachón de quince años, de curtido rostro, su hijo, dispuesto á dejarse colgar de la cintura. Emprendimos la marcha, después de concertar con las señoras que irían á esperarnos en las vertientes del Ciénego, donde comenzaban las barrancas y zanjones.

Ya antes había tenido ocasión de observar que las lomas estaban sembradas de

restos de tejas y objetos de alfarería. Como íbamos á pié, nos ocupamos de recoger cantidad de trozos, unos de fondo negro y listas coloradas, otros amarillosos de listas blanquizas, algunos colorados lustrosos y entre ellos dos que conservo en mi poder por contener imágenes completas. El uno tiene un busto íntegramente pintado, de escasa frente, ojos oblicuos, boca de labios grandes y gruesos, nariz aplastada y bandós sobre las orejas; los brazos se cruzan sobre el seno y aunque la fisonomía es fea, recuerda cuando menos las simpatías de una época histórica. El otro lleva series de volutas elipsoidales de color negro sobre fondo colorado lustroso.

No cabe duda que son fragmentos de vasijas usadas por la gran familia calchaquí.

Llamándonos la atención aquella abundancia de fragmentos cubriendo literalmente el suelo, la clase de obra de una riqueza de fabricación admirable, pues su consistencia, su lustre y tersura revela obreros de primer orden en materia de alfarería, opinamos con Julio que el Peñón debió ser en tiempos remotos la residencia de algunas familias pudientes, sucesoras talvez de los hijos del Sol, los nobles y valerosos Incas.

Alamos no confirmó, ni negó nuestras hipótesis, pero nos dijo poco más ó menos:

— Conozco casi todo el Ambato, más de veinte leguas de largo por tres á cinco de ancho; he recorrido el valle de los Angeles, el del Potrero, la Calera, el Tala, Fariñango, el Rodeo, las Juntas, los Puestos, Pucarilla, Singuil, Humaya y otros varios; he andado en las cumbres y los faldeos desde niño y francamente, como ven Vds. aquí los restos de vasijas de barro cocido, así se encuentran en todo el Ambato...

— Eso manifiesta que el pueblo calchaquí ha sido numeroso, observó Julio.

— Ah! si, muy numeroso y muy antiguo debe haber sido, cuando ha sembrado los cerros con los fragmentos de sus ollas, tiestos, huirquis y mil objetos de alfarería de usos distintos. Ha debido vivir siglos, varios siglos para que los restos de sus utensilios de cocina hayan podido así cubrir tan vasta extensión no interrumpida, sin ser necesario recurrir á otros antecedentes para confirmar esta suposición. Bastaría pensar cuantos años habría menester una familia, viviendo la vida ordenada y pacífica de aquellos tiempos, para que los objetos de tierra cocida, quebrados involun-

tariamente, (siendo inadmisibile la suposición contraria) llegasen á cubrir una hectárea de suelo en estas lomas, donde las aguas torrenciales modifican constantemente su estructura; bastaría pensar eso teniendo presente que el Ambato está cubierto de esos fragmentos para adquirir la convicción de que el pueblo calchaquí ha sido tan antiguo como numeroso.

— ¿Y estos ojos oblicuos que veo en la teja, insinué,—no recuerda similares del otro lado de Behering?

— Yo creo como Vd., contestóme Alamos. Los caracteres fisonómicos corresponden del mismo modo que la forma de las vasijas. Comparando los maceteros chinos con los incásicos se encuentran semejanzas innegables.

Los antecedentes etnológicos dirán otra cosa, pero jamás llegarán á persuadir de que no hubo contacto entre la mas antigua civilización de oriente con la de occidente: creencias religiosas, costumbres políticas y civiles, gremios privilegiados, utensilios, armas, instrumentos de música de una y otra, revelan cierto origen común que me parece incontestable. El diferente clima, topografía del suelo, producciones naturales, medios de comunicación han de-

bido influir en largas épocas históricas para establecer diferencias más ó menos sensibles, como las resultantes del idioma, sin que ello nos autorice á negar esé contacto; ni talvez el origen común de las razas que según Blundtchli comenzó en la meseta central del Iran. Tengo en mi poder unos cuantos objetos, ídolos, flautas, cuños, sortijas, mates (también de tierra cocida), ruedas de huso, bajorelieves burilados en tierra, piedra ó cobre que indican, en mi sentir, esas comunidades de origen ó contacto, como tengo una cabeza de cuadrúpedo en tierra cocida que más de una vez me ha hecho pensar en épocas prehistóricas. Soy poco dado á estas cosas de paleontología y antropología, pero cuando se habla del calchaquí, del antiguo y valeroso habitante de estas montañas, me siento conmovido, inclinado á las divagaciones, indignado con la bruteza de los conquistadores, con esos bárbaros de la civilización cristiana, insensibles á la compasión, sordos al clamor de las esposas, duros y crueles ante el heroísmo de los hombres, las mujeres y los niños. ¡Felizmente no queda al conquistador una cuarta de tierra en América!

— Se ve que Vd. no es muy partidario

de la confraternidad hispano-argentina, — le dije sonriendo.

— Si, no soy, francamente, ni de la mutilación de nuestro himno nacional, segunda página sombría de la historia de esta tierra!

— Pero, la comunidad de lengua...

— ¡Una triste comunidad que nos recuerda minuto por minuto los martirios, las humillaciones, los vejámenes, el retardo culpable de nuestro progreso, la diferencia profunda de tendencias, ahogadas en ríos de sangre que hoy se convierten artificialmente en espumoso champagne para festejar sin amor, sin comunidad de ideales, abrazos y besamientos hipócritas, no sin cobardía de nuestra parte que tan pronto fingimos olvidar el brutal sacrificio de una raza sin dobleces y los coronamientos de la epopeya que no ha sido todavía cantada con las grandezas que merece, con los tonos del Ramayana, de la Iliada,—de los grandes testamentos históricos que recuerdan á vírgenes y héroes defendiendo el honor y el patrimonio nacional.

Nunca había visto á Alamos tan soberbio, tan rudo. Él comprendió nuestro asombro y serenándose, nos dijo:

— ¡Perdónenme: es lo único que me

irrita. Amo demasiado á mi tierra para olvidar tan pronto que la tal fraternidad brinda una copa rebalsada de amarguras americanas.

Casualmente yo, más de una vez, he pensado que esos abrazos son dados en nombre de los 300.000 residentes á quienes hospedamos caballerescamente, dispensándoles amistosas finezas.

Momentos más tarde, Lucho, el hijo de Juan de Dios, era fuertemente atado por la cintura y largado sobre un barranco de treinta pies de altura. El viejo prendió la presilla del lazo en una mata de romerillo y fué á ponerse de barriga en el borde del barranco, gritándole al hijo: « forrate bien la mano », « *hurgálo* con la izquierda », « *hacé* pié en la *rajadura* », « *abrí* el ojo Lucho » (subnombre de Luis), y frases por el estilo, mientras el muchacho oscilando de uno á otro lado, procuraba encontrar punto de apoyo en la pelada cara del barranco.

Nosotros bajamos al fondo á esperar los loros. La empresa adelantaba bien poca cosa; no se oía ni la más pequeña frase de parte del enemigo en la cueva donde iba el ataque. No se desalentaba tampoco el muchacho que había logrado hacer pie



y registraba la cueva con el palo llevado en su izquierda.

El primer habitante en fuga fué un «*humucuti yuto*», ó lagarto gris de cola des-puntada, de treinta y cinco centímetros, quien la emprendió cómodamente por las paredes del barranco, sin más que un «erre diablo!» de Lucho y una volteada de cuerpo que lo puso nuevamente en oscilación. En seguida se dejaron oír débiles glog, glog y la alegre risa de Lucho diciendo: ¡aquí están, aquí están! Luego los glog, glog más claros y ya uno, ¡paf! un golpe, una torcida de cogote y al suelo, luego otro y otro, palo aquí, puñetazo allá, loros volando, otros cayendo, nosotros ultimán-dolos, Lucho oscilando como péndola, tra-tandò de no dar la espalda, de impedir las escapadas. Glog, glog! y más palos y más puñetazos y torcidas de cogote. La cacería prosperaba, pero sin pichones. Teníamos doce ó catorce loros á nuestros pies, Julio un buen mordisco y yo dos con desgarradura; la diversión, sin embargo, era viva, corriendo aquí, corriendo allá, tras de los loros arrojados por Lucho, algunos de ellos exhalando todavía después de muertos sus glog, glog, santo y seña, probablemente, otros con el pico entreabierto dejando ver

su lengua negra, redonda y seca, con los ojos entrecerrados, las garras fruncidas, las palpitaciones inertes y de más arriba los gritos de Juan de Dios, « *pegáale á ese* », « no te *muevais* mucho », « se vá, se vá », « buen muchacho » « ¡ guarda ! » y palo y puñete limpio y risas abajo y ¡ glog ! ¡ glog ! adentro, en la cueva.... Después, Lucho hurgando con el palo, corto silencio ; mete el brazo entero y arreña dos pichones, llenos de tierra; dos mas, uno mas, con sus canutos en ciernes, su cogote pelado, su cabeza ridícula y ¡ trabaja que trabaja !

De repente grita el viejo ¡ se corta el lazo ! ¡ cuidado ! No acabó de decir, cuando Alamos empujándome violentamente ocupó mi lugar bajo el muchacho que se venía; púsole el brazo y amortiguó el golpe que de otro modo hubiera podido tener alguna desagradable consecuencia.

En las oscilaciones el lazo había estado rozando el borde agudo de una piedra, como pudo comprobarse ; mas no habiendo desgracia que lamentar, se recogió la lora da y sudando mares nos fuimos en busca de mi madre y Tina á las vertientes del Ciénego. Allí nos bañamos, devorando enseguida los famosos choclos y pasando á la sombra de los nogales la verdadera ma-

tinée, la mañana desbordante de grata calma.

Pero, esos ojos de Tina seguíanme hablando ¡ tantas cosas !

Al volver encontramos en casa la correspondencia mandada buscar á la ciudad.

... Todos teníamos cartas, Julio de su padre, nosotros de nuestras amistades. Había periódicos, modas, suplemento y novelas de « La Nación », « Caras y Caretas » de Buenos Aires y periódicos locales.

Julio leyó dos veces la carta de su padre, la guardó y se quedó mirando la dorada cumbre del noreste distraidamente, mientras nosotros abríamos los periódicos y nos engolfábamos en las noticias de allá, el *día social*, las fiestas de Mar del Plata.

— ¿ Buenas noticias, Julio ?—díjele.

— No del todo. Papá me llama y aunque no hay urgencia, tendré que irme antes de lo que pensaba.

Todos volvieron hacia él los ojos y mi madre le preguntó :

— ¿ No hay enfermos ?

— No, señora, felizmente,

— En tal caso le haremos quedar.

— Oh ! muchas gracias ; pero no será posible.

Este brevísimo cambio de palabras me

dió lugar á nuevas observaciones. Tina se puso pálida, indicando los movimientos de su seno la agitación interior que aquella noticia le causaba.

Volví yo á creer que Julio ocupaba la mayor parte de ese corazón, sino el todo, no habiendo encontrado mejor explicación de lo que reflejaba el semblante de mi hermana. El de Julio empezó á nublarse de vaga tristeza, una como mezcla de tristeza y contrariedad que no conseguimos disipar en el resto del día, no obstante los más vivos esfuerzos de mi parte.

En la noche le preguntó Alamos el día fijado para su regreso, lamentando su próxima ausencia que le privaría de conocer muchas cosas de carácter esencialmente local, agregando :

— Ojalá, mi amigo, pudiera regresar pronto. Correría por mi cuenta el resarcirle los sacrificios del viaje y la residencia en estos pobres ranchos que han de ser siempre suyos.

Julio agradecióle vivamente, diciéndole que deseaba marcharse para alcanzar el tren del lunes.

— De modo que se nos va Vd. el domingo. Espero me complacerá viajando en

mi caballo : irá Vd. con la mayor comodidad.

Al retirarnos en la noche á nuestros cuartos, vínose Julio conmigo. Paseóse primero largamente sin desplegar los labios ó contestando monosílabos. Nada me decía del contenido de la carta recibida en la mañana, pero al último, volviéndose bruscamente, me dijo:

— No sé lo que me pasa, Román ; necesito hablar, desahogarme de un mundo de preocupaciones, y tú, mi amigo, mi único amigo, eres el hermano de Tina. Yo me encuentro solo, sin tener con quien hablar ciertas cosas, discutir las, ilustrarme, aconsejarme. Tu sabes perfectamente á que he venido. Mañana cumplen quince días á que se me tiene sin contestación. No es eso, con todo, lo que más me inquieta, lo que viene torturándome sordamente. Con tu consentimiento, con tu aprobación expresa ó tácita y con la más honrada intención he venido tras de élla. En mi casa como en la tuya aprueban este propósito. Tina misma me ha dispensado consideraciones que me autorizaban desde largo tiempo á creer, á esperar con fé el momento decisivo. No hemos hablado de nuestra unión, es verdad, antes de ahora; pero nuestra conducta la

dejaba presumir. No he caído en la vulgaridad de las declaraciones románticas, de las ternezas amarteladas, fiando á la nobleza de mis actos, á la firmeza de mi carácter, á la delicadeza de mi honor, á la lealtad de mi amistad, lo que otros prometen en el vocabulario desgajado del tenorio, del dretido admirador. No me interrumpas; te lo suplico. Tina era una niña, una locuela, cuando yo fijé mis ojos en ella; tu lo sabes. He esperado verla mujer para solicitarla, importándome nada que fuera sana ó enferma; tenía hecha mi resolución irrevocable. Tu carta última decidió mi venida, anticipando mi resolución de pedirla. En mi familia se dá por concluído el asunto, no se duda de mi suerte. Llego y desde el primer momento hago mi pedido. No diré que he encontrado un rival triunfante, ni que se me rehusa. Ni una palabra se me ha dicho para inducirme á pensarlo; pero á nadie, sin ser excesivamente torpe, le falta la visión que penetra y desmenuza el fondo real de las intenciones, sin necesidad de apelar á palabras ó declaraciones categóricas. Tina misma no ha variado para mi exteriormente. Sin embargo, me ha parecido leer en su semblante, en el arco de sus ojos, una indecisión que me espanta. Yo

no quiero, no consiento en verme rechazado. Es para mi igualmente inavenible la idea de postergar y veo que el rechazo ó la postergación va á introducir el mayor trastorno en mis ideas. No me arrepiento de haberla pedido; me duele, si, haberme anticipado. Un día de retardo, algunas horas habrían bastado para modificar mi actitud. No es cuestión de amor propio ó de orgullo; es algo que vale infinitamente más, puesto que abarca todo mi corazón y toda mi dignidad. He hablado con Alamos, resuelto á todo; hemos hablado largamente, como dos buenos amigos que afrontan con igual serenidad la vida ó la muerte; me ha referido su historia y ha concluído diciéndome: «Que quiere, mi amigo; dicen que no tengo corazón; debe ser así, pues yo no lo siento». Y bien, Román; esto es lo que más me aturde. Habría deseado, ó mejor dicho; he deseado encontrar en Alamos un rival. Me consolaba la idea de hallar en quien hacer gravitar el torrente de mi dezazón, á quien culpar.... ¡ mil demonios! como salir de la apretura que me ahoga.... ¿Cómo me voy á ir? Mi padre no me llama; me advierte que llegan allí noticias..... me insinúa la conveniencia de mi regreso, me exhorta á ser prudente... Dime Román, dime pensan-

do en que eres mi único amigo, dime prescindiendo de la circunstancia de ser hermano de ella, hablando como un hombre formal y honrado ¿qué harías tu en mi lugar?

## XI

**D**ESPUES de tres días vuelvo á tomar la pluma, tres días largos, borrascosos adentro y afuera, tres días amargos, salobres, inesperados.

Los nublados arrojaban la neblina hasta los cuartos; de una punta de la galería á otra, apenas se percibían nuestros bultos. Las palabras parecían brotadas del abismo plomizo que nos circundaba. A intervalos desplomábanse las nubes y rugían los arroyos arrastrando grandes peñascos que hacían temblar la tierra, mientras arriba el trueno, el gigante del espacio golpeaba los altos mogotes repercutiendo larga y sordamente, arrastrándose y estallando de tiempo en tiempo en profundos cañonazos que se perdían á lo lejos como rumores de batalla.

La tormenta interior era menos estallante, menos estrepitosa, pero con neblinas tan densas que hacían más negra la oscuridad.



— Julio va á marcharse, dijo mi madre á Tina; es preciso, es justo que te decidas, por él, por tí, por nosotros.

— Siempre estuve decidida, como lo estoy ahora. Estimo tanto á Portales en este momento como ayer, como el mes pasado, como el año anterior...

— Y entonces ¿porqué hacerle esperar? ¿porqué no contestarle desde luego aceptando?

— ¡ Perfectamente !.. Contésténle que agradezco de toda mi alma pero que me es imposible aceptar el favor.

— Ah ! pero entonces tu no le estimas...

— ¿Qué no le estimo? Vaya un error! A nadie estimo tanto como á él.

— ¿Siendo así porque te niegas?

— Porque una cosa es la estimación y otra ser su mujer.

— Querida Tina, dije yo interviniendo, hablemos con franqueza ¿Encuentras algún defecto á Julio?

— A excepción de su dedo meñique torcido, mas le encuentro exesos que defectos. En esto me parece estar conforme con Vds.

— No te comprendo, repliqué mordíendome el labio. ¿Cuáles son esos excesos? Bebe, juega, es inmoral?

— No, por cierto,—que yo sepa al menos.

— Y...¿entonces?

— Mi hermano me somete á interrogatorio, mamá y yo debo responder humildemente, dijo Tina volviéndose hacia mi y agregando: es, por ejemplo, excesivamente buen mozo ¿no es verdad?

No supe que responder; ella lo notó y riendo causticamente, continuó: ¿no vé Vd. mamá? Román queda convencido....

— ¡Bonita manera de convencer! Si tal cosa fuera un exceso á donde iríamos á parar? Cítame un exeso, es decir un defecto.

— Defectos no; exesos, si. Allá va otro. ¿Es ó nó Julio excesivamente cuidadoso de sí mismo, algo así como un buen mozo en fanal, como un narciso de corte moderno, con alto cuello, barba en punta, cabellos perfumados y sonrisas etereas?

— Por Dios, hablemos seriamente, exclamó mi madre. Julio va á marcharse: formalmente ¿rechazamos su pedido? Novios como Julio hay muy pocos: carrera hecha, fortuna, buen mozo, moral en sus costumbres....

— .... y otras muchas virtudes que es excusado nombrar, dijo Tina interrumpién-

dola ; pero no me gusta el *novio* para esposo aunque idolatro al hombre para amigo.

— Te quedarás á vestir santos porque cuando se sepa que tu has rechazado á Julio no habrá otro que se atreva...

— Los vestiré y muy bien. He pedido tiempo para reflexionar mi contestación : he pensado bastante ; es claro, iba en ello mi porvenir y es muy deliberadamente, así, hecho pedacitos y recompuesto el asunto, que me he persuadido de serme imposible aceptar el favor de nuestro estimado Julio...

— Y dime Tinita, dije disimulando no mi enojo, más bien mi decepción—¿ porqué has permitido á Julio abrigar esperanzas?..

— ¿Permitido? ¡ nunca ! Le dispensé toda mi amistad, con el mismo fervor que tu le tienes ; pero jamás otra cosa, ni por palabras, ni por actitudes.

— ¡ Es tan buen mozo, hija,—observó mi madre al rato, sentidamente.

— Conteste, entonces, mamá, que acepto.

— Muy bien ; contestaremos que le quieres y que aceptas.

— No, mamá ; que le quiero, no : que acepto, si. Hay en esto una fundamental diferencia.

Así fuimos envolviendo y desenvolviendo

palabras y más palabras mientras Julio esperaba en su cuarto y la lluvia seguía cayendo y las nubes empujándose en negruzcos pelotones.

Yo me paseaba tal como un centinela encargado de evitar la salida y la entrada en la carpa del General, buscando, buscando y buscando inspiraciones que me negaba obstinadamente el cerebro. A veces pensaba que Alamos era el autor del desorden, el que torcía las inclinaciones de Tina, pero entonces su « novela amarga » se me presentaba á la mente y me gritaba la confidencia hecha á Julio : « dicen que no tengo corazón ; debe ser así, pues yo no lo siento ».

¡ Que ese hombre no tiene corazón ! Si no lo tiene ¿ cómo es que se apiada de la desgracia ajena ? ¿ cómo es que le adoran sus peones ? ¿ cómo es que sus ojos se llenan de lágrimas cuando recuerda de su hermano ? ¿ cómo es que ama á su tierra con tanto calor y vehemencia ?

Luego mis reflexiones me conducían á otro terreno. Debemos contestar á Julio, hoy mismo ; las esperas van tomando cierto sesgo sangrientamente ridículo ; mi situación personal no es ya la del amigo ; soy el jefe de la familia, el que asume la responsabilidad, empezando á creer que me

inclino del lado de Tina; que Julio, mi amigo de la infancia, no es ya ese amigo, sinó simplemente un molesto y acicalado caballero, imprudente por demás, empeñado en casarse con una mujer que no lo quiere, abusando de nuestra amistad para obtener por nuestro intermedio lo que él debió conseguir ganando el corazón de mi hermana, cosa bien fácil si el nuestro estaba ganado...

Pero, no señor; sin alzar bandera de parlamento se acerca y nos presenta su petición... No, no entiendo yo así las cosas. Con las mujeres aunque sean enfermas del pulmón, como Tina, hay que conquistarlas con Eros á la cabeza, no con recomendaciones. Inútil es ser buen mozo, tener carrera hecha y fortuna.

¿Qué es lo que enamora á la mujer? Sobre este tema se podría medir la resistencia de la oratoria dominante. ¿Es la fisonomía ó la inteligencia? ¿Es la figura humilde ó la soberbia? Lo afeminado ó lo varonil? La riqueza ó la gloria? La generosidad, la mansedumbre, la modestia, el talento para hacer versos ó discursos, el baile, la equitación, los ojos negros, verdes, pardos ó azules, la barba rubia ó negra, los cuerpos atléticos ó escasos, el metal de

voz, el carácter dulce ó áspero, el desdén, la oficiosidad, el valor, la gracia, el misterio... Megacles debió dar su hija al mejor jóven de la Grecia. Al favorecido le faltaba sólo un triunfo. Había vencido en todo: la palestra era suya y la hermosa vírgen su premio. Comenzó el baile, pero el afortunado en vez de la danza pírrica quiso lucir su agilidad en otro género y entonces el opulento Megacles pronunció esta espantosa sentencia: «Hijo de Tisandro: con tu danza habeis deshecho tu matrimonio!»

Tengo un amigo que al explicarme la razón de su matrimonio con una mujercita fea, chiquita y sin seno, me ha dicho; «me encantaba su boquitza de conejo».—Conozco una hermosa señora, más que mujer, reina de la gracia y del talento, casada con un legítimo y verdadero orangután de barbas en el pescuezo y manos velludas. Finalmente me consta que hay muchas mujeres casadas, absolutamente cobardes para ir con su marido á la fotografía ó á los paseos públicos, tan feas son y ellos tan buenos mozos, que tiemblan, creyendo ver en todas partes pregoneros del divorcio, y también conozco mujeres ideales, hurís de Mahoma, impasibles para exhibir sus adefesios,

abundando las que los acarician con ternuras de este género: « querido choco » « bicho mío », « pájaro desplumado », « bondadoso mónstruo » y calificativos por el estilo llenos de amor y de verdad.

Octavio Feuilet hace casar á una bella heroína de sus novelas con un feo personaje, enfermo, sin piernas, y creo también, sin brazos. Víctor Hugo ha hecho en *Quasimodo* la gran belleza de la suprema fealdad y entonces me digo: donde está el átomo, el punto, la lucesito que hace nacer el amor? Los griegos lo pintaban ciego, con su carcaj colgando sobre la infantil espalda... Nosotros, más modernos, hemos de pintarlo puro ojos, un cuerpo empedrado de ojos para ver y enamorarse de lo que otros no pueden ver.

¡Desdichado Julio! tienes el defecto de ser buen mozo, demasiado buen mozo. He ahí porque no te quiere Tina.

Como si las nubes me hubiesen oído y protestasen de semejante conclusión, alcanzada en algún rincón del segundo lóbulo, apartáronse de golpe, voláronse cual inmensas aves pardas y un sol jóven, vaporoso, vino á jugar á nuestras plantas alumbrando la esmeralda de las lomas donde brillaban

las últimas gotas de agua como diamantes solitarios.

El perfume de tierra mojada, el olor del pasto y el aroma de las flores y las hierbas, nos acariciaban y nos decían: «Aquí la vida es otra vida, el sosiego es amante y el corazón se dá sin engaños. Aquí es todo libre, tierno y dulce. Aquí mora la paz, la fortaleza, la salud. Entre nosotros y el profundo azul no hay más que el cóndor, mensajero de las cumbres, viejo amigo del cacchaquí, volteando ledamente siglos y distancias, contemplando los valles, rozando las cumbres y surcando siempre, siempre el majestuoso espacio».

Antes de ir al cuarto de Julio creí propio tentar alguna conciliación, como para ahorrar disgustos. Ni mi madre ni yo estábamos interiorizados de los términos en que se hallaban las relaciones de él y Tina.

— Qué te parece, hermanita, dije dirigiéndome á élla ¿no hallas razonable una conferencia entre tú y Julio que ponga fin á nuestras zozobras? No encontrarías medios de despedirlo sin amarguras?

— ¡ Dios mio ! Román, me pones celosa: Cualquiera creería que tu amigo vale más que yo aunque haya él cometido la torpeza más inaudita. Si, si puedo conferenciar to-



das las veces que quieras; más temo que voy á privarle de lo que jamás le he negado: mi amistad. Él, nadie sino él ha confundido esta amistad con otro sentimiento que aun en mí no ha nacido. Todos los días le he repetido que á nadie estimo tanto como á él. ¿Quieres que yo le diga: «le estimo mucho, pero no le quiero?» Eso se lo tengo dicho un centenar de veces. Para evitar enojos de Julio no hay más que un término: aceptar su proposición. Lo demás que se haga será tan inútil, como fastidioso. Si tu quieres ahorrarte la molestia, yo lo haré....

Hube de decir á Tina que no era molestia, siendo molestia y media; hube de ahogar los sentimientos de mi amistad ante los dictados del deber y por mucha moderación, cautela, suavidad y prudencia que puse en el cumplimiento de la ingrata misión, poco, muy poco faltó para agarrarnos literalmente, como dos escolares.

Julio estuvo zonzo, delirantemente zonzo hasta el momento en que le vimos salir montando el caballo de Alamos, acompañado por Alamos, servido por peones de Alamos, emprendiendo el regreso, furioso, hecho un tigre con nosotros en vez de destrozarse él mismo á mordiscos como lo

hace el bravo y estúpido escorpión que ruge bajo de estas peñas.

Y, Alamos le formaba compañía, le conducía, le llevaba loma arriba.... pero, él iba loma abajo... loma abajo...!

## XII

**L**A crisis quedó producida.

El sedimento de los malos ratos me hizo pasar algunos días, no diré de desolación, pero si poco alegres. Mi madre y yo considerábamos desastrosa la determinación de Tina que desechaba un partido brillante, sin medir la extensión de las consecuencias.

Fueron además algo tristes porque nos vimos solos, solos los tres en el Peñón, durante una semana entera. Nuestras únicas relaciones las constituían Juan de Dios y su familia, gente humilde, trabajadora, conforme con su suerte, agradecida de la buena salud y contenta, contenta siempre como si nadaran en felicidad perpetua.

La hija mayor de Juan de Dios, llamada Teodelinda, estaba de novia y debía casarse en las fiestas de la Candelaria. La otra hija, una chiquilina de nueve años,

negrita, rosada, de ojos pardos y preciosos dientes, activa como un ratoncito, de nombre Lucía, dieron á Tina abundantes y gratos quehaceres.

El 2 de Febrero comenzaban las fiestas en el Rodeo, de modo que apenas se disponía de veinte días para preparar á la novia y al novio. Nosotros nos sentíamos tan encariñados de Juan de Dios que aprovechamos gustosos la oportunidad de demostrarle nuestro afecto, encargándose mi madre y Tina de la novia y yo del novio. Lienzos, bramantes, indianas, pasaron bajo las tijeras de Tina ensayando el arte de las modas ejercitado en otro tiempo en sus muñecas; mi madre hilvanaba y Teodelinda cosía, aunque protestando : ¡ es demasiado, niña, es demasiado ! Se hacía ropa también para Lucía y yo que no podía ocuparme en tareas de sastre, leía y leía, habiendo confiado mis encargos á la ciudad para obsequiar á Ambosio, el novio.

Los ratos de descanso los empleábamos con Tina en largas caminatas á pie, en las cuales no pocas veces el nombre de Julio nos daba el material de nuestras conversaciones. Ninguna preocupación, por otra parte, parecía dominarla, ni siquiera distraerla. Con su abundante cabellera rubia,

sus ojos verdes, sus sonrisas virginales, recorriendo confiadamente las lomas, en el corazón de la tierra calchaqui; me recordaba la tradición incásica, según la cual después de la duodécima generación de los hijos del sol, rodaría su trono á los rayos de unos seres blancos, rubios y hermosos, brotados de las ondas ó del seno misterioso de los bosques.

Parecíame que Tina era el genio de esa tradición, venido no á causar despojos volcando tronos, sino á derramar bendiciones y—llamado al sentimiento de la realidad, me asombraba el tranquilo aspecto de mi hermana que acababa de desechar un partido ventajoso, como si la tierra estuviera sembrada de novios al alcance de su capricho.

No podemos negar que somos hermanos. Yo también voy dejando correr los días sin decidirme. Debe ser cuestión de raza, porque mientras para unos el amor llama temprano á sus puertas, para otros llama tarde ó nunca llega.

Es cosa que no he de entender jamás en mérito de que circunstancias se decide nuestro corazón. Escritores concienzudos como Larrochefoucauld, Legouvé, Schopenhauer creen haber encontrado leyes constantes en

esta psicología que aproxima ó aleja, y dispone al alma para grandes sacrificios. No, no creo en esas leyes: nada más inconstante y más irregular que el proceso en virtud del cual dos seres confunden su existencia.

La lucha á veces estimula; otras espanta. La belleza física es dios con Apolo ó diosa con Venus Citérea; nadie pasa por sus altares sin inclinarse ante la más alta corporización de la belleza y si alguien dudase de Apolo ó de Venus, creeríamos que la locura habría trastornado su criterio. Reconociendo la suprema majestad del encanto, el origen célico de esas formas que cruzan inmutables al través de los siglos, encontramos, sin embargo, admiradores, fervientes adoradores de la hermosura, consagrando su culto á la negación. Mucho me temo que la mujer de Fidias y la de Xéusis, la de Miguel Angel y la de Rafael, hayan sido femeninos discutibles arrojados del trono de los dioses. No sé tampoco si los labios de Aspasia ó Friné fueron desflorados por jóvenes hermosos....

Pues bien : esa belleza física acaba de ser rehusada por Tīna, por mi hermana Tina, cuyo sentimiento estético es en ella de elevación sorprendente.

La belleza moral aunque se funda en vir-

tudes conocidas, es de efectos más complejos. Su concepto depende de la cultura y de la sensibilidad, aunque no invariablemente, ó como dicen, los filósofos: la belleza moral es subjetiva, de apreciación individual inconfundible.

«El amor entra por los ojos ó por el alma», ha dicho alguien y yo pensando, en Tina, pensando en el amor, despertando ideas y recuerdos, tratando de comprender como viene esa corriente misteriosa, se me presenta clara la imagen de uno de mis más grandes asombros. Conocí una mujer de veintidos años, alta, blanca, de pelo negro crespo, ensortijado, de grandes ojos soñadores, boca virginal de carmíneos labios, hermosa figura, suave timbre de voz, graciosa, dulce, ideal, inteligente: me fué presentada estando ausente el marido y fué tan grande la impresión que me causó su belleza, tan grande el magnetismo de su conversación, tan profunda la sensación de respeto y admiración provocada por aquella mujer envidiable que me asaltó el vivo deseo de conocer al hombre dichoso, conquistador de la belleza más soberana contemplada por mis ojos.

Y conocí al mortal afortunado, lo conocí con desencanto, con fastidio, con amargura.

El dueño de la mujer más hermosa que tengo vista en mi vida era un hombrecito rubio, flaco, enfermizo, feo, de pelo y barba hirsutos, gangoso, pobre, sin ningún talento y ¡Dios mío! fué preferido entre nubes de adoradores que ofrecían virilidad, fortuna y talento.

¿Qué es entonces el amor? Amasijo indecifrable ante el cual se abisma mi corazón y mis sentidos, obligándome á mirar con lástima á mi querida hermana, temblando por ella y por mí ante ese misterio que afirmando el concepto verdadero de la belleza, lo niega y lo aniquila en su elección.

Alguna vez he preguntado á Tina cual es su ideal, y ella me ha contestado como los oráculos de la Pitonisa: «el que me guste».

¿Y le gustará un monstruo? ¿le gustará un imposible? Aprendí en esos ocho días á pensar, á penetrar dentro de mí mismo, para poder así alcanzar, por analogía, los secretos resortes que agitaban el alma de Tina.

En mi cuarto, habitación ordinaria de Alamos, había un retrato de su hermano Antonio, una fotografía algo borrosa, desteñida por la acción de la luz, pero evidentemente

conservada con el mayor cariño. Tina se detuvo varias veces á contemplar esa figura, cuyos ojos mirando de frente parecían iluminados por un vago resplandor de confiada alegría. Poco á poco fué trabándose así como una amistad entre la figura del muerto y mi hermana. Al principio simples conversaciones mudas; luego ramitos de flores silvestres al pie del marco, renovados con frecuencia; en seguida un esbozo en miniatura, otro y otro y por último, Tina contraída afanosamente en reproducir aquel retrato y yo, como crítico de alquiler, censurando la partidura del pelo, la sombra de la frente, el corte de la línea del cuello, ó elogiando la identidad de la mirada, aunque un poco viva, talvez por exceso de luz sobre las pupilas, la igualdad perfecta de la sonrisa, hasta que por último, al cabo de la semana, quedaba en poder de Tina un Antonio Alamos á lápiz, aumentado de tamaño y sujeto todavía á varios retoques, pero merecedor de un buen marco, según opinión de nuestra madre.

Hablábamos sin tener en cuenta que á corta distancia cosía Teodelinda su ropa. La muchacha quiso preguntar algo á Tina á propósito de sus costuras, se acercó y con sorpresa de nuestra parte, exclamó:



— « ¡Madre, madre! el niño Antonio! »  
— y miraba asombrada, conmovida el cuadro.

Tina hizo movimiento de esconderlo ; pero, ya no era tiempo y consintió en permitir á Teodelinda extasiarse ante la imágen del « niño Antonio » que le despertaba probablemente caros recuerdos, pues clavaba sus ojos sobre el papel y repetía azorada : ¡madre, madre! qué parecido!

La opinión sincera y vehemente de la muchacha fué para Tina la mejor demostración de sus pequeñas habilidades.

Luego anoticiado Juan de Dios pidió se le hiciera el favor de dejarlo ver al « niño Antonio » ; se lo enseñamos y el pobre viejo nos conmovió porque así que miró el cuadro, no pudo contener un sollozo y sus lágrimas corrieron silenciosas, enredándose en sus barbas canas, mientras su pecho se hinchaba de convulsiones contenidas. Estuvo un momento mirando con sus ojos nublados y se retiró mudo, á desahogar lejos las lágrimas que lo sofocaban. Tras de Juan de Dios, Lucho y Lucia...

Por la tarde llamamos á Juan de Dios para pedirle guardara el secreto de lo que había visto, lo que prometió con un signo de cabeza, sin desplegar los labios. Le du-

raba al viejo la emoción de haber visto á su hijo de crianza, el « niño Antonio ».

El casamiento civil de Teodelinda ofreció sus dificultades. El jefe del Registro residía á diez leguas del Peñón y en caso de trasladarse á la oficina, con parientes y testigos resultaba complicado el asunto. Se esperaba el regreso de Alamos de la capital para decidir si se viajaría á los Varelas, residencia del jefe ó se le rogaría á éste venir al Peñón.

El problema resultó inutilmente planteado porque Alamos había ya comprometido la venida del jefe del Registro y comprometido al cura para la celebración del religioso, como lo supimos á su regreso.

Alamos trajo también sus regalos para los novios, sin saber que nosotros habíamos arreglado ajuar completo para ambos.

Como él nada nos dijo de Julio, á su regreso, supuse que estaría suficientemente informado de lo ocurrido, absteniéndome de preguntarle cosa alguna.

Me pareció notar en Alamos cierta preocupación, cierta indecisión en sus actos; algo así como una fingida alegría que procuraba justificar con el casamiento de Teodelinda. El era el padrino elegido por los novios y por Juan de Dios,; era el patrón,

el alma de la casa y sus habitantes; de él dependía el éxito de la fiesta, la elección de madrina y hasta la fijación del día de la boda.

En la noche se marchó al puesto del Durazno, llevando á Juan de Dios para revisar las plantaciones de tabaco: yo le prometí visitarlo al día siguiente.

Así lo hice, conociendo por vez primera los afanes del cultivo del tabaco con sus operaciones de aporque, deshijada, desfrailada, desgusanada etc., odiosas, evidentemente odiosas; operaciones con que se utilizan hombres, mujeres y niños y sin las cuales la cosecha es perdida.

Recorriamos con Alamos, á caballo, los tablones limpios de malezas, alineados en las pendientes, de un verde claro lustroso, divididos por señales entre los medios, unos con la planta crecida, en estado de corte, otros parando la hoja, oyendo las mil observaciones de los cosecheros á propósito del agua regadora, las plagas, los bueyes, los galpones, los impuestos internos, los compromisos y tras de cada retahila, otra y otra y otra, y Alamos siempre bondadoso y sonriente, alentando á los unos, felicitando á los otros, aconsejando, ayudando, mientras Juan de

Dios, iba y venía entre los anchos surcos examinando la hoja, moviendo la cabeza cuando la hallaba charqueada por el fraile ó el gusano, ó aplaudiendo al notar sanas rayas íntegras con hojas punteras excelentes. Alamos considera al tabaco como la sembrera más incómoda y menos generosa en la actualidad, debido á los impuestos internos que la gravan fuertemente, pero agrega: «Nuestro tabaco es rico, mi amigo Moreno; Vd. ya lo conoce: no le falta ni perfume, ni buen paladar. Si fuese cosechado con las prolijidades empleadas en otras partes, poco tendríamos que envidiar al buen habano».

Y es cierto; he fumado tabaco delicioso del Peñón, el Rodeo y otros puntos, hallándolo más agradable que las buenas marcas de cigarrillos de la capital federal.

Cuando al caer la tarde regresábamos al Peñón, Alamos de su motivo y quizás forzando la oportunidad, empezó á hablarme de Julio, diciéndome:

—No sé como explicarme el carácter de su amigo. Le he dispensado mi consideración con franqueza, con simpatía, sin reservas... De aquí nos hemos ido amigos, hemos viajado hasta la ciudad como dos buenos camaradas y en veinticuatro horas esa

amistad, si no se ha roto, ha quedado en condiciones de no atreverme á llamarla tal... Su amigo (y volvió á hacerme sentir el pronombre) debe ser algo inexperto, no obstante su clara inteligencia y su irreprochable roce social. El modo como se ha conducido conmigo, momentos antes de su partida, me revela que hay en él mucha inexperiencia y quizás una excesiva desconfianza...

Tentado estuve de observarle que mi amistad con Julio había terminado, mas dado el motivo de la ruptura me pareció mejor callar. Alamos continuó:

— ... de mi que he sido tan leal y franco con el. Habemos personas para quienes ordinariamente la vida es un conflicto, ó como dicen (agregó riendo): hay personas que nacen con estrella y otras que nacen estrelladas.

—No me parece que Vd. tenga mucho de que quejarse...

—No, en efecto aunque viva en perpetuo conflicto. Ya vé Vd.;—soy un poco esquivo en materia de amistades; trato á Portales con la mayor sinceridad y para que negarlo, con verdadero afecto, y sin motivo justificable su amigo (y volvió á repetirme el *su amigo*) me hace comprender que

no soy suficientemente esquivo... ¡Caramba! no me arrepiento, pero me duele.

Guardamos silencio breves instantes. Me sentía responsable del desencanto de Alamos, pues, yo era el autor de su amistad con Julio. Sin embargo, como no quería hablar de la causa de nuestra ruptura que podría parecer una confidencia interesada, un quien sabe si no es Alamos el culpable de esa ruptura, me limité á decir:

—Julio es un excelente muchacho. Posible es que inadvertidamente haya dado á Vd. motivos de resentimiento...

—¿Inadvertidamente?—no. Indecisamente sí, dejándome en la peor de las situaciones, sin poder exigir nada en mi satisfacción. Siempre el conflicto para mí, el conflicto sin soluciones reparables.

Nuevamente guardamos silencio y como ya nos aproximábamos á las casas, hablamos de cosas indiferentes.

Largamos luego los caballos y me quedé mirando á uno de ellos, cerca de nosotros, morder las matas espesas de cebadilla que cortaba alegremente y mascaba con ese crau, crau, característico, relinchando á los compañeros que se alejaban como diciéndoles: «¡aquí está rico el pasto; no se vayan!» Cada bocado, cada dentellada des-

puntaba las matas, entre rosnidos, movimiento de orejas y miradas que ponían de manifiesto la satisfacción del animal, esa satisfacción tranquila, libre de sinsabores por las fatigas pasadas, libre de las preocupaciones que indigestan al racional, mas no sin leales sentimientos amistosos, que de rato en rato y con el *crau, crau* del pasto comprimido entre sus poderosos maxilares, le inducía á relinchar á los amigos gritándoles: «vengan, compañeros, no se vayan: aquí está el pasto espeso, fresco y sabroso».

Y yo comparaba las frases de lealtad del caballo que comía llamando á sus amigos, con lo que acababa de decirme Alamos, y una tristeza dulce y amarga á la vez, me retenía mirando al bruto comer con el más voraz apetito y oyendo el *crau, crau, crau* que desmenuzaba la hierba, mientras mi cerebro desmenuzaba el pensamiento.

Alamos entre tanto conversaba afablemente con mi madre, afabilidad muy de su carácter, pero que en mi sentir contenía alguna parte de intencional, de deliberado. Yo notaba que el semblante de Alamos había dejado de ser indescifrable para mí; comencé á deletrear en él los estados de su alma, sin penetrar en su fondo, es cierto, sin dominar completamente sus impulsos,

más en modo suficiente para no confundir los motivos determinantes.

Estrañando no ver á Tina, fui á buscarla y la encontré leyendo lo que ya se sabe: Weber—historia universal.

—¿Qué haces, Tina,—le dije, no sabes que ahí está Alamos?

—Leo y sé que está, me respondió. Ya ves que contesto puntualmente tu pregunta ¿verdad? . . .

—No.—Me respondes puntual y secamente. Sin embargo me conformo con tal que siempre me dejes satisfecho. Ahora vamos á ver, dije en tono de broma—¿porque te quedas leyendo esas antiguallas sabiendo que Alamos está ahí?

—Lo mismo me dá leer estas antiguallas ú otra cosa; no voy porque sé que él está ahí...

—Una pregunta más y dejo de incomodarte....

—Tú no me incomodas, Román; al contrario, me complaces.

—Remerci. ¿Se puede saber, el por qué no quieres verlo?

—Oh! sí. Primero, porque él desea verme y segundo, porque más tarde nos hemos de ver. Bueno; he hablado querido Román, mucho, mucho más de lo que in-



dica la prudencia. No me juzgues mal, como pobre aturdida y si me permites voy á leerte este pasaje de Carlos el Simple que demostró ser un desgraciado y buen capeto. La historia borra pronto las sensaciones del presente... Ah! no me hagas esa cara...

—Guárdate tus capetos, querida Tina y guárdate también tu prudencia. Yo, para no ser menos guardoso, voy á abstenerme en lo sucesivo de preguntarte nada. Invitaré á mi madre á hacer lo mismo y viviremos contentísimos, marchando cada uno por su lado, en perfecta sociedad para lo indiferente y en perfecta misantropía para todo cuanto merezca interesarnos. Sí, pues. Conmigo conviene ser prudente; la prudencia es talvez la más estimable de las virtudes, á lo menos en la opinión de Tartarín de Tarascón, y como yo soy tan tonto, y tan descosido, es acertadísimo el guardarse de mí y refugiarse en la historia, especialmente en la de Román el Simple que aun no has estudiado bastante, muy á pesar de ser necesario estudiarla, más por fraterno comedimiento que por almacenar hechos y fechas de todo punto inútiles.

—¿Has concluído, Román?

—He concluido, querida hermana,—respondí con desábrimiento.

— He apéndido humildemente lo que tu has querido enseñarme. Si no me he aprovechado lo suficiente, no ha sido por falta de voluntad. Tu actitud y el tono de tus palabras me indican que te has incomodado y es sin razón. He hablado de prudencia volviendo por mi misma, en defensa de mi buen sentido, por la propia estimación en que me tengo y me tienen. Y ve... he hablado la verdad, una verdad que solo yo comprendo y veo, siendo fácil, por cierto, equivocarme desde que ningún hecho real la confirma. Yo creo que Alamos desea verme. Esta creencia no hay modo de cambiarla en mí; contiene toda la certeza de un artículo de fé. ¿Es ó no imprudente afirmar la existencia de ese deseo tratándose de un hombre como Alamos, frio, decepcionado, sin corazón, indiferente? Ya que tu enojo me obliga á darte explicaciones, para desvanecerlo en algún tanto, añadiré que no es frío, ni indiferente y porque es así y porque yo estoy cruzando la selva oscura de mi destino, divisando claridades que se acercan, te he respondido ingenuamente lo dicho, te he respondido con toda mi sinceridad y tú, copiando á

Tartarín me has hecho tal ruido de armas y enojos, me has dado tal susto, me has obligado á pensar...

— Basta, basta, vida mía, —dijele á Tina interrumpiéndola ¿quieres ser tan buena, tan amable en escucharme un instante?

— Escucho, señor; diga Vd. cuanto quiera.

— Dice un precepto de la esgrima italiana: «*non ti fida di me se il cuore ti manca*». Permíteme glosar este precepto. No te fies de tí, si el corazón te falta, ni te fies de Alamos. Poco me has dicho pero es suficiente para hacerme comprender que tu crees en el amor de Alamos, No me toma absolutamente de sorpresa tu creencia, pues vengo observando pequeños detalles desde algún tiempo á esta parte que me han inducido á conjeturarlo. No obstante, temo y lo temo por razones poderosas que tu estás en error. Acabas de despedir á Julio. Si no le querías, has hecho muy bien. ¿Y si te engañases respecto de Alamos? Si tu corazón se diese y él... ¿me comprendes? y él ¿no te quisiera...? ¿Han hablado algo? ¿Quién sería el despedido, él ó tu? ¿Has pensado bien este asunto? ¿Suponiendo que estuvieres en lo justo, te hallas inclinada á él? ¿Te conformarías en quedarte en medio de estas lomas á contem-

plar salidas y puestas de sol? Hazme el bien de contestar con franqueza.

— En cuanto á que Alamos desea verme, cosa que tu traduces por amor hecho y probado (Tina encendióse como guinda), no tengo la menor duda. Desde noviembre me busca y me huye, me vé y aparenta no verme, me habla y disimula las intimidaciones de su pensamiento. Si me hubiera hecho declaraciones, tendría menos fé de la que me inspira la forma de su silencio. La presencia de Julio ha aumentado su esquividad deliberada y hoy sin temor ha de quedarse entre nosotros aunque no le invitamos.

— ¡Pero, Tina! ¿No se ha quedado ocho días en la ciudad cuando se ha ido con Julio?

— Si. En efecto se ha quedado y se ha decidido. Me lo han dicho así sus ojos y la expresión de toda su persona. El pobre hace gala de no tener corazón, y lo tiene muy grande, rebotante de sentimientos generosos. Teme que yo no le quiera y tiene razón de temer. El regreso de Julio ha sido el primer rayo de esperanza para él. No hablará mientras dude de mi. Hace bien porque si me propusiera y yo me negase, sucederían cosas muy distintas de las ocurridas

con Julio. Alamos es otra clase de hombre ; es un hombre. Ya verás como tu amigo Julio dentro de dos meses se entenderá con la Rivas ó la Fernández y dirá que jamás me ha querido, en lo cual hemos de estar conformes, pues yo misma creo que me ha buscado porque sí, por inercia, para darse el gusto de referir á su familia y sus relaciones su viaje á Catamarca tras de mi. No hay en él intensidad, no hay pasión ni noble, ni mala ; es de esos jóvenes que nacen, se crían, se hacen doctores, visten bien y frecuentan la mejor sociedad sin haber luchado nunca ; buenos mozos de almas transparentes, sin huella de combate, débiles en medio de su excelente salud, preocupados constantemente del vestido, en fin, se me turban las ideas, no puedo expresar lo que pasa por mi espíritu, pero tu lo comprenderás. Ahora te diré, en cuanto á mi corazón, que vengo estudiándolo despacito. Aun no puedo afirmar nada ; no sé todavía si Alamos me lo ha conquistado. Respeto sus ideas, comparto sus gustos, ya ves (y me señalaba á Weber abierto) que me ha contagiado un poco : en el mismo instante que me sienta yo decidida en su favor por esa corriente misteriosa, él ya lo habrá leído en mis ojos, como yo he

leído en los suyos, y entonces te lo diré á ti, ahorraré tus enojos y veremos... veremos después. ¿Quedas satisfecho, hermano?

Dejé á Tina en su cuarto y cuando estuve en la presencia de Alamos, lo encontré distinto; no era el mismo de un momento antes; sus facciones se me revelaban llenas de virilidad y mansedumbre; sus manos curtidas por el sol, el arco blanco de su frente salvado por el sombrero, el fuego de sus ojos, la altivez de su conjunto me decían: «he aquí un hombre joven y fuerte, avezado á la lucha, tranquilo en sus determinaciones, capaz de bastarse cualesquiera sean los vientos, leal, constante». ¿Pero este es Pedro Juan Alamos? Aquel amigo de hace cuatro meses, caballero atento, comedido, con quien paseaba en la plaza de Catamarca, en sus alrededores, en las Chacras ¿es el mismo? ¿Este es el hombre que veía espirar á su hermano y se moría de dolor? Conversando, conversando lo examinaba de arriba abajo, recorría en mi memoria las circunstancias de su primera visita, la alta estimación á él dispensada por sus amigos, su singular prestigio ante las bellezas catamarqueñas, su moderación, su suavidad, su fir-

meza y pensaba: este hombre es otro hombre. ¡Dios mío! si Tina se engañara!

Al día siguiente se presentó Juan de Dios acompañado de su hija Teodelinda á solicitar audiencia de Tina. Querían rogarle el favor de servir de madrina del casamiento y tan ingenuamente hicieron su demanda y tan buenos argumentos invocaron en su sencillez y en la confianza de la suerte de Tina, que ésta no pudo negarse.

La ceremonia civil habíase señalado para el sábado, y el domingo se celebraría el religioso en la capilla del Rodeo, distante dos leguas del Peñón.

Toda la casa presentaba el aspecto de regocijo de los días de fiesta. Gallinas, pavos, lechoncitos, capones y una tambera gorda y reluciente estaban sentenciadas á asociarse con su sacrificio á las alegrías de la feliz pareja. Si Teodelinda hubiese sido hermana de Alamos, no hubiera sido mayor su empeño para proveer y proveerlo todo. El horno para los pasteles y las empanadas estaba listo, con su boca abierta y su lomo de tortuga esperando engullir la materia cruda para restituirla cocida, dorada é incitante. Se comentaban los preparativos de la fiesta de la Candelaria en el Rodeo; «una fiesta excepcional, con

misa diaconada (otras veces, el año pasado, fué un solo cura), órgano; cohetes y descargas. Ya el oficiante había venido; Lucho aseguraba haberlo visto pasar por las Cuestecillas mientras él andaba campeando. Los mayordomos se preparaban para hacer lucir su día. La capilla parecía un confite, un jardín, una alcorza. La niña Fulana que ha venido de la ciudad ha hecho los adornos; flores y ramos de esmalte de colores; mirando de afuera, la Virgen se vé entre palmas de oro y plata ¡claro! de esmalte. El coro va a ser cantado por Arminda y sus tres compañeras. Ah! la niña Arminda, canta muy lindo. Don Lobo dice que las fiestas van á dar golpe este año. Riña de gallos, tabiadas, bailes, la mar de cosas. El subcomisario ha prohibido los gallos y las tabiadas.—¡Qué va á prohibir... hombre! á él también le gusta echar sus clavadas y cobrar la doble! Ayer estaban limpiando al rededor de la iglesia para la procesión. ¡Pucha! ño Robledo no ha querido mandar ni un peón, ni prestar una pala... A pesar de eso está hermoso; han hecho una calle á la vuelta como de quince varas de ancho y todos los días la riegan y la barren para que esté el suelo firme. Dicen que vienen de la ciu-



dad muchas personas á las fiestas. El año pasado no cabía la iglesia. ¡Cómo irá á estar este año?»

Poco ó nada comprendía yo el alcance de todas estas frases, tomadas como en grafófono, de la conversación, las opiniones y las noticias materia de la actividad social del Peñón. Me complacía, sin embargo, escucharlas, comparando esas costumbres no diferentes en el fondo con las de la campaña de Buenos Aires, aunque mucho, grandemente en sus detalles.

En más de una ocasión he perdido el sentido de la frase por ignorar el significado de las locuciones empleadas. Voces quichuas, palabras de sentido convencional ó giros locales que reclaman su estudio, son empleados con alguna profusión, dificultando la inteligencia de los que venimos por primera vez á la ciudad y campaña de las provincias del interior.

Toda aquella alegría, con todo, tuvo momentos de tristeza. El cuadro de Antonio Alamos hecho por Tina quedó definitivamente concluido, con su marco y sus retoques. Mi madre solicitó permiso del dueño de casa para colgarlo en el comedor, pieza que en la campaña desempeña funciones de salón.

Alamos demostró vivo interés de verlo y Tina, rehusando hallarse presente en la exhibición de su obra por natural rubor de artista ó por tratarse del hermano del «hombre sin corazón», retiróse á su cuarto. Traje yo el marco, lo afirmé en la pared haciéndole pisar sobre una mesita y describí la tela que lo cubría, diciendo con orgullosa modestia:

—Ella no conocía á su hermano..,

Alamos lo miró abriendo tamaños ojos, sin moverse de su sitio y el «hombre sin corazón» no pudo contener, como Juan de Dios, sus lágrimas que enjugó varias veces, mirando, mirando, hablando tal vez con aquella sombra que le sonreía cariñosamente, mudo, sombrío ante su sonrisa.

Transcurrieron cinco minutos, cinco siglos de opresor silencio para nosotros. Mi madre incapaz de ver llorar á una mujer, se conmovió terriblemente ante las lágrimas calladas de Alamos, ante aquel segundo cuadro en el cual el muerto sonreía y el vivo lloraba, y nosotros sirviendo de testigos del dolor, sin atinar á encontrar palabras propias con que calmar su emoción, nos dejábamos envolver sin protesta por esa triste ternura que perfumaba dulcemente la estancia.

«El dolor es como el árbol que perfuma al hacha que lo hiera», ha dicho alguien, y ésta hermosa verdad cernía sobre nosotros sus invisibles alas y nos mantenía silenciosos, conmovidos,

Cuando Alamos, después de largo rato, logró serenarse, nos dijo con palabra trémula:

—«Ya sabía de este cuadro... No quise hablar de él... Juan de Dios no quería: se le había impuesto el secreto. No tenía más recuerdo de mi hermano que la pequeña fotografía... Este cuadro es él... terriblemente parecido... más que la fotografía. Está hablando mi pobre hermano... Perdónenme Vds. mi debilidad. He querido á mi hermano más que á mi padre á quien no he conocido... más que á todo. No, no será aquí colocado, si me lo permiten. Lo llevaré á la ciudad. Será el dueño, siempre el dueño de su casa y el orgullo de su hermano. Fué tan bondadoso, tan leal, tan sincero que su presencia hará leales y sinceros á los que vivan con él. Quisiera decir lo que por mí pasa en este momento, pero no me haría comprender; Vds. no me conocen aun bastante para disimular mis errores y debilidades...

—Vd. exagera, Alamos,—observó mi ma-

dre; bastante le conocemos para comprender bien la injusticia de sus reproches. Nada más natural que su afecto por su digno hermano, si él ha sido para Vd. amigo, hermano y padre; nada más natural que su emoción provocada por el recuerdo; más no hable de debilidades que acaso sean virtudes y de errores probablemente no cometidos.

—Señora, agradezco profundamente la bondad de su juicio. Estaba tan acostumbrado á oirme juzgar como un hombre indiferente, decepcionado, frío, sin corazón y me placía tanto verme así juzgado, que lamentaba de veras cuando mi corazón me traiciona. Vds. no pueden al fin saber como y porqué he resultado sin corazón, y quizás les haya sorprendido mi dolor, cuando por mis antecedentes nada debe dolerme. No pueden Vds. comprender cuanta alegría y pena me causa....

¡Qué incómoda, que cruel, que penosa me pareció la situación de Alamos pretendiendo sincerar su amargura.

Nos suponía convencidos de su insensibilidad, enteramente ajenos á la verdad de sus sentimientos y acaso trataba de persuadirnos de lo contrario. Entonces con toda

mi vehemencia le repliqué cortándole la palabra:

—Sus antecedentes son solo suyos; Vd. constituye una doble personalidad, la del culpable y la del público que le condena. Solo Vd. se ha calificado y solo Vd. por hábito ha llegado á encontrar razonable la sentencia. Supongamos, con todo que Vd. sea ni más ni menos como la piedra, insensible á cuanto le rodea y aun así yo le he de decir: si la piedra tuviese noción de su sensación tendría también corazón.

—No es eso lo que me conturba. He cometido una grave falta y en este momento me la enrostra mi hermano cuya sombra elocuente reproduce ese marco. No he sido ni sincero, ni leal. Hoy debo serlo, sea cual fuere la profundidad del sacrificio; él me lo manda, yo debo obedecer.

A medida que hablaba Alamos iba palideciendo como si toda su sangre desapareciese de la superficie para refugiarse en la llama que la incendiaba interiormente.

—Si, continuó, debo obedecer, pues de lo contrario traicionaría su memoria y semejante sacrilegio me espanta tanto, como el martirio de mi conflicto, Portales, Julio Portales me ha hablado antes de irse, ha invocado las leyes del honor y de la hospi-

talidad, ha sido gentil. Me ha dicho que había solicitado la mano de Tina; que había venido confiado en obtener este favor dado sus estrechas vinculaciones; que más de un antecedente le autorizaba á contar con el consentimiento de ella y la aprobación de Vds.; que en Buenos Aires, en los círculos sociales se daba desde tiempo como noviazgo hecho y consentido; que él para venir había solicitado la aprobación de sus padres; que pocos días después de llegar á Catamarca comenzó á notar en Tina palabras y actitudes que lo hicieron desconfiar y en cierta manera arrepentirse de su precipitación; que talvez el hecho de haberla solicitado indujo á Tina á fijar su conducta, á ser esquiva con él y que encontrándome á mí entre el número de los amigos de la familia, distinguido con mayores deferencias, para evitarse crueles desencantos y ridículas situaciones personales, creía de mi amistad poder obtener la declaración categórica de si tenía yo ó no tenía la intención de disputársela, dependiendo de mi palabra la información de sus actos.

La palidez de Alamos tomaba tintes cerosos, lívidos; su aliento se cortaba en ceceos que demostraban su conmoción nerviosa. Nosotros mirábamos el vacío engolfa-

dos en la atención; una atención que nos hacía temblar, contagiados por la ansiedad solemne de Alamos.

El exprimió el sudor de su frente y continuó:

—Después de lo que ocurrió á mi desgraciado hermano engañado en sus afectos con tanta vileza, con tanta perfidia, como lo sabe mi amigo Moreno; después de haberle enterrado y vuelto yo á la realidad de la vida, de esta vida llena de amargas acechanzas, imaginé que debía al desventurado hermano mi frialdad perpétua para toda mujer. La idea se me fijó en los días del dolor y el hábito en el transcurso del tiempo, me hizo creer que mi corazón había muerto para siempre enterrado al lado de los despojos de mi hermano. Tres años he vivido de horas mustias, de frialdades que iban marchitando las impulsiones de mi alma; ni una palpitación me reveló que mi corazón vivía entre las cenizas del pasado y el hábito arraigado del presente. Cuando vino Portales, experimenté las primeras agitaciones. Juzgué que mi amor propio, no otra cosa, turbó mi espíritu y creí deber acentuar mi carácter, sofocando esas agitaciones que me parecían vibrantes sacudidas del orgullo animadas en las leja-

nías del pasado. Extremé entonces mi juicio aversivo contra la mujer: hacía lo que el herido que inquieta su llaga para obtener efímero alivio. Es en esta situación que Portales me ha pedido un acto de leal franqueza... y le he engañado; le he respondido que no tenía interés, que Tina me era indiferente, que yo no tengo corazón puesto que no lo siento y eso era y es mentira, una horrible mentira que me humilla, revelando al propio tiempo mi cobardía: él ha debido conocer en mi semblante la deslealtad de mis palabras, como ha conocido mi hermano cuya imagen ha resucitado en ese cuadro para enrostrarme, y sabe Dios si sus ojos penetran en este instante el fondo de mi alma repitiéndome como en los días de la infancia: «lealtad, lealtad, lealtad, leal como el sol, leal como el fuego, Pedro Juan», y ese tañido de campana de ultratumba repercute dolorosamente recriminando mis debilidades y mi turpitud.... Si yo hubiese confesado la verdad á Portales ¡quién sabe lo que hubiera sucedido!

Me es imposible reproducir exactamente todo lo hablado. Alamos estaba ciego, aturdido, tembloroso; nuestras palabras no le calmaban. Durante dos días apenas le vimos, sucediendo igual cosa con Tina, quien cuan-



do le referimos lo acontecido, se fundió en mar de lágrimas, encerrándose en su cuarto.

Debía ser yo el hombre más tonto del universo. Entendía más ó menos la razón de ser de las agitaciones de Alamos. Su situación no era muy clara ni respecto de Julio, ni respecto de Tina, pero en cuanto á mi hermana, se me antojaba el asunto más obscuro.

Ponerse á llorar y enfermarse al saber que Alamos la quiere, si no es un descabro del sentido común, seguramente anda por sus proximidades.

Yo la hablaba mentalmente y le decía:

— «¿Donde está esa serenidad, Tina? ¿No tenías plena confianza en que Alamos deseaba verte? Y si tú lo sabías, si eso ha resultado ser cierto ¿porqué lloras, pobre niña, y te enfermas y te encierras? ¿Desde cuando el saberse amada equivale á una desgracia donde deben circular libremente las lágrimas?

Después mi pensamiento en otra dirección decía: «Alamos será todo lo buen mozo que se quiera, mas no ha de vivir en Buenos Aires y estas peñas, estas lomas, estos valles, estas brisas, los nogales, los duraznos, los damascos, ciruelos, peros y manza-

nos, y maizales, y loros y pájaros y cóndores... si, si: muy bello! pero que el diablo los aguante más de tres meses...!»

### XIII

**R**UESTRA vida si no cambió en su exterior, se transformó hondamente en lo interior, en lo íntimo, en lo inespresable, siendo las víctimas aparentes Teodelinda y Lucía.

Los preparativos del próximo matrimonio continuaron con cierta languidez, desde que faltó el alma, la iniciativa de Tina, cuyo dolor de cabeza, cuyo quebranto nos preocupaba vivamente, retratándose en la carita de Lucía las pesadumbres dominantes de «su señorita.»

Como por acuerdo tácito dejábamos correr meditados las horas, horas que se me figuraban interminables. El primero de aquellos dos días fué largo, perezoso; cada minuto caminaba agotándose, sin ánimos para terminar la jornada, legando al siguiente el suplicio, la agonía lenta y tormentosa; tentaciones me daban de tomar por mi cuenta al cuadrante, minuterero y orero y someterlos al rigor de mis impacencias. He en-

tendido siempre al amor como á las flores con pimpollo, botón y rosa; he mirado siempre en la flor abierta una expansión dichosa, una facialidad de primavera y plenitud, un coronamiento de misteriosas corrientes, una como gasta compensación de esperas y dulces deliquios; mas cuando vuelvo mis ojos hácia Tina llorosa y hácia Alamos empalidecido y sombrío, debo convenir en desmérito de mis lecturas y de mi experiencia que no comprendo porque ese amor nace llorando.

El segundo día, víspera de la ceremonia civil, lucíamos caras de enterrados. No era ya pena sino agresivo enojo lo que me dominaba. Me sentía impulsivo, con ansias de destrozar alguna cosa entre mis manos y aunque mi madre procuraba calmarme con reflexiones más ó menos juiciosas, se me agolpaba la sangre á las sienes y el desfallecimiento á los músculos.

No encontraba modo de justificar una conferencia con Alamos para hablar de este asunto encaminado por la más suprema extravagancia. Ir á decirle: « está Vd. sombrío, salvaje ¿ quiere explicarme por que?: ir á decirle: « Tina está llorosa, está enferma...» Por mil diablos, tan malo me parecía lo uno como lo otro. No me acomodo-

dan los papeles de comadre y naturalmente al final de cada meditación me encontraba vacío, hueco de ideas y el alma repleta de ganas de arañar, de gritar y de agotarme en mi propio desahogo.

No había en mi solamente el hermano de la niña enferma, y el amigo del hombre sombrío; era además el huésped anheloso de días risueños, contrariado en sus ideas, en sus gustos, su tranquilidad y sus afectos. La noción del tiempo se me presentó recién, como una cosa nueva, como una sensación extraña, pesada, plomiza, abrazándome entre sus enibrantes lentitudes.

La esmeralda de las lomas y los valles me resultaba borrosa, los árboles frutales aburridos con el peso de sus rosadas cargas, el canto de los pájaros sin melodía, sin ternura, sin los esparcimientos primaverales, carentes de alma, carentes de armonía.

No encontraba sino dos términos: reventar ó adormecerme. Opté por el último, refugiándome en cierta literatura sosa, inverosímil, sin pasión de patria, ni virtudes, literatura viciosa, haragana, sin naturaleza real, encaramada en las escaleras y el trono del arte porque en el mundo nunca faltaron ni faltarán ideas extraviadas y cultores

ciegos postrados ante el becerro, creyentes entusiastas que creen adorar á Dios cuando solo rinden culto á la mentira ó la inmoralidad.

Bien pronto noté que en vez de adormecerme, como en otrora, aquellos escudos de la producción reciente, me irritaban tanto como el estado pesaroso de mi hermana ó la lentitud agostante de las horas.

A la entrada del sol, turrón lloroso de esa tarde, no me fué ya posible contenerme. Asalté el cuarto de mi hermana, á la moda turca, violando las consignas del pudor y verboso, mordaz, díjele á Tina :

— ¡ Acaban de cumplirse dos siglos de espera y malestar ! Es preciso, yo lo exijo, definir esta situación y para ello necesito saber que te aflije. No, no es posible pasar un día más. Es preferible regresar y así lo haremos si esta semana santa continúa. Dime, pues, Tina ¿ concluirá esto ó no ?

— Si; cuando tu quieras marchémonos...

— Perfectamente. Pediremos los caballos para mañana.

— Pídelos.

— ¿ Y el matrimonio de Teodelinda ?

— Supongo se hará sin nuestra presencia.

— ¿ Y tu compromiso de amadrinar ese casamiento ?

— No faltará quien me reemplace.

— ¿No temes el regreso anticipado por tu salud?

— No lo temo.

— ¿Estás sana?

— Sana.

— ¿Has hablado de esto con nuestra madre?

— No.

— ¿Y si ella se opone al viaje?

— Es dueña.

— Pero yo soy quien manda.

— Es verdad.

— Nada tienes que decirme para obrar con acierto?

— Nada.

— ¿Estás loca, hermanita?

— No, Román, á menos que tu lo creas.

— ¿Qué te induce á expresarte con tanta sequedad?

— Tu fisonomía.

— ¿Tengo agras en la cara?

— Más que eso.

Procuré cambiar mi semblante á fin de ablandar á mi Euclides femenino y en cierto tono melífluo, agregué:

— Sí, puede ser; pero si en este momento parezco un Nerón de las sierras, no es por mis intereses que tienes delante de tí a

tirano. Te costará trabajo quizás acertar en la razón que me tiene inquieto, si como hace instantes no has querido comprenderme. Vengo hacia tí con la mejor intención del mundo, esclavo como siempre de tus gustos, amargado por incertidumbres y misterios para mí impenetrables, deseoso de tomar la parte que me corresponde en tus penas y tus alegrías, entristecido al verte sufrir y en vez de abrirme tu corazón, reposando en mi tu cabeza, confiándome tus cuitas, respondes á mis empeños como si fuese tu verdugo. No, pues, Tina, no, pues, hermanita.... ¡vuélveme lo que me debes!

La pobre niña trémula y llorosa me contestó:

— Tienes razón. He sido cruel involuntariamente. Ahora te lo diré todo, todo lo que me hace sufrir. ¡Soy muy desgraciada, Román!

— Pero porque, Tinita ¿porqué? Se vé que tu quieres á Alamos y sabes de él todo cuanto ha pasado...

— Oh ¡Dios mío! es cierto; le pertenece mi alma y él también probablemente me consagra toda la energía de su afecto. Hemos luchado más de tres meses en ocultarnos el uno del otro, por instinto, por orgullo ó por cualquier otro sentimiento. A

medida que iba colmándose nuestro mútuo afecto, arreciaba la lucha. El y yo nos alejábamos cuando estábamos más cerca; poco ha faltado para herirnos, tan rudo ha sido el combate librado por nuestras almas! Yo no he dudado nunca de él, ni él ha dudado de mi: nos hablábamos con el espíritu y nuestra lengua mentía. Hemos procedido con la más terrible hipocresía, tratando de ocultarnos inútilmente lo que el alma estampaba en nuestro semblante, y cuando él huía, lo tenía yo más cerca: las distancias materiales, lejos de alejarnos nos aproximaban. Distinto ha sido el pensamiento que nos ha hecho obrar así y será lo único talvez que no nos hemos conocido el uno del otro. El quería ser consecuente con su costumbre de suponerse sin corazón, siendo, sin embargo, un ente sensible, dotado de altas y nobles cualidades morales. Yo por mi parte, no habiendo amado nunca temblaba ante la idea de verme arrebatada por un ser indigno; más me gustan las águilas que los insectos por dorados que éstos sean. Cuando él no ha querido opinar respecto de la mejor novela, no ha sido por tener su « novela amarga », sino porque temía desmentir su escepticismo, su decepción ha-



bitual, sobre lo que yo tenía puestas mis ojos. Su actitud no ha respondido á deliberada voluntad; era en él un fenómeno de inercia, una continuación de viejas corrientes momentáneamente interrumpidas por mi presencia. Yo á mi vez he sido tenaz en contrariarlo, cediendo exteriormente en todo cuanto él ha querido, estudiando sus gustos y consintiendo venir al Peñón, á su propiedad, donde otro ser que yo se habría negado. Hemos hecho la comedia más rara, más contradictoria en sus fundamentos....

Mi hermana descansó brevemente y luego agregó:

—Soy desgraciada como es él. Después de lo ocurrido con Julio, después de haberse confesado desleal y hasta cobarde mientras permanezca víctima de su error, Alamos no me pedirá, yo no he de ir á ofrecermele y esta unión profunda de dos almas, se encuentra rota por el abismo de dos caracteres que no se doblan, inflexibles, inexorables, en la línea del deber, por convicción, por orgullo de familia, por altivez natural ó por amor propio, si lo quieres... al fin inexorables! No veo quien pueda sacarlo de su error; ni mamá, ni tú, ni yo, habríamos de intentarlo; nuestra sangre

lo impide. El por su parte continuará creyendo en la monstruosidad de su conducta oh! créemelo; no dará un paso hácia mí, si antes no ha salvado de alguna manera con Julio la nitidez de su dignidad y aunque él diera ese paso, quizás yo retrocedería... Por grande que sea mi afecto, es mucho más grande y noble el ideal ardiente en mi pecho y si no fuese así, yo no sería digna de él.

—Dicen, querida Tina, que la pasión es ciega y plagiando á otro dicente agregaré: eres una pobre y mísera alma enferma. Tu acabas de mostrarte fuera de lo humano, florentino como tu nombre, dantesco por la exaltación de tus ideas y sentimientos. Nos hallamos en pleno romance, en un círculo de la Divina Comedia, con una Beatriz real, en carne y hueso, sin celeste túnica, ni estrellas en su frente, pero revestida para sacrificarse como sacerdotisa ante el ideal concebido en noches de fiebre. ¿De donde se te ha ocurrido, niña, que en materia de amor manda la dignidad confesarse ante el beligerante como si fuese el ministro del altar? ¿De donde, alma enferma, has podido tomar la idea de que un enamorado está en el deber ineludible de enseñar su corazón á quien le disputa su

amor? Por tus singulares fantasías, al parecer, Alamos debería buscar á Julio, ir tras de él á Buenos Aires á confesarle que lo ha engañado, que ya dispuesto á reparar esa *monstruosidad* de corazones amantes, á batirse en sangriento duelo, si fuese menester, para dejar brillante, como luna biselada la «nitidez de su dignidad». Oh! bien se vé. Los enamorados son como los niños; se apegan fácilmente á cualquiera fantasía, llorando por una estrella del firmamento ó espantándose con monstruos que nunca han existido, la apocalipsis de las almas enfermas. Piensa que el amor es la enfermedad más grave de la salud del alma; depende de un hilo llegar á las cumbres ó precipitarse en los abismos; es crimen con las tinieblas ó tabernáculo con la luz. Amor todo lo hace, lo grande y lo pequeño, lo bajo y lo noble, lo bello y lo repugnante, es llama que incendia, alumbrando glorias ó esplanando miserias, es Elena en la guerra, ó Penélope en la paz, es Onphalé á cuyos pies hilaba Hércules humildemente la madeja, la misma madeja que Narsés devolvía á Constantinopla para que su emperatriz la devanara en un siglo... Amor es Beatriz, Laura, Ofelia, Lucía Miranda; es ternura, es odio, lágrimas y ri-

sas, acción y efecto y sabiendo tú que siendo el amor todo eso ¿cómo has podido ver comprometida la «nitidez de la dignidad» del otro enfermo por el hecho de ocultar la llama que ardía consumiéndole el corazón? No es necesario intentar sacarlo del error; atraviesa él instantes de crisis, está en el apogeo, en el ecuador donde son más intensos los rayos y cuando vuelva la tranquilidad á su mente aplacando latidos que la sofocan, verá cuanto hay de ridículo, de infantil en hacer hablar al cuadro que tu has hecho de su hermano Antonio, y en suponerse delincuente por no haberle dicho en tonos trágicos á su rival: oh! la amo con delirio. Por San Polonio, yo entiendo que Julio, el perdedor de la partida, era quien debió buscar querrela, si es posible asentir en la tontería de pleitear por achicar la calabaza. Cuando la calabaza existe, es lo que es, como decían los silogistas de Port-Royal: no hay duelo; no hay combate capaz de cambiarle la figura; mirada de donde quiera es calabaza.

Logré tranquilizar á mi carísima Tina empleando toda mi elocuencia y sintiéndome yo mismo restaurado, animoso, á pesar de creer que Alamos estaba gravemente enfermo de tontería, de una tontería amo-

rosa, susceptible de mantenerse algún tiempo haciendo curucurus con el buen sentido.

Amanecemos el sábado entre bordoneos de guitarras, ruidosas conversaciones, matanza de pavos, gallinas y corderos, ardiendo la llama en el horno é hinchándose bajo el leude las tortas al lado de las empanadas. Lucho tenía dos amplios canastos de duraznos blancos, grandes, sonrosados; luego llegaba Lucía con las ciruelas, las primeras de la estación, fresquitas, húmedas por el rocío de la mañana, incitantes; más tarde una fuente de frutilla, lacres, granuladas. Evidentemente son las bodas del estómago para quien todo es poco á juzgar por Juan de Dios que llega también con vasto costal de choclos, parte de los cuales se deschalan, se les pasa al rayador, preparándose las humitas, plato delicioso, saboreado varias veces, poniéndose á cocer y asar los demás en grandes ollas, sumisas y en rescoldos habilmente gobernados por la cocinera.

El chocolate, el café, el mate de leche, las fuentes de rosquetes, circulan desde temprano. El gefe del registro civil es esperado al almuerzo; Teodelinda se viste; Ambrosio luce sus mejores prendas, su boa

de vicuña al hombro, su chambergo y botas y ropa, todo nuevo. De los puestos inmediatos llegan los invitados, hombres y mujeres, á caballo, á mula, bien apareados con aire de fiestas, jubilosos, saludando al novio, á Juan de Dios, preguntando por Teodelinda, admirados de Lucía, hecha por Tina un cardenal con cuello y peto blanco ¡qué paqueta! ¡qué donosa! La edad de oro deslumbra y el sol majestuoso, vibrante, inflama con sus alegres rayos el valle y la montaña.

De lejos se divisa un grupo á caballo. Es el juez de paz, jefe del registro; lo distinguen por su caballo malacara; él es, no puede ser otro.

Media hora más tarde nos reunimos en el comedor, novios, testigos, el jefe del registro y algunos invitados; se da lectura del acta y (cosa que no se me ha de creer tratándose de lugareños) vimos firmar á los novios y testigos, con buena letra, muy naturalmente, el contrato. Vuelven á sonar las guitarras y un canto suave, melodioso, á dos voces, felicita á los novios en versos amantes, desbordados de ternura, como parece ser la índole general de estas gentes, herederas *ab-intestato* del genio calchaquí.

El barullo, las risas, el buen talante del juez de paz, hombre sencillo, bondadoso, nos puso á todos comunicativos. El reparó en el cuadro de Antonio Alamos y tuvo palabras de alabanza para Tina, admirando «su habilidad» sobre todo, «sin haberlo conocido á don Antonio»; «muy parecido, señorita, muy parecido!»

Vivas tintas de orgullo satisfecho iluminaron el rostro de Alamos sin que yo, muy atento, notase en él nada sombrío.

La tormenta se disipaba sin relámpagos.

A las cuatro de la tarde, estuvimos todos á caballo para irnos al Rodeo, pasar allí la noche y asistir temprano al primer día de la Candelaria y al casamiento religioso.

Alamos esta vez hizo compañía á Tina, quedando mi madre al cuidado del juez de paz, cuyas oficiosidades me tenían encantado. La comitiva era grande y Lucho incansable, con su saco blanco, duro, planchado á cartón, abriéndose como alas de cisne, flotándole el rojo pañuelo al cuello, corría aquí, corría allá, haciendo proezas en su caballo moro sobre las rugosas laderas por donde lo lanzaba como ariete.

El vallecito del Peñón se alargaba en curvas gentiles hácia Fariñango, la cumbre alta

que divide al naciente el valle de Choya y ciudad de Catamarca, del valle del Rodeo. Marchando, marchando desaparecían y reaparecían mogotes y hondonadas, crecía el Manchao á nuestra izquierda, divisándose hacia atrás y por momentos los ásperos picachos del Tala.

Al desembocar en la pequeña población denominada « Ambato », por camino suavemente inclinado, vastos lamederos á ambos lados, algarrobos de vainas blancas y negras, latas en flor, reverberaban las cimas nevadas del Manchao y esfumábanse á distancia las pircas de « Los Moyes », estancia de los señores Cubas, empotrada en las faldas del gigante.

El apellido me recordó cierta tradición del año 40, como quien dice del año fúnebre, un año más largo que los otros, pues, nadie me quita de la cabeza que el año 40 ha comenzado el 39 y terminado el 42, con una sola faceta, sangrienta, cruel, bárbara, colmada de escenas lúgubres y amargos gemidos.

A Escipione Emiliano le fué dado el placer (y vaya un placer) de contemplar cómo los bárbaros se degollaban unos á otros y se ahogaba entre salvajes alaridos los últimos restos de la grandeza cartaginesa. Vein-



tidós siglos después, en esta América, donde floreció el árbol de la libertad y en esta tierra del bravo calchaquí, se alcanzaba en las alturas del Tala, que me señalaba Juan de Dios con el dedo, al gobernador Cubas, se le arrastraba hacia la capital de la provincia donde lloraban su mujer y sus hijos, se recibían cuatro mil pesos de rescate por su cabeza, dinero que la esposa acarrea en sus faldas consolada de salvar á su marido, y cuando la esperanza de haber ahorrado el monstruoso sacrificio aquietaba las congojas de la familia y la sociedad, se degollaba á Cubas al lado de la pirámide que recuerda en Catamarca las glorias de la Tablada y Oncativo, y se clavaba en la punta de una lanza la cabeza sangrienta del mísero gobernante, acompañada de otras cabezas consulares y se las exponía al sol, el viento y el ludibrio durante algunos días!

Meditando sobre aquellos recuerdos y mirando las crestas cortarse en inextricable laberinto, pregunté á Juan de Dios de que manera fué alcanzado y tomado el gobernador Cubas, respondiéndome poco más ó menos:

— A mi ver de zonzo se dejó tomar. Algunos dicen que fué traicionado, pero yo creo, niño, que ni un ejército es capaz de

tomar al que no quiere dejarse alcanzar en estas cumbres, siendo vaquiano como lo era el gobernador Cubas, dueño de la Cañada, de todo lo que Vd. vé en este valle, entre el Tala y el Rodeo.

—¿ Y Vd. se había de dejar tomar, Juan de Dios?

— ¡ Para cuando, niño! Con llevar una cuadra de delantera ni el mismo diablo me alcanza; y luègo, allá arriba, hay muchas casas de piedra para vivir á gusto....

— ¿Cómo son esas casas?; hágame el bien de decirme.

— Son grandes peñones amontonados ¡pero muy grandes! y abajo queda espacio suficiente para una familia entera. Eso, solo viendo, niño; es lindo. De encima se miran los pueblos de Poman hasta los campos del Pucará, cerca del Fuerte (Andalgalá) y para el Sud la vista se pierde..... parece como mar.

Las alamedas del Rodeo, entre tanto, aparecían más claras, más poéticas, haciendo marco á los sembrados y cultivos, á los tabacales y maizales y porotales ó á largos cercos de duraznos cuyas ramas se doblaban al peso de la fruta que es abundante, rica y vistosa.

Delante y detrás de nosotros avanzaban

los concurrentes á las fiestas, con sus mejores ropas y aperos, pañuelos de color chillón al cuello, boas ó mantas de vicuña, los más abonados y los otros luciendo con no menor empaque sus ponchos *cari*, hechos de lana burda, á propósito para defenderse de la lluvia, ó tirarlo al suelo para acostarse. Algunos enacados, llevando la mujer ó el hijo á cuestas, otros con su botella en la mano y su airecillo de bebedor improvisado.

Penetrando al poblado, veíanse grupos á la sombra de los sauces y perales, tomando mate, oyendo tocar la guitarra y cantar, bailando, comiendo, conversando á gritos, eso si, en el Rodeo se habla á gritos, todos se conocen como á sus manos, preguntando á los viajeros.... Alamos casi no podía avanzar por aquel pintoresco camino sembrado de casitas y fincas, detenido á cada instante para saludarle, para informarse de sus negocios, pedirle ú ofrecerle algún servicio. Todo el mundo tenía que hacer con él y aunque se empeñaba en avanzar conduciendo á su compañera, á mi cara Tina, hermosa y rosagante como los duraznos, no le era del todo posible. La hermosura de Tina, su semblante dulce y sonriente inspiraba sin embargo, respeto y admiración.

Mirábanla á hurtadillas como quien roba el color de sus pomas ó la gracia de sus angélicas sonrisas.

Se diría talvez que soy más que un hermano por lo afectuoso y que un enamorado por la admiración de Tina; pero ¡si Vds. la conocieran! si oyeran su metal de voz, si vieran la luz de sus ojos verdes, el oro brillante de sus cabellos, la finura de su cutis de marfil, su garganta, sus rojos labios, su busto, su aire de reina bondadosa, hallarían que el hermano ha sido mezquino y el enamorado un pobre ciego á las halos de ese sol.

En un recodo del camino, la cruz de la capilla, nos mostró sus brazos abiertos y sus saludos confundiéronse con los nuestros en el poético recojimiento de paisajes y creencias, de dulzuras y esperanzas.

#### XIV

**R**OS instalamos cómodamente en la noche. Mi madre, Tina, Teodelinda y Ambrosio fuéronse después de comer á la capilla, á confesarse, para comulgar al día siguiente, 2 de Febrero, día de la Candelaria. Los novios no podían

ser casados sin el requisito esencial de ponerse en gracia de Dios, y la madrina deseaba estar también en gracia de Dios y mi madre, de creencias y costumbres severas, pensó también en aprovechar la coyuntura para entrar en la gracia de Dios.

Aquello hubiera sido obra de breves instantes si una buena parte de la población por propia espontaneidad, ó por apadrinar bautismos y confirmaciones, no hubiese creído en la conveniencia de buscar la gracia de Dios, refugiándose en la capilla, al lado de los tres confesionarios puestos en ruda y secretosa actividad.

Del lado de la capilla todo era misterio, rumor y ambiente religioso. Luces pálidas salían de la puerta principal y de la sacristía, luces cortadas á ratos por formas humanas que pasaban, entrando las unas, saliendo las otras, en tanto que á distancia, en puntos diferentes, se percibían músicas, cantos y unos como vagos susurros de bailes, donde acaso la gracia de Dios era de verdad más vivamente reclamada.

Tropeles de gente á caballo yendo y viniendo, entregando el éco de sus voces á la brisa húmeda, perfumada, viajante de las faldas al valle y del valle á las faldas, cruzando los numerosos arroyos donde besaba

su linfa, ó los jardines de aquella naturaleza pródiga, brindante de aromosas emanaciones, llenaban los ámbitos con el alma de la campaña, saturante de la vida y la paz del alma de los habitantes.

Sentíase como un largo y estrecho abrazo de los seres mortales con los inmortales, del hombre con la montaña, de la inteligencia con la piedra, del tiempo con la eternidad, del punto habitado con el espacio inmenso.... y un sentimiento religioso, sin ritual, pero profundo, adueñábase de nuestras facultades.

Frente á nuestra casa y rodeándola, corría un manso arroyo golpeando sus aguas en los pedruzcos y desprendiendo esas notas ritmosas, mitad metal, mitad garganta, humildes en sus núpCIAS con el pasage, que nos llegaban á intervalos, como diciendo : « aquí vamos serenas, confiadas en nuestro destino, tomando la vida tal cual es, deslizando, deslizando, murmurando, murmurando, como desliza y murmura el céfiro en las cumbres, el pájaro en la arboleda, la chicharra, el coyuyo, el chilicote ; aquí vamos aguas abajo cantando eternamente el himno de la vida, la salve inmortal de los destinos, saludando de paso al día que nos alumbra y á la noche que nos encubre bajo

el manto sutil de sus velos ; Dios está en las alturas y nosotros vamos hacia él después de pasar por el mundo nuestros virginales sonidos ; no hay más que una aurora, ni más que un crepúsculo, pero más allá... ni auro- ras, ni crepúsculos ».

Mi pensamiento me absorbía, me llevaba lejos, de los confines adelante, cuando por suerte mía Alamos vino á arrancarme de aquella especie de postración de la mate- ria producida por la exaltación de mi es- píritu.

—¿Se puede saber, mi amigo, en que piensa?

—Si se lo dijera, se reiría,—contesté re- fregándome la frente varias veces con la mano.

Alamos creyó deber respetar mi negati- va, de modo que yo hube de agregar:

—Oía murmurar el agua del arroyo y me entretenía en la oscura selva de la fan- tasía, como un niño, como un asceta impe- nitente pero fervoroso de estos lugares apacibles. ¿Sabe, mi amigo, que la quietud del campo fomenta cierta filosofía caracte- rística?

—Como el bullicio de las ciudades fo- menta la suya.

—Sí: la filosofía enfermiza...

—Y la sana también ¿porque no?

—Evidente; pero así como es más fácil enfermar del cuerpo en las ciudades, es también más fácil enfermar de las ideas.

—No deja de ser razonable su observación. En el campo se está en cierto modo más cerca de la naturaleza, la gran verdad de todas las cosas. El contacto con ella fortifica...

—Sobre todo, purifica. Poco aficionado soy á las especulaciones filosóficas; todas las doctrinas me espantan. Büchner y Schopenhauer, Augusto Comte y Herbert Spencer, Wundt y Husley me son iguales, me quebrantan, me dan tanto y tanto me quitan, perturban de tal modo ciertas nociones eminentemente consoladoras que he dado por alejarme un poco... Si no hubiese una razón de ser en el idealismo, muy útil sería crearlo y cuidarlo, aun á título de planta exótica...

—¿El idealismo de Kant? el de Berkeley...?

—Ambos ó ninguno; pero si, un idealismo consolador, necesario á la salud y la elevación de las almas.

—Quizás. Estas *filosofías*, despojadoras, que nos aproximan á verdades amargas, destituídas de encantos ideales, nos privan



cuando menos de los goces de la inocencia. Vd. sabe, mi querido amigo; la inocencia en sí misma nos resulta virtud preciosa; es el estado más próximo al de la piedra.

—Esa no es la inocencia; esa es la ignorancia.

—Si no son una sola y misma persona, son hermanas, mi amigo. Hemos adornado á la inocencia con gayas vestiduras convencionales, ni más ni menos que si tomáramos la estatua de la Venus de Milo y le colgáramos un hermoso traje de seda para conducirla á nuestros salones. La arrancaríamos de su ser, como á la ignorancia vistiéndola de inocencia. Diríamos: «he ahí una mujer ideal». Pero no es mujer, mármol ó materia; es concepción corporizada de la belleza que para ser vista y sentida por nosotros, necesita un cuerpo y una forma, en mármol ó en barro, en madera ó metal. Así como la belleza es una idea y una verdad convencional materializada por el artista, la inocencia es la ignorancia elevada al concepto ideal de la virtud, de lo impecable, en fin, de la pureza.

—Convenido,—repliqué;— pero Vd. me obliga á confundir en lo sucesivo la inocencia con la ignorancia y eso es peligro-

so. Si yo dijese: «es una niña inocente», se tomaría por un elogio y si dijese: «es una niña ignorante», se tomaría por un insulto...

—Sin duda; precisamente por el sentido convencional dado á la palabra, ó por su significación relativa, como dice su favorito Herbert Spencer. Supongo innecesario repetir lo que son ideas de relación... pero créame, cuanto más cerca se está de la piedra, son menos ciertos los sufrimientos y á eso me refería cuando hablaba de los despojos consumados por la filosofía en nuestra inocencia.

Hube de reconocer interiormente que Alamos razonaba con lógica, con mayor conocimiento y tal vez con mayor intensidad que yo. Guardamos breve silencio y cambiamos de conversación, dejando á la filosofía perderse entre sus nimbos como á temible estrella tras de las nubes...

Por fin, amanecemos en el tan deseado día de Nuestra Señora de la Candelaria, deseado por los novios, deseado por los concurrentes á las fiestas y también por nosotros que nos significaba el término de la residencia campestre y el próximo regreso á Buenos Aires.

El pulmón de Tina estaba definitivamente sometido, respirando con amplitud, es de-

cir, haciendo la más perfecta combustión. Desaparecidas las inquietudes de su salud, las nostalgias de la tierra lejana empezaron á ganar terreno en el ánimo de mi madre y en el mío. No puedo afirmar igual cosa de Tina en quien cada día transparentaba mayor fortaleza de cuerpo y más dulces alegrías de espíritu. Buenos Aires se me clavaba en medio de la frente; echaba de menos mis amigos, mis paseos, mis hábitos, mis gustos; me hallaba con las manos y la cara tostadas por el sol, con cierta incultura de maneras, agujoneado por mil curiosidades que no pueden satisfacer ni los periódicos, ni las cartas, asemejándome á esos obreros que habiendo trabajado fuerte durante el día, anhelan que el sol se ponga para entregarse al descanso y á los goces del ocio valientemente conquistado.

Con el primero de los tres repiques de campanas, púseme en pie. Ya todo el mundo estaba levantado. Frente á la capilla veíanse grupos de concurrentes, hombres, mujeres y niños; de uno y otro lado gentes que llegaban, ataban detrás de la iglesia en los algarrobos sus caballos, sacudíanse el polvo y avanzaban al pretil. Las flores llegaban con los concurrentes; jazmines del campo, rosas opulentas, penachos

solferinos, albahacas, alelúes, diamelas, botón de oro, madreselvas, claveles blancos, rosados, disciplinados, rojos..., todo entraba, entraba á la capilla que desbordaba de adornos, modestos pero sinceros.

A un lado de nuestra casa y bajo corpulentos nogales que daban espesa sombra, se comenzaba el juego de la taba. esperando los otros repiques. La taba iba y volvía por su estudiada curva, seguida por los ojos de los jugadores, cuya cabeza y mirada reproducían esa curva, en pequeño, como concéntricas del mismo radio. Suerte, nada, nada, azar, clavada, pinino, risas, observaciones, cobros, pagos, salida de un jugador, entrada de otro, veinte al que tira, pago, y voces por el estilo se oían distintamente, en tanto que del otro lado, Ambrosio esperaba la salida de su Teodelinda que vestía sus mejores ropas bajo la superintendencia de Tina, su Teodelinda, su bella negrita, tanto tiempo perseguida y ¡al fin! alcanzada. Ya faltaba poquito, un rato más, después de la misa; ya tendría derecho de llevarla, sería el dueño, su único dueño, el dueño de esa Teodelinda codiciada, buscada, conseguida después de tantas dudas. Todo eso y mucho más decían los ojos de Ambrosio mirando la

puerta por donde iba á salir su Teodelinda.

El segundo repique de las campanas córtó alegremente la atmósfera, repercutiendo de valle en valle: «¡Vamos, vamos! la capilla espera y la Candelaria en la capilla, vamos, vamos!» Llegaba más y más gente; los caballos se aumentaban, se oían, se relinchaban tras de la capilla y adelante, las manos se enlazaban en saluciones, en palmaditas sobre el hombro ó la espalda, hormigueando cabezas, exhibiendo colores que iban á confundirse con los duraznales en comparaciones desventajosas.

Los sacerdotes, en cabeza, la corona al sol, cruzaban de la casa á la capilla, repechando la pendiente que la separaba, deteniéndose en los rellanos, saludando, conversando, informándose y siguiendo luego, uno á uno, hasta el pretil que el año anterior no había sido por ellos visitado, el pretil desde donde se divisa al norte las cumbres ovaladas de las Juntas y Bella Vista, al naciente la gran esclusa de piedra por donde se precipitan las aguas al valle de la Puerta; al sud las ásperas lejanías del Tala y al póniente la cumbre del Mischito, escalón ciclópeo que besa los pies

de su majestad el Manchao, primogénito del Ambato.

Iba á iniciarse el tercero y último repique para la solemne misa cantada, cuando Teodelinda dejóse ver. Su alto y túrjido seno palpitante, no podía contener los latidos; sus ojos negros, negros como alas de golondrina, brillaban con luces azuladas; sus labios más rojos y frescos que la flor del ucle y sus entendidas mejillas decían cuanto rubor desbordaba el alma sencilla de la desposada saliendo á plena luz, á la vista de su prometido, de su padre Juan de Dios, de su hermano Lucho, de los convidados y curiosos que se agolpaban á mirarla, á devorarla con los ojos, ya que ..... Ambrosio, orgulloso, ufano, sonriente recorría su público, observando de reojo á la desposada, recogiendo en cada semblante un pequeño triunfo. Teodelinda estaba deliciosa, verdaderamente deliciosa, lo que gustaba á Tina, la joven madrina que á su vez resplandecía con otra belleza más frágil, más delicada, más altiva, más ideal; la belleza blanca, de cabellos rubios y ojos verdes, al lado de la hermosura trigueña; la hija de la conquista mostrándose con la hija de la raza conquistada en la esplendidez de un día luminoso, reconciliadas por

esa cruz enhiesta en la capilla, por esa cruz cuyos brazos se abren para creyentes y paganos, para cristianos y gentiles, llamando con su campana y ofreciendo en sus altares el pan del consuelo para el sufriente, templanza para el dichoso y más que todo esperanzas, esperanzas, torrentes de esperanzas acogidas por pechos fervorosos.

En el extremo del pretil preparábanse las armas cuyos estampidos debían festejar el momento de la elevación; escopetas, dos ó tres fusiles remington, una carabina, veterana del Paraguay, á fulminante, bombas de estruendo, cohetes, todo el arsenal bajo la dirección del mayordomo del día, más inquieto y preocupado que los novios.

De rato en rato Alamos era consultado, solicitado aquí, buscado allá. Los mismos clérigos no se creían autorizados á ordenar el último repique sin la intervención y decisión de Alamos, el dios pequeño, la providencia humana, reconocida y consentida y acatada. El dueño de la capilla, un viejecito fino, bondadoso, fanáticamente bondadoso, desprendido hasta lo temerario, vibrante de alegría al saludar y honrar un nuevo aniversario de la Candelaria, fecha higiénica, que en el Rodeo curaba las llagas del año, arreglando matrimonios des-

compuestos, costumbres extraviadas y pecaminosidades lavadas ese día, venía á ser para el dueño de la casa y la capilla, como el perdón de sus propias faltas, como el coronamiento de un nuevo año terminado y recommenzado tantas veces con las mismas intensas alegrías.

Arminda y sus compañeras de coro llegaban en ese instante y las campanas á vuelo anunciaban la gran misa diaconada, con manteles nuevos y cáliz y vinageras nuevas.

Yo no suelo ir jamás á la iglesia; pero aquella vez me sentí arrastrado, literalmente arrastrado por mi curiosidad y mis deseos. La capilla no cabía; un silencio profundo al iniciar la misa y luego un canto á cuatro voces y órgano, llenó de ecos gemebundos el interior y las afueras. El dueño de la casa y la capilla tocaba y yo me decía para mi asombrado: «este hombre canoso, de facciones finas. que así toca, no es un vulgar y sin embargo vive aquí, aquí en medio de las cumbres, alejado completamente del ruido de la ciudad...»

Mi madre ocupaba adelante un sitial de preferencia con Tina y Teodelinda; nosotros ocupábamos otro sitial á la derecha, mientras el pobre viejo Juan de Dios pos-



trado de rodillas, rezaba y rezaba pidiendo sin duda felicidad para su hija, confortando esperanzas y más esperanzas. No sé que de imponente nos embargaba en aquel día: el mismo Alamos estaba más pálido que de ordinario, casi tembloroso, con la vista fija en el altar, fija, invariablemente fija.

Llegó el momento de la elevación, sonaron las campanillas, oyóse afuera la orden de ¡fuego! pero desgraciadamente las escopetas se retrasaron y dos de los fusiles no hicieron fuego, resultando una dispersión de tiros chiflados, salvándose en alguna parte lo militar de la jornada con las bombas y los cohetes y los gritos del mayordomo para quien la fiesta se malograba por esas « perras escopetas y esos fusiles inservibles. »

El incienso subió cubriendo la imágen de la Candelaria en volutas estaminadas de contornos gris-azulados. En el coro las voces cantaban un andante lento, solemne, quejumbroso, de notas femeniles, sentidas, vibrantes, que me hicieron recordar de los murmuríos del arroyo: « aquí vamos serenas, confiadas en nuestro destino, tomando la vida tal cual es, deslizando, deslizando, murmurando, murmurando, como desliza y murmura el céfiro en las cumbres, el pá-

jaro en la arboleda, la chicharra, el coyuyo, el chilicote; aquí vamos aguas abajo cantando eternamente el himno de la vida, la salve inmortal de los destinos, saludando de paso al día que nos alumbró y á la noche que nos encubre bajo el manto sutil de sus vélos; Dios está en las alturas y nosotras vamos hacia él después de pasar por el mundo nuestros virginales sonidos; no hay más que una aurora, ni más que un crepúsculo, pero más allá... ni auroras, ni crepúsculos. »

El fuego continuaba en dispersión y los gritos del mayordomo dominando el tiroteo en la inocente batalla de que el aire resulta al fin vencedor y vencido, culminaba y solo cuando los empecinados tiradores acabaron con pólvora, cápsulas, bombas y cohetes, volvieron á un fiero reposo, estirando el cuello y procurando mirar hacia adentro de la capilla, por encima de las cabezas de la concurrencia arrodillada.

Luego terminó la gran misa; los sacerdotes se retiraron volviendo uno de ellos de simple estola á celebrar el matrimonio de Ambrosio y Teodelinda. Todo el mundo de pie, todo el mundo hecho ojos y oídos y nosotros ídem.

— ¿ Los padrinos? dijo el sacerdote.

Alamos se levantó sobre los talones. Tina, temblorosa, tal como si ella fuese la desposada, confusa, hizo un movimiento de duda.

— Tengan los novios la bondad de avanzar un poquito, el novio á la derecha, si, así;—decía el sacerdote colocando á Teodelinda á la izquierda de Ambrosio. Ahora Vd. señor Alamos á la derecha del novio, si, así; Vd. señorita á la izquierda de la novia, eso es; ya estamos.

Mientras el clérigo abría su libro, Tina se desvanecía, la asfixiaba el corazón, se nublaba la esmeralda de sus ojos. Alamos tiritaba todo entero. No era fácilmente explicable porque los padrinos revelaban tan grande agitación. Teodelinda, la cabeza sobre el pecho y Ambrosio, hecho pascuas, esperaban.

Comenzó á leer el sacerdote los deberes de los contrayentes, la mutua fidelidad, la obligación de los padrinos. Tina se nos caía: tuve que avanzar á su lado para protegerla; mi presencia la rehizo y cuando el sacerdote dijo: «quedan Vds. unidos para siempre» ella se apoyó fuertemente en mi brazo, temblando toda entera; Alamos dió un paso adelante.

— Y Vds., — agregó el sacerdote mi-

rando á Tina, mirando á Alamos, tan jóvenes, ella tan hermosa, él tan fuerte, ¿cuándo será?

Tina se desplomó al grito de Alamos, grito convulsivo; inesperado, suplicante, ahogado : « Cuando élla....»

Se produjo una inmensa confusión. El pobre clérigo presentaba un aspecto de profunda y alegre turbación, hablando frases cortadas, casi sin sentido, con su solideo caído sobre la oreja y abandonados los colgantes de su estola.

Mi madre tomaba la rubia cabeza de Tina y se la oprimía sobre el seno. Yo pedía á la concurrencia el favor de darnos aire ; nos sofocábamos; Ambrosio con Teodelinda, turbados no hallaban que hacer; Juan de Dios de pie ya, al lado de Alamos que parecía una estatua, le miraba no pudiendo comprender lo sucedido, aquella palidez mármorea, aquella quietud epiléptica, rígida, inmóvil.

La Virgen de la Candelaria acababa de contemplar las nupcias de Ambrosio y Teodelinda, pero yo ignoraba si esa Señora había resuelto algo más. Lo que para mí era visible es que salimos del templo ansiosos de aspirar la brisa del exterior, de hundirnos en la napa luminosa, de apoyarnos los

unos en los otros para la vuelta al hogar, conduciendo á nuestra querida Tina, como á urna de cristal, herida de vida, que no solo de muerte se causan heridas.

Los concurrentes descendían la rampa, á pie, á caballo, por parejas, aisladamente, gri-tándose, recordándose compromisos, tejien-do y destejiendo la red de cosas, personas y colores, en tanto que las campanas des-agotaban sus voces estivales en el lucien-te y pintoresco valle. Ambrosio y Teode-linda hubieran deseado un eclipse de luz, un instante de oscuridad protectora.... pero visto que semejante favor era obstinadamen-te negado por aquel sol del Rodeo, un sol cintillante, efluvioso, fueron á la sombra de los nogales, seguidos de algunas muchachas y paladines de bota, donde no tardaron en comenzar el baile.

Cuecas, gatos, remedios, chacareras, bai-lados con voluptuosidad inocente y letras decidoras, sucedíanse sin más solución de continuidad que el cambio de parejas ó un « barato á la niña » que era obligada á re-petir con otro mancebo, también de bota y poncho. Luego, atraídos por la algazara, formando masa compacta alrededor, vimos á un viejo, barbas de chivo, feo, risueño, verdadero fauno descompaginado por la edad

y las viruelas, pedir á los músicos un gato.

— Con la María Romero! con la María Romero!—gritábase por todas partes.

El fauno que sabía porque se la reclamaba á la María Romero, la buscó entre la concurrencia, la halló, la tomó de la muchaca y *vellis nollis* la paró en el brete. Era una negra vejançona, charcona, feona, patona, peluda, con largo cigarro de chala en la boca, pero quien, no obstante su carencia de atributos, impuso cierto silencio emocionante.

Yo había oído hablar del baile criollo «el gato», lo había visto también bailar, sin encontrarle mayores incentivos, pero cuando las guitarras comenzaron el rasgueo, el busto fiácido de la María Romero se enderezaba cobrando gallardías que el fauno trataba de corresponder.

— ¡Con manzana! con manzana, si, con manzana! —gritaban á desgañitarse los concurrentes.

La negra se vió precisada á ceder nuevamente, colocándose en la corona una manzana sin más punto de apoyo que el centro de gravedad.

Los músicos cantaron el gato y la aerea danza empezó con suaves y ondulosos volteos. La María Romero iba transformándose

poco á poco. No era ya una mujer ; era una nada cuyos movimientos arrebatában de entusiasmo ; no tocaba el suelo, ni se movía la manzana de su cabeza y mientras tanto sus pies, su talle de bayadera, describían figuras inconcebibles, muelles, dulces, de encanto mágico, huyendo ó acercándose á su compañero, el fauno rejuvenecido que la perseguía como á ninfa Egeria en aquella selva de cabezas y pámpanos de nogal, que la perseguía y la alcanzaba á veces, arrancando besos perdidos en el aire repleto con las voluptuosidades de la danza.

— « Ver para creer », díjeme entonces con Santo Tomás y me retiré, volviendo de nuevo á mi rueda, donde los sacerdotes consumían, no sin delicia, grandes pocillos de chocolate con capias y rosquetes.

## XV

**L**A vuelta al Peñón, la vuelta á Catamarca, la vuelta á Buenos Aires.....

Se me cae la pluma de las manos, cuando me asaltan pensamientos y recuerdos que exaltan mi mente y adoloran mi corazón.

En Octubre del año pasado, apenas sa-

bíamos por donde era *más posible* llegar á Catamarca; cumpliendo el precepto médico impuesto al pulmón de Tina.

Tomamos á broma el viaje, emprendido con sincera intrepidez al otro mundo, no al viejo mundo, ni al valle de Josaphat, sinó á la tierra calchaquí, tierra hermana, desconocida, menospreciada, útil solo para curar pulmones enfermos con el aire de sus montañas.

— No vaya Moreno, me decían—aquello debe ser muy salvaje, muy atrasado. Aldea insignificante; vida imposible. Váyanse á Capilla del Monte, Cosquín, San Javier, las Sierras de Córdoba...

— Pero, amigo; si es el médico quien nos manda ir á Catamarca; no vamos por nuestra voluntad...

— Lleve entonces armas de defensa. Aquello es muy bárbaro: es provincia hermana, pero bárbara!

Cuando á un francés se le pregunta por el norte, por el sud, por cualquier punto de la Francia, su patria, sin más división real que sus fronteras, todo es bello, alguna cualidad hace atrayente las costas de Normandía, ó los Vosgos, ó las regiones de Loira, ó las del Mosa y Mosela.

Los italianos admiran al Piamonte, Lom-



bardía, el Véneto, Toscana, Nápoles, Tárranto, en fin todo es hermoso en Italia.

En la República Argentina, no hay Marsellesa, ni Estatuto. Córdoba á pesar de su Universidad secular, apenas se la conoce de cortos años á esta parte. Capilla del Monte ¡oh! Capilla del Monte ¡oh! Cosquín!... termina el mundo y vuelve á comenzar en Rosario de la Frontera, para terminar definitivamente. Más allá... ni auroras, ni crepúsculos!

« Sean eternos los laureles » !... hasta las salinas grandes y del otro lado, bárbaros, atrasados, tunantes, argentinos, eso si, pero sin ideas, sin alma, sin hábitos sociales.

Sin embargo el alma nacional palpita, con todas las energías y entusiasmos, palpita en los valles y montañas, como en la pampa dilatada, con una sola bandera, con una sola tradición, con un solo sentimiento, el de la patria, la madre común, el sol de los destinos nacionales.

¡Catamarca atrasada! bárbara! No: olvidada, si; menospreciada, calumniada, porque no la conocen. La fraternidad con élla es una falsa fraternidad, una fraternidad de nombre y de obligación, pero no de simpatía, de protección y estímulo.

Hemos vivido más de cuatro meses, echan-

do de menos, es cierto, la vida de Buenos Aires, nuestro hogar lejano, el confort de los grandes pueblos con paseos, teatros, avenidas, rayos Roöntgen y telégrafo sin hilos, calzadas de asfalto por donde el automóvil desliza como relámpago y los eléctricos, y el Hipódromo, y todo, nos recuerda nuestra larga ausencia.

Hemos vivido no con el sentido de la frase de Cicerón al terminar la defensa de Milón: hemos vivido en quieta paz civilizada, en medio de un pueblo del que un 66 por 100 sabe leer y escribir, con una ciudad capital de 12.000 almas, limpiecita, pintoresca, no menos hermosa que Unterwalden de la Suiza, aunque si de ambiente más aromático y de cielo más transparente, porque su clima así lo brinda y lo da. ¡Hemos vivido asombrándonos de nuestra ignorancia, de nuestra infantil ignorancia que nos hizo consentir en cien absurdos!

En estas páginas, inútil es decirlo, no hay un artista; hay un corazón sano y leal á quien le repugna la mentira y le contrista la injusticia, la falta de verdadera fraternidad; pero afortunadamente nuestro Arroyo del Medio se ha corrido ya hasta las salinas grandes y no tardará en llegar á los contrafuertes andinos donde Belgrano y Güe-

mes ilustraron las glorias de esta patria hermosa.

Más de una vez he borroneado correspondencias remitidas á Buenos Aires, y yo no sé si la maldita inhabilidad de mi pluma ó la naturaleza de mis temas les ha cerrado las puertas de la publicidad. Me inclino á creer que un prejuicio, el mismo con el cual me recomendaban mis amigos no venir á Catamarca, ha decidido la suerte de mis correspondencias.

Hoy vuelvo los ojos sobre los cuatro meses de nuestra residencia; se me presentan como en historia fotográfica escenas de familia y escenas de la naturaleza que llenan mi alma de gratas sensaciones; pugnan éllas por derramarse, pero el sentimiento de no hacerme comprender, ó de no ser comprendido, las contiene en su desbordamiento.

Tina se me aproxima, lee por sobre mi hombro los renglones que preceden y tomándome dulcemente de las orejas para impedirme verla, me dice con su argentina voz :

— Dílo todo, dílo, aunque me cueste suspiros. No es mi pulmón, ni su dueña quien ha puesto la pluma en tus manos. Dí lo que has visto, dí lo que ha sucedido. Antes que

todo debes á tu patria la verdad, á la literatura tus disculpas y á mí...

— ¿Y á tí, que te debo á tí?

— Me debes un mundo de torturas, de cariñosas torturas que me las compensarás guardando admirable silencio respecto de nuestros últimos días del Peñón. ¿Quiéres ser tan bondadoso en complacerme?

— Si me sueltas de las orejas, si: de lo contrario, no.

— No suelto sin ganar la partida.

— ¿Quiéres, por consiguiente, que no diga nada?

— ¡Nada! — me respondió besándome en el pelo.

— Convenido; suéltame.

Lo hizo y levantándose rápidamente la estreché entre mis brazos, murmurándole al oído:

— ¡«Gloria á Dios en las alturas y á las nupcias del Plata con las Montañas!»

# ÍNDICE

---

CAPÍTULO I.....	Página	3
» II.....	»	14
» III.....	»	30
» IV.....	»	42
» V.....	»	64
» VI.....	»	92
» VII.....	»	127
» VIII.....	»	149
» IX.....	»	171
» X.....	»	204
» XI.....	»	232
» XII.....	»	242
» XIII.....	»	274
» XIV.....	»	292
» XV.....	»	311

---